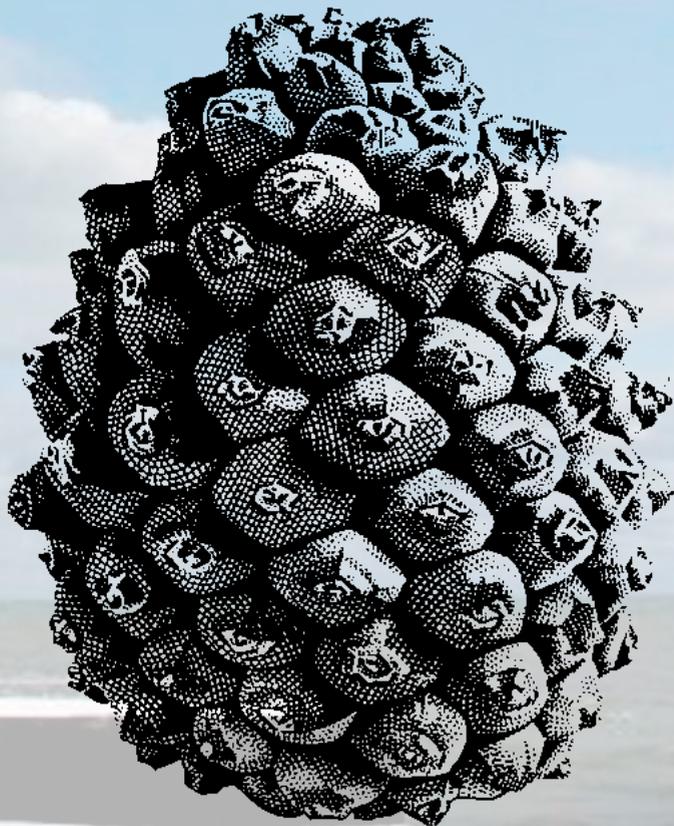


invierno 2018

***Cuadernos de
Encuentro***

135



EN ESTE NÚMERO

	<u>Pág.</u>
También es Navidad , <i>Emilio Álvarez Frías</i>	3
Los déficits de la economía española , <i>Juan Velarde Fuertes</i>	6
Algo sobre la postverdad , <i>Alberto Buela</i>	11
La necesidad de un referente , <i>Manuel Parra Celaya</i>	13
¿Fotografía o radiografía? , <i>Luis Fernando de la Sota Salazar</i>	17
El objetor de conciencia y Leviatán , <i>José María Méndez</i>	27
Réquiem por un sueño: Adiós, Plataforma, adiós , <i>Gonzalo Cerezo Barredo</i>	31
Los costes económicos del guerracivilismo , <i>Javier Morillas</i>	37
Mujeres inmigrantes: un desafío para la integración sociofamiliar y en el mercado de trabajo , <i>Gerardo Hernández Rodríguez</i>	40
Los amos del mundo actual: sobre las telecomunica- ciones y la manipulación , <i>Javier Barraca Mairal</i>	45
El humanismo personalista, un paralelismo en José Antonio y Emmanuel Mounier , <i>Eduardo López Pascual</i> ..	50
Agustín de Foxá: el conde maldito , <i>José Javier Esparza</i> ..	57
¿Marxismo cultural o popperismo en clave Soros? , <i>Robert Steuckers</i>	61
Desde México, en defensa de José Antonio , <i>José Mauro González-Luna Mendoza</i>	63
Atrapados en 1934 , <i>Jesús Laínez</i>	68
De Marx a Malthus , <i>Sertorio</i>	73
El oro de Moscú y México que los socialistas no quieren recordar , <i>Ángel A. Vico</i>	77
Reseña de libros	82



Cuadernos de Encuentro

2ª ÉPOCA

Nº 135 - Invierno 2018

EDITA:

CLUB DE OPINIÓN ENCUENTROS

C/. Santovenia, 19

28008-MADRID

www.clubopinionencuentros.org

DIRECTOR

Emilio Álvarez Frías

JUNTA DE GOBIERNO:

PRESIDENTE

Luis Fernando de la Sota Salazar

VICEPRESIDENTE

Antón Riestra Pita

SECRETARIO GENERAL

Fausto Heras Marcos

TESORERO

Gerardo Hernández Rodríguez

VOCALES

Vicente Bosque Hita

Luis Buceta Facorro

Fernando Cadalso Preciado

José Manuel Carabaña Ortega

Gonzalo Fernández Suárez de Deza

Carlos Giménez de la Cuadra

Adolfo Iranzo González

Jesús Martínez Martínez

Fernando Ortíz Monteoliva

CONSEJO ASESOR

Antonio Diosdado Serrano

Diego Mayoral de Elizagárate

Dalmacio Negro Pavón

Luis Suárez Fernández

Juan Velarde Fuertes

Impreso en Artes Gráficas DEAN, s.a.l.

Depósito Legal: M-13837-1988

El Club de Opinión Encuentros, a través de actividades relacionadas con la cultura y el pensamiento, aspira a contribuir a la formación de una corriente regeneradora en España acorde con los tiempos actuales. Siendo un Club con vocación de «encuentro» de los españoles, admite en las páginas de sus publicaciones, en sus tertulias y conferencias, los juicios de cuantos se encuentran en esta línea, sin que ello suponga asumir las distintas opiniones.

TAMBIÉN ES NAVIDAD

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Aunque a este número de *Cuadernos de Encuentro* le corresponde salir en el solsticio de invierno, no por ello vamos a negar que lo hace también, a apenas unos días, de la fecha en la que celebramos el nacimiento del Hijo del Hombre, Jesús de Nazaret, que fue encarnado en María Virgen por el Espíritu Santo. Por eso debemos estar alegres, debemos dejar, al menos por unos días, las preocupaciones que nos ciegan, los temores que nos dominan, las angustias que no pocos sufren, las inquietudes que cada día nos ahogan,... porque hemos de dar gracias a Dios que nos envió a su Hijo para purgan los pecados y las desviaciones del pueblo elegido, y con ello ponernos en el camino, pues también se preocupó –y se preocupa constantemente– por nosotros y nos enseñó cómo debemos comportarnos para gozar de la vida que nos concedió el Padre, hacer buen uso –durante el tiempo que permanezcamos en este mundo– de la libertad con la que nos creó, y sepamos reconocer, cada día, cuánto le debemos.

Ya tenemos engalanadas las calles de las ciudades y los pueblos, las casas se han vestido con el traje de fiesta y los adornos de la Navidad, habremos colocado el Belén en un sitio distinguido del hogar, y probablemente escuchemos los villancicos tradicionales que cantamos de niños junto con otros llegados de todos los rincones del mundo, ya sea en cantos populares, góspel y hasta gregoriano o polifonía. Y felicitaremos a los amigos, los conocidos, y hasta a cualquiera que se cruce con nosotros si tenemos el ánimo preparado.

¿Qué no todas las calles de las ciudades y pueblos están engalanadas con luminarias navideñas? ¡Qué le vamos a hacer! Si es por falta de medios, lo sentimos; si es porque se niegan sus representantes a admitir la venida del niño Dios, se lo perdonamos. Como también les perdonamos, a unos y otros, si los adornos no hacen referencia a la Navidad sino que están concebidos para una fiesta laica; y perdonamos a los ediles que montan una representación del Belén con unas sillas, unos montones de paja y unos trapos cualquiera; y a aquellos que se niegan a poner Belenes en la vía pública sabiendo que la mayoría de la población es católica y lo está deseando; y perdonamos a los comercios que también hacen omisión de la fiesta que tiene lugar estos días aunque la aprovechan para hacer las mayores ventas del año,... Queremos que todos los mortales tengan libertad de acción y movimiento, de creencias y de comportamientos; y también lo queremos para nosotros, pues tenemos el mismo derecho de libertad que los demás. Para cantar, para vestirnos, para pensar y opinar, para enterrar a los muertos donde nos apetezca sin que aparezca un irrespetuoso pisando la libertad de los demás y se empeñe en imponer su voluntad quebrando la de los otros, o se empeñe en decir a los vecinos por dónde han de ir, o intente negar el libre ejercicio de sus coetáneos o cambiar lo que pensaron o hicieron los de otros tiempos.

Aunque haga años que no cantamos porque ya no se practica este arte de forma tan popular como en otras calendas, entonemos villancicos en estas fechas, no dejemos ningún día de hacerlo, ¡ha nacido Dios y hemos de estar alegres! Ya vendrán otros días en los que las preocupaciones de nuevo nos enfurruñen, nos amarguen, enojen,



Natividad, Luca Giordano

nos entristezcan... Pero ya, desde estos días, hagamos el firme propósito de sobrepornos a esos momentos de bajón, saquemos de dentro la esperanza, pensemos que, como dice el refrán, no hay mal que cien años dure. Nos lo dice la historia. Ésta se encarga de enderezar todas las curvas que nos empeñemos en hacer; salvar todos los escollos que vayan surgiendo en el camino, romper todas las pihuelas que nos pongan. Nuestra canción siempre ha de ser de gloria, nuestra actitud de seguridad en el futuro, nuestro empeño en no olvidar el pasado en cuanto enseñanza, y, siempre, hay que insistir, sin perder la esperanza.

Cuando salgamos a la calle y veamos luces representando figuras geométricas que no dicen nada, veamos un Belén. ¿Por qué no vamos a poder ver lo que nos apetezca si somos libres para ello? Y si ante nosotros aparece una procacidad queriendo representar un Belén, pongamos en cada lugar a los personajes o animales que deberían estar, nadie nos debe impedir echar a volar nuestra imaginación. Y si en alguno de los animales vemos la cara de alguien conocido, pidamos al Niño que lo perdone y lo vuelva a su estado de ser inteligente.

Ya lo dijo el Cristo desde la Cruz, perdonando Él a los descarriados: ¡Perdónalos Señor, no saben lo que hacen! Muchas veces es difícil conceder el perdón, pues los hay que hacen mucho daño, personalmente o la comunidad entera. No obstante, el Hijo de Dios nos puso como mandamiento único amar a nuestros semejantes, a todos, incluso a los que no son nuestros amigos, también a los que se comportan como nuestros enemigos. Y hemos de seguir su recomendación si queremos salvarnos, si somos conscientes de que estamos de paso por este mundo para conseguir entrar en el reino.

Y no nos olvidemos de cantar en estos días, lo repito. Cuando cantamos desahogamos nuestro espíritu, le abrimos, le engrandecemos, le ofrecemos a nuestros análogos, lo ponemos a disposición de la colectividad y ellos, los otros, si topan con los mismos sentimiento, cantarán y se aproximarán a todos los que forman el coro, cualquiera que sea el timbre de su voz.

El camino que lleva a Belén
baja hasta al valle que la nieve cubrió.
Los pastorcillos quieren ver su Rey,
le traen regalos en su humilde zurrón
al Redentor, al Redentor.

Yo quisiera poner a tus pies
algún presente que te agrade, Señor,
mas Tú ya sabes que soy pobre también
y no poseo más que un viejo tambor.
En tu honor frente al portal tocaré
que con mi tambor!

El camino que lleva a Belén
voy marcando con mi viejo tambor,
nada hay mejor que yo pueda ofrecer,
su ronco acento es un canto de amor
al Redentor, al Redentor.
Cuando Dios me vio tocando
ante Él me sonrió. ●

LOS DÉFICITS DE LA ECONOMÍA ESPAÑOLA

JUAN VELARDE FUERTES

Catedrático. Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Síntesis del discurso de ingreso como Académico de Honor en la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras de Barcelona, texto publicado con ese título por esa Real Academia, Barcelona, 2018, págs. 5-27.

Creo que son fundamentales, o sea, que son los que deberían centrar la política económica española los siguientes. Conviene exponerlos porque el primero se deriva del desarrollo de errores de los políticos, como consecuencia de su ignorancia de cuestiones claramente definidas por la ciencia económica. Esto, por ejemplo es lo que ocurrió en relación con la quiebra del banco Lehman Brothers y la consiguiente crisis financiera mundial. En ese momento, España abandonó la senda inicial, al plantear el gobierno de Rodríguez Zapatero una equivocadísima política económica basada, sobre todo, en la errónea decisión de provocar un desarrollo interior financiado con déficit público, que se pretendía que tenía el respaldo keynesiano y el argumento adicional de que había sido aceptada por excelentes modelos socialistas en otros países, ignorando en este sentido aquella frase durísima de Keynes, quien al enterarse en una conversación con Hayek, donde éste le aseguró que por un grupo titulado socialkeynesiano, eso era lo que se defendía a través de interpretaciones de la *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*. Keynes saltó del sillón que ocupaba y chascando irritado los dedos de la mano derecha, gritó: «¡Son unos tontos!». Pero además de las derivadas de erróneos planteamientos políticos ¿qué otros déficits afectan a la economía española? Y ahora ese planteamiento ha venido a aparecer con fuerza tras el documento conjunto de Sánchez e Iglesias.

¿Cuál es el segundo que ahora mismo existe para frenar el auge de la economía española? Pues algo que señaló muy oportunamente un gran catalán, Eugenio d'Ors, quien lo puso de manifiesto de modo rotundo en su libro *Flos Sophorum. Ejemplario de la vida de los grandes sabios* (Seix y Barral, 1914), un libro dedicado a Enrique Prat de la Riba. Señalaba d'Ors que Prat de la Riba se quejaba de que en sus años de infancia no había tenido noticias de ningún poeta catalán, a lo que agregaba d'Ors que «tampoco nuestra infancia ha conocido la viva presencia del sabio». Y lo demuestra al señalar en esa obra la existencia de grandes sabios, creadores de la ciencia moderna a partir del siglo XVIII. En la lista que ofrece en esa obra, ¿hay alguno español?: ninguno. Éste catálogo generó una exclamación irritada de d'Ors, al observar esa relación de científicos: «¡Y nosotros, Dios mío, gente hispana, no estábamos!»

Y este freno para el desarrollo económico que existió a causa de ese abandono de las cuestiones científicas, desgraciadamente perdura, y es el segundo freno que quiero destacar. Tengamos en cuenta, por ejemplo, el *Manifiesto sobre la situación actual de la investigación científica en España*, elaborado colectivamente por los miembros de la Junta Rectora del Instituto de España ha sido nuestro Presidente, Jaime Gil Aluja. Este

Manifiesto se inicia así: «Ya nadie discute que la investigación tecnológica es un motor esencial de la economía de los países más avanzados. Dicha innovación es fundamental en el progreso científico, el cual requiere un sistema de investigación vigoroso. En la última década el sistema de investigación español se ha deteriorado, aunque los efectos más negativos aún no se hayan detectado».

Pero además, al repasar los déficits de una economía nacional tenemos que tener en cuenta los que se derivan de una gran aportación de ese excelente economista que fue Román Perpiñá Grau, a través de lo que él denominó la «infraestructura económica». Empleaba este concepto para explicar multitud de comportamientos económicos derivados del impacto de la base natural sobre la base de la economía de los pueblos. Esta base natural, denominada con esa palabra es la que crea numerosísimos frenos a nuestro desarrollo, que agrupare como nuestro colosal tercer déficit.

Basta creo con efectuar una referencia a las dificultades que, para nuestro desarrollo ofrece el subsuelo. Desde luego, todos sabemos que España ha experimentado un proceso colosal de agotamiento de una gran cantidad de yacimientos de minerales fundamentales, no sólo para nuestra propia producción, sino también para nuestra exportación. A todo lo reseñado en este sentido conviene agregar que un proceso de avance económico precisa disponer de energía barata.

España carece de recursos petrolíferos, del denominado gas natural y la oferta de hulla y otros materiales carboníferos se ha visto que no ofrece precisamente un punto de apoyo serio, por su carestía, para nuestro desarrollo.

Naturalmente las variaciones del clima complican otro aspecto de nuestra producción y, desde luego, de nuestras exportaciones en cuanto se derivan de la producción rural en todos sus aspectos.

Además, basta observar que, precisamente por esas variaciones del clima, la existencia de ofertas hídricas con fuertes oscilaciones se presenta una y otra vez. Pero a esto debe añadirse que el agua ha pasado a convertirse en una materia prima esencial para muchísimos sectores. Pero el agua, en España, es escasa en casi todo el territorio y, de ahí se deriva una pugna continua entre los demandantes, cuestión que se complica por la aparición de la política. Basta recordar, por ejemplo, esos gritos lanzados en manifestaciones aragonesas con el lema de *¡El Ebro es nuestro!* El empleo óptimo del agua exige un control del sector público, pero éste es muy difícil, precisamente derivado como consecuencia de que cada grupo pretende, ante el evidente riesgo de escasez, obtener ventajas en el abastecimiento acuífero. Esta tensión la calificó muy adecuadamente un político español, Indalecio Prieto, cuando fue ministro de Obras Públicas en 1932 y 1933, al observar las reacciones contra su Plan Hidrológico. Pronunció por ello aquella frase de que «el agua emborracha más que el vino».

Y antes de abandonar los déficits económicos derivados de nuestra climatología, no es posible dejar a un lado la evolución de las cosechas, causantes una y otra vez de un cuarto déficit. En este sentido, durante mucho tiempo, el riesgo que existió se derivaba precisamente de la existencia, en bastantes momentos, de condiciones muy favorables para una buena recolección. La implacable ley de King, debido a la forma que tiene la curva de demanda de productos alimenticios y la que posee la curva de oferta en caso de excelentes cosechas, garantiza la ruina de los campesinos cuando logran buenas recolecciones. Afortunadamente, ese déficit, que era general, se encuentra ya bastante liquidado, como resultado derivado de la reacción inicial tras el

cataclismo generado por una buena cosecha de trigo que coincidió con unas grandes importaciones de ese cereal decididas por el ministro Marcelino Domingo. Larraz fue quien planteó una solución. Así fue como se creó la base intelectual que muy pronto generó la aparición del Servicio Nacional del Trigo a partir de 1938. Hoy todo esto constituye, sencillamente, el inicio de una realidad que afecta a España, pero que hoy se consolida, por nuestra participación en el ámbito comunitario, gracias a la llamada Política Agrícola Común (PAC). Ha servido todo esto para que se atenue en grandísima medida, lo que era un déficit considerable para todo el conjunto de nuestra economía, a causa del hundimiento del poder adquisitivo derivado de la economía rural.

Veamos el quinto déficit que ha pasado de golpear a la agricultura y ahora lo hace a la industria y los servicios. Contribuía fuertemente éste, junto con el fenómeno del latifundismo y la superproducción mencionada en algunos momentos del campo, a generar una tensión financiera en las zonas agrarias, de la que se derivaba, debido, además a que la capitalización del campo no fuese grande y que, por ello, el cultivo exigía el empleo de enormes cantidades de mano de obra, cuando en el mundo agrario español los salarios eran muy bajos, a más de otras lamentables situaciones laborales. Así se generó el llamado *espartaquismo agrario español* de una violencia extraordinaria. Basta recordar nombres como los de Castilblanco o Casas Viejas. Como probó el profesor Juan Vázquez, el proceso industrializador y sus derivados eliminaron para siempre esta realidad social campesina, que constituía uno de los déficits más importantes de la economía de los españoles y que, afortunadamente, ha desaparecido. Una consecuencia de esta realidad es que el lema, famoso durante muchísimo tiempo en los debates políticos, de la necesidad de una Reforma Agraria, se ha esfumado prácticamente.

Pero con existencia en todos los lugares con presencia importante industrial en España, las agitaciones han pasado a incrementarse tras el derrumbamiento acelerado del sistema sociopolítico anterior a partir del referéndum para la Reforma Política de 1976. Surgió así una considerable ampliación de lo que llama Víctor Pérez Díaz, *mecanismos de voz del mundo obrero*.

La situación provocó, –y quedó claro en la polémica desarrollada en el diario *El País* entre Barón y Álvarez Rendueles–, una realidad preocupante. Por un lado se trataba de una sustitución acelerada, a causa de la mencionada realidad conflictiva, de mano de obra por capital, lo que se tradujo en un aumento del paro, proceso también debido al cierre de empresas, al no poder trasladar los costes salariales a través del mercado, surgiendo numerosas situaciones de quiebra que entonces se estimaba que generarían una crisis posterior. Todo ello conduciría, además, a un impulso en las tensiones inflacionistas. Pero como colofón, al ir más allá de los incrementos salariales europeos y, en general, también por encima de los de la OECE, se produjo una lógica caída de la cobertura de las importaciones por las exportaciones y, desde luego provocó un fuerte hundimiento de la cotización de la peseta, y también, como muestra la curva de Phillips, un incremento en el desempleo.

Esta tensión social constituye, pues, una y otra vez, otro de los déficits que existen, y existieron potentes, en nuestra economía.

Veamos otra fuente para impulsar otro fuerte déficit, el sexto de nuestra economía. Algo conviene decir para justificar el riesgo de una posible vuelta atrás debido a la creencia de que la política de gasto público unida a un fuerte incremento salarial, es

capaz de provocar el que se suele denominar alivio socialkeynesiano. Tras una serie de vacilaciones en ese sentido de Lluch, y del profesor Sánchez Ayuso, asesor éste en cuestiones económicas del pequeño, pero que fue muy influyente, Partido Socialista Popular (PSP) de Tierno Galván, se aceptó orientar por este sendero el iniciado por los conflictos sociales planteados de modo perturbador, y así surgió con fuerza la tesis que explicaría críticamente, y con agudeza, Ubaldo Nieto de Alba en su libro *De la Dictadura al Socialismo democrático. Análisis sobre el cambio de modelo socioeconómico en España* (Unión Editorial, 1989). En esta obra se aporta el dato del motivo de la falta de referencia a la cuestión de la flexibilidad laboral planteada, como crítica, al contenido de los borradores primeros de los Pactos de La Moncloa. Se cambió en el rumbo que en este sentido se pretendía iniciar, como mostraban esos borradores, debido a la acción política de Sánchez Ayuso. Este profesor, y diputado del PSP, señaló en el debate sobre los Pactos de La Moncloa que tuvo lugar en el Congreso de los Diputados el 27 de octubre de 1977, y nadie en la sesión le contradujo, lo que sigue: «La gesta de los partidos de la izquierda se ha notado (en la redacción del texto del acuerdo definitivo). Se ha visto ello en la redacción del proyecto. Piénsese, como ejemplo, que en el programa original del Gobierno (o sea el elaborado por el equipo de Fuentes Quintana) se acordaba la libertad de despido, mientras que ese punto no aparece en el documento», y este fue, efectivamente, el así modificado, el que se aprobó. Y el profesor Nieto de Alba agrega que esta rigidez laboral no era coherente con una «política monetaria restrictiva». La redacción definitiva obliga, por ejemplo, a no olvidar un famoso artículo de Milton Friedman, *El papel de la política monetaria*, mensaje presidencial expuesto el 29 de diciembre de 1967 en la reunión de la American Economic Association, y editada en la *American Economic Review*, mayo de 1968. Se trata de una de las aportaciones de Friedman donde pasa a exponer un duro ataque a ese socialkeynesianismo que, de modo subyacente, podía ser una salida justificativa para las tesis del PSP, y también, cuando se repasan los textos, para los del PSC, defendidos entonces por ese gran investigador que fue mi admirado amigo, Ernest Lluch. Pero Fuentes Quintana, impresionado por Friedman, publicó la versión en español de ese artículo en *Información Comercial Española*, enero de 1969. Dejaba así este profesor español, claras sus reticencias frente a las soluciones socialkeynesianas, y que éstas justificasen, de modo adecuado, las salidas de los enredos de las crisis, sobre todo gracias a considerables déficits fiscales.

Pero no podemos olvidar otro déficit –el séptimo– muy importante derivado del incremento de barreras administrativas que alteran, por un lado, la unidad del mercado interior español y, simultáneamente, por otro, frenan la actuación de las fuerzas impulsoras vinculadas a la llamada economía libre de mercado, que siempre debe estar acompañada del complemento social que, Eucken, desde la escuela de Friburgo señaló y que constituye la base del impulso que tuvo la economía alemana, a pesar del desastre que se padecía previamente, tras la II Guerra Mundial. En España los datos en ese sentido muestran de qué modo las barreras creadas por la administración frenan el desarrollo. Basta con consultar la publicación que sobre este tema periódicamente publica el Banco Mundial. En *Doing Business* vemos que, en el conjunto de Europa Occidental, la relación de los frenos administrativos españoles nos aparta de realidades óptimas como, concretamente, la de los países europeos más opulentos.

Pero no es posible dejar a un lado el déficit octavo, generado por el choque demo-

gráfico, que crea un déficit absolutamente espeluznante de gente joven y niños, cuyo impacto, ahora mismo, puede ser ya extraordinariamente negativo y de modo creciente, conforme pase el tiempo, para el consumo, para la población activa, para la productividad de las empresas y, desde luego, para el valor de los inmuebles en España, así como para agravar la cuestión de las pensiones.

El déficit demográfico español plantea, por tanto, ante nuestro futuro económico, aquello que me dijo el gran economista Franco Modigliani, hablando de este tema: «¡Vaya bomba de relojería que tiene, en eso, la economía de ustedes!».

De la mano de Gary S. Becker, intentar superar esto a través de fuertes inmigraciones, crea problemas gravísimos que, por supuesto, alteran el Estado de Bienestar, pero también, otras cuestiones fundamentales, de tipo sociocultural. Tengamos en cuenta que España tiene, con un país fronterizo, en este caso Marruecos, el diferencial de PIB por habitante mayor que el existente en cualquier otra situación internacional fronteriza. ¿Esa, la marroquí, la subsahariana, ha de ser la solución? El problema pues, es muy serio e insoslayable.

El noveno déficit lo genera el relieve que limita la necesaria amplitud del mercado, tema ya aludido, pero no puedo menos de señalar aquí, que es también el que se deriva del riesgo de una ruptura de la unión política, y automáticamente económica de España, con la creación de una situación de hundimiento para ambas partes separadas. El déficit generado así nos fue advertido ya nada menos, que por Adam Smith. Después han venido multitud de ratificaciones. Ahí se encuentra el motivo de que, tras la catástrofe de la II Guerra Mundial y la amenaza de la Guerra Fría, una idea surgiese de tres políticos, Adenauer, Schuman y De Gasperi: el impulso para la creación del Mercado Común Europeo, del que se deriva la actual Unión Europea, que mucho nos favorece, y cuya aparición liquidó crisis importantísimas anteriores. Y esto enlaza con un tema vivo y palpante en Cataluña y en el País Vasco, en Navarra y creciente en otras regiones españolas.

¿Qué cabe hacer ante estos déficits? Un gran mercantilista español, Caxa de Leruela, preocupado por la visión del inicio de un camino hacia la decadencia económica de España, señaló en su obra *Restablecimiento de la abundancia de España*, precisamente en su comienzo, bajo el título *Argumentos del discurso*, señaló que el avance económico sólo se puede lograr «huyendo de arbitrios fútiles y atrevidos», porque aceptaba lo que sobre tales arbitrios fútiles y atrevidos había señalado Tito Livio, quien argumentaba que cuando se hacían tales cosas, se obtendrían «siempre al principio alegrías, en el medio, dificultades, en el severo final, desgracias». ●

ALGO SOBRE LA POSTVERDAD

ALBERTO BUELA

Filósofo

La postverdad es una novedad filosófica inaugurada por los ingleses, cuándo no, hace unos pocos años con Jayson Harbin en 2015, donde se sostiene que lo que interesa no es la realidad sino lo que se dice de la realidad.

Esta postura ha dado lugar a los diferentes «relatos» sobre la realidad pero no sobre lo que ella nos dice de sí misma.

Estos relatos son básicamente los políticos y culturales que pretenden ir más allá de las ideologías pero que terminan siendo un fraude.

Los sostenedores de tan novedosa teoría han dejado de lado la idea de verdad como *adaequatio intellectus et rei* para reemplazarla por *adaequatio rei ad intellectum*. Esto es, que la adecuación entre el intelecto y la realidad fue reemplazada por la adecuación de la realidad a lo que dice de ella el intelecto.

Así, si estamos mal porque nos matan como perros por la calle, en estas democracias postmodernas donde nadie nos cuida, los sostenedores de la postverdad nos dicen: *la inseguridad es solo una sensación*.

Un buen profesor español, Miguel Navarro Crego, cansado de dar explicaciones sobre el tema, afirma: «*la postverdad es el último y carnavalesco disfraz de lo que siempre se conoció como embuste, fraude y mentira*».

En mi opinión la idea de postverdad se encuentra, cuándo no, también en otra ocurrencia inglesa: los enunciados performativos de Austin en su libro *Cómo hacer cosas con palabras* (1962). Así, el lenguaje no solo describe el hecho sino que el hecho al ser expresado se realiza. Cuando decimos «yo prometo», como no sabemos si será verdadero o falso, yo lo estoy realizando. O cuando el cura dice «yo te bautizo» produce el hecho del bautismo. Esta función del lenguaje que los ingleses llaman *performative*, nuestros profesores telúricos que siempre imitan, pero como un espejo opaco imitan mal, la han traducido por «preformativa» en lugar de hacerlo en castellano por «realizativa» lo que hace más entendible dicha teoría.

La consecuencia politológica más importante en estos últimos años vinculada a la idea de postverdad es la sostenida por un argentino de origen portugués, Ernesto Laclau, quien en su libro *La razón populista* (2005), en vistas a que el marxismo perdió el sostén del pueblo, afirma que el pueblo, las mayorías populares tiene que ser reemplazado por distintos pueblos o colectivos o diferentes minorías, que son los verdaderos destinatarios de los gobiernos democráticos. Estos pueblos son una creación intelectual (en Argentina volvieron a aparecer los indios, en Chile la república mapuche, aparecieron diferentes géneros más allá del masculino y el femenino, etc.).

Estas nuevas oposiciones dialécticas: gays vs. heterosexuales; indios vs. blancos; abortistas vs. provida, etc. vienen a reemplazar a la agotada dialéctica marxista entre burgueses y proletarios. Por supuesto que esto no daña las condiciones de producción



sino que más bien las consolida. El imperialismo internacional del dinero salta en una pata.

Al respecto observa Javier Esparza, posiblemente la cabeza más penetrante de la España actual: «*Otorgando políticamente una identidad única a esa diversidad de antagonismos. Por así decirlo, el discurso político ya no es consecuencia de una realidad social objetiva que con mayor o menor fortuna pretende describir; sino que ahora el discurso es el creador de la realidad. En el caso que nos ocupa, el discurso político crea, constituye, inventa un Pueblo*»¹.

A la difusión de esta teoría de la postverdad contribuyó en mucho la antropología cultural, de origen norteamericano, cuando fracasó –los hechos están a la vista– la teoría del *melting pot* o *crisol de razas*, al no poder integrar a los negros en un proyecto unitario de nación americana.

Vemos así como la teoría de la postverdad termina justificando, en el ámbito político, la explotación del hombre por el hombre, en el ámbito cultural negando la integración y en el ámbito filosófico sosteniendo que nada es verdadero ni falso.

Y para ello entretiene al hombre (varón y mujer) en falsas disputas, cargándolo de *fakes news*, y haciéndole creer que como un pequeño dios puede crear a través de su *logos*, de su palabra. Cuando en realidad solo Dios puede crear: *In principium erat Verbum*, mientras que la función del hombre es acompañar la creación. El mundo es un *cosmos*, es algo bello, de ahí todavía resuena en nosotros en el término *cosmética* –arte del embellecimiento–. Y si lo acompañamos o incluso lo transformamos sin que se note mucho, nos estamos embelleciendo. Y si nos embellecemos con nuestra acción nos estamos, sin darnos cuenta, haciendo más buenos. Y así, llegaríamos nuevamente al ideal griego de la *kalokagatia*, la unión de lo bello y lo bueno con perfección. ●

¹ ESPARZA, JAVIER: «La herejía populista», en *Cuadernos de Encuentro* Nº 134, Madrid, otoño 2018.

LA NECESIDAD DE UN REFERENTE

MANUEL PARRA CELAYA

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía).

(Metro de Barcelona al filo del mediodía. Público predominante procedente de un campus universitario. Se viaja no de forma excesivamente holgada, pero cómoda. A mi lado, toman asiento dos jóvenes que, cosa rara, no echan mano a sus móviles. Capto unos fragmentos de un diálogo que despierta mi atención, centrada –inveterada costumbre– en un crucigrama. Oigo un nombre sorprendente: José Antonio. Al parecer, uno de los interlocutores comenta a su compañero una reciente novela que está leyendo que hace referencia a este personaje histórico; el otro le pregunta de quién se trata. El metro llega a una parada y mis compañeros de viaje se levantan y se apean. Me queda la sorpresa y una tremenda curiosidad por la posible respuesta y el resto de la conversación...).

1. Asumamos que vivimos en una época en que prevalece un presentismo exacerbado. El hoy –mejor, *el ahora*– se ha impuesto sobre la curiosidad del ayer y la expectativa del mañana, y, al modo de los irracionales, carecemos de historia. El tópico literario del *carpe diem* ha pasado de ser un bello motivo que invitaba a gozar del amor en la juventud a una consigna decretada sottovoce por la *ingeniería de la manipulación*.

Este fenómeno puede observarse mejor entre los jóvenes que entre los adultos que han entrado de sobras en la madurez; no es que estos últimos no se vayan acostumbrando a vivir el presente con creciente exclusividad, pero sí que aún mantienen recuerdos y conservan sedimentos de una educación y, por lógica, echan de vez en cuando su mirada, casi siempre nostálgica, a sus años de mayor plenitud.

Por su parte, aquellos acostumbran a despreciar, a fuer de posmodernos, los *grandes relatos* que les vinculan a una herencia cultural e histórica; a veces, por inconsistentes, a veces porque les suenan a *consejas de viejos*. Hace algunos días escuchaba una entrevista radiofónica a Soledad Becerril en la que esta se quejaba de la indiferencia e incomprensión de las actuales generaciones hacia el momento –para ella, exultante– de la *transición*, y aventuraba que quizás no habían sido capaces de explicárselo bien. Qué podríamos decir de etapas anteriores de la historia común, pensé para mí; a lo mejor, el empeño que puso su generación en silenciar, negar o vituperar su pasado inmediato se ha vuelto contra ella y se ha ampliado a una ininterrumpida narración común española, llena, como todas, de luces y de sombras.

2. Este *presentismo* actual es causa de la carencia de referentes. Ya sabemos que un referente consiste en algo o alguien a quien recurrir, a quien *referirnos*, y que sirva para sustentarnos en nuestras creencias, en *las que estamos*, pero *podemos dejar de*

estar, según Ortega, si no se retroalimentan, y en nuestras ideas, las que construimos para rellenar los huecos de las creencias.

Un referente es tener con qué o con quién contar para reafirmarnos a nosotros mismos y a nuestras opiniones, sea para aceptar o para contradecir, para corregir o para ampliar y desarrollar; no debe ser algo o alguien a quien simplemente citar, si se trata de una persona, o mencionar, si se trata de un hecho, como muestra de erudición. El referente va necesariamente unido a la propia personalidad, y esta, por supuesto, a la originalidad; no es peso ni lastre, sino ancla y, a la vez, motor.

Tampoco debe confundirse el referente con un mito. Toda mitificación conduce, por de pronto, a una fosilización, que hace imposible despegar toda suerte de dinamismo en la persona que la lleva a cabo. Además, los mitos, por definición, subyacen en todas las formas de propaganda manipuladora, y su inmovilidad solo asegura una actitud de fanatismo de quien los mantiene como ídolos intocables; el ejemplo más evidente lo tenemos en los nacionalismos, cuya mitología de fondo los convierte en pseudorreligiones, dotadas de *dogmas* indiscutibles para quien no los comparte de antemano.

Por otra parte, la *ingeniería* a la que hemos aludido ha aprovechado los grandes desconocimientos y las extensas lagunas históricas para crear lo que llamaríamos *referentes de consumo*, esto es, construcciones artificiales, alejadas de lo que realmente fue, para mantener en el candelero las ideas que quiere imbuir y perpetuar en el imaginario colectivo. De hecho, estos *referentes de consumo* –a la medida del *pensamiento dominante*– son los únicos aireados, divulgados y casi permitidos, con expresa exclusión de otros más reales.

3. Hemos convenido en que los referentes –los auténticos, no los mitificados o los impuestos– son imprescindibles, en orden a la autoafirmación personal y a la reflexión enriquecedora; de ahí el empeño en oscurecerlos o hacerlos perder de vista completamente; y aquí entran en juego diversas estrategias.

La primera y principal es borrarlos, así de simple. Los nombres de hechos o personajes históricos que no merezcan el plácet o no puedan ser objeto de manipulación van, sencillamente, a desaparecer de la memoria colectiva, tras ser eliminados de las páginas de la (escasa) historia que se mantenga en los programas oficiales de enseñanza.

La segunda estrategia es amputarlos en sus dimensiones y alcances, es decir, un reduccionismo de su importancia que los haga pasar desapercibidos o en papeles muy secundarios; también, por supuesto, limitarlos a aspectos desfavorecedores o negativos, o a los solo convenientes a las *versiones oficiales*.

La tercera es distorsionarlos, tergiversar descaradamente su papel, de forma que puedan quedar situados como antagonistas en el relato *políticamente correcto*, llegando, si conviene, a su demonización.

Cuando un referente supera las pruebas y, por su importancia, traspasa estas barreras y estrategias, casi siempre permanecerá, aunque solo sea para minorías, que son siempre más difíciles de manipular que las masas. Si, además, sobrevive en el tiempo y logra cierta difusión, es que esa importancia –y peligrosidad consiguiente para los *patronos* de la *ingeniería*– es muy alta.



4. Resulta que, por lo menos para tres generaciones de españoles, hubo un referente llamado José Antonio Primo de Rivera. En cada una de ellas adquirió algunos rasgos distintos, debido a las *circunstancias* que le concedían tal carácter referencial, pero nunca perdió esa condición.

Para la primera generación, coetánea a su existencia, fue tan cercano que se asumió plenamente la textualidad de sus previsiones y planteamientos. Claro que la *circunstancia* concreta lo centraba en una *presencia* ritual exclusivamente, en pugna con otra *presencia* ideológica y eficaz; para esta última, se creía posible llevar a efecto un hacerlo real, causa eficiente e inmediata de una profunda transformación de estructuras sociales y de conciencias. Concedamos que, desde una perspectiva actualísima, se trataba de un ensueño, de un bello ensueño, porque las tozudas y poderosas resistencias se iban a imponer a la corta.

Aun se dio el caso de que, a pesar de dejar su carácter referencial en realidades tangibles, nunca perdió esta cualidad de referente en lo estrictamente humano; los nombres de Ridruejo, Laín, Tovar o Ballester pueden ser representativos de esta situación.

Para la segunda generación, en muchos casos, el referente se convirtió, por un lado, en mito y, por otro, en empeño voluntarista. Uno y otro rasgo actuaron de manera distinta o, en ocasiones, opuesta: el mito fue promovido conscientemente con la finalidad de convertirlo en *estatua de sí mismo*, un oportuno valladar de inquietudes o en coartada para otros fines; no es extraño que, en el campo del empeño voluntarista, se produjera ese fenómeno conocido como frustración, cuando no el más extraño de una esquizofrenia política. A todo esto, pervivió y se transmitió su valor de referente, aunque se iba difuminando en las multitudes.

La tercera generación heredó mito y empeño; se fue liberando de lo primero y se mostró tozuda en cuanto a lo segundo. Venturosamente, fue compaginando evocación y realismo, y rescató el valor esencial del referente y arrumbó lo que –otra vez la *circunstancia*– ya no tenía valor referencial. Se empezó a operar, entonces, un rescate de la actitud sobre el gesto, de la norma sobre el rito, de la guía sobre la consigna.

5. Ya hemos acabado la enumeración de generaciones, entendidas en un sentido cuantitativo y amplio, que tuvieron a José Antonio Primo de Rivera como referente inequívoco. ¿Hemos, por ello, concluido aquí? No, en absoluto. Bien es verdad que,

como dice el maestro Aguinaga –a su vez, nuevo referente– *es el gran desconocido* para una mayoría del pueblo español, pero no es menos cierto que, en una *inmensa minoría*, su nombre sigue sonando como algo *distinto*, sin saber precisar acaso de qué es referente. En muchos casos, su simple alusión provoca un rictus de sorpresa, hace entornar la mirada, como si nos dispusiéramos a escudriñar un misterio celosamente ocultado.

Su *popularidad* –que nunca es un valor exacto– está en libros recientes (como el que estaba leyendo el universitario al que oí en el metro), en páginas de Internet, incluso en acusaciones con su nombre que se entrecruzan sus desconocedores más empecinados. Puede ser el gran desconocido, pero no es *el gran ignorado* ni, mucho menos, *el gran desaparecido*. Ha perdido su rasgo de mito, pero no su carácter de motor para un sector que lo sigue teniendo como referente principal, entre otros, porque el tiempo ha corrido mucho.

El primer esfuerzo que se nos requiere a los integrantes de este sector –al que me cabe el honor de pertenecer– es que lo volvamos a ver como *necesario*; en primer lugar, como referente de una elegancia, de una conducta mantenida y transmitida, es decir –volvamos a Aguinaga– como *arquetipo*; segundo, como referente de rigor intelectual, y, tercero, como gran referente de esa *necesidad*.

¿Necesario? Sí, aunque sea de un modo diletante en nosotros de búsqueda; y vuelvo a insistir en que ello obliga a un esfuerzo de reflexión y de originalidad, nunca de la pereza que esconde el mimetismo.

Esa pereza llevaría a exhumar algunas propuestas concretas de hace más de ochenta años, impracticables hoy; lo más importante es rescatar *el espíritu y la intención, la música más que la letra*, que llevó a formularlas, para alzar voces disonantes con las complacencias que se advierten en este preocupante comienzo del siglo XXI ante un panorama desolador.

Si rescatamos la *música* podremos ofrecer alternativas ante realidades tan sombrías y sangrantes como la consideración del trabajo, no solo como mercancía, sino como *objeto de mercado* que expulsa a profesionales de más de 50 años y malpaga y hace malvivir a recién salidos de unos estudios; como la dramática pugna entre la unidad –España, Europa– y la dispersión; como la renuncia y el menosprecio de unas raíces comunes, culturales y religiosas; como la falta de consideración al derecho a la vida y a la dignidad del hombre; como la preponderancia de la especulación sobre la producción; como el vacío axiológico y ético...

Y es urgente convencer de la necesidad de José Antonio Primo de Rivera como referente, porque el *presentismo* nos devora a nosotros, España y al mundo. Porque, a pesar de los vertiginosos avances científicos y tecnológicos, el ser humano sigue en perpetua desarmonía con su entorno, empezando por el que da sentido trascendente a su vida. ●

¿FOTOGRAFÍA O RADIOGRAFÍA?

Un repaso a la situación española

LUIS FERNANDO DE LA SOTA SALAZAR

Presidente del Club Encuentros. Intervención en el ciclo «Encuentros en El Pardo» el 25 de octubre de 2018

Buenas noches. Como de costumbre, inicio este ciclo de tertulias en este caso 2018-2019 y lo hago, como habréis leído en el programa recibido, no para referirme a un solo tema, sino como una especie de repaso general, desde mi punto de vista, a algunos aspectos de la actualidad política española.

Y además quiero darle a mi intervención de esta noche un cierto aire de lo que esto es en realidad, una tertulia entre amigos. Todos nos conocemos, y hoy no tenemos con nosotros a ningún invitado ajeno como ponente, que nos exija un planteamiento diferente, tal vez más serio o más condicionado por su presencia, y así, tras estos apuntes que voy a ir esbozando a continuación, podremos expresar nuestras opiniones, con mayor naturalidad, o con mayor confianza y franqueza, sin que por eso pierdan rigor.

Pretendo, por tanto, en esta mesa de debate de hoy, hacer unas reflexiones sobre algunos temas que he considerado importantes y actuales, evitando en lo posible entrar en anécdotas puntuales, de esas con las que nos desayunamos, comemos y cenamos todos los días, a través de los medios de comunicación, para no distraernos más con el ruido de titulares y noticias, que cambian o se desmienten a las pocas horas, teledirigidas por portavoces oficiales u oficiosos, que solo intentan barrer para su casa, y entretenernos contando las cosas con superficiales anécdotas, para que no pensemos en las categorías y en el fondo de las mismas y que son las que realmente importan.

Tengo un amigo desde hace muchos años, que además de amigo, es también camarada y compañero, por serlo lo primero por antiguas militancias juveniles, y lo segundo, por largas marchas y peregrinaciones compartidas por toda España. De buen porte y complexión atlética a pesar de sus años, que cuando alguien le elogia lo bien que se conserva, siempre dice: *a nuestra edad, no hay que mirar la fotografía, sino la radiografía*. En su caso, por algunas lesiones que le han producido centenares de saltos en paracaídas a lo largo de su vida.

Y utilizo este exordio, que de alguna manera justifica el título de mi intervención, para iniciar este repaso, porque la actualidad de España creo que también habría que contemplarla desde dos perspectivas distintas, aunque complementarias.

La actualidad

Si es la fotografía, lo he comentado muchas veces en estas tertulias y en varios artículos, todo aparenta que España goza de buena salud. De muy buena salud.

Tenemos por supuesto muchas cosas de qué enorgullecernos, y por las que mos-

trar nuestra satisfacción. Nuestro sistema sanitario es de los mejores del mundo tanto el público como el privado. Vivimos en un país que pese a las amenazas yihadistas, resulta seguro, gracias a la encomiable labor de nuestros Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado.

Nuestras playas están llenas a rebosar, así como los hoteles, casas rurales y restaurantes y también ha aumentado considerablemente el turismo interior, no solo el de sol y playa, y el ladrillo y las grúas vuelven a lucir en el paisaje. El paro sigue bajando mientras que las cotizaciones a la Seguridad Social aumentan. La Economía, hoy por hoy, y digo hoy por hoy, es la envidia de Europa, porque es la que más crece en nuestro entorno, como prueban nuestra prima de riesgo y el interés de los inversores extranjeros.

Toda una cara alegre y positiva de la moneda, aunque en lo económico quede un poco deslucida, por el lunar de la elevada Deuda que disminuye el brillo de este sucinto análisis, y que amenaza con hipotecar generaciones enteras de españoles. También, porque ya empiezan a aparecer negros nubarrones preocupantes en lo económico, por las malas mañanas de nuestro actual gobierno, en éste, como en otros sectores.

Pero en lo que coincidiréis conmigo, es que, en general, se ve a las gentes tranquilas y felices, sin que en las encuestas parezca que se sientan especialmente preocupadas por nada especial.

Y compramos coches nuevos y más caros. Intentamos comprar o alquilar viviendas más grandes y mejores, las inmobiliarias están a tope, no paran de vender y alquilar pisos a pesar de sus precios, e, incluso, parece que los españoles tenemos cada vez más mascotas, dato que algunos sociólogos interpretan, como signo de prosperidad y de confianza en el futuro de una sociedad.

Naturalmente, ante este panorama, los más pesimistas nos advierten que no es oro todo lo que reluce, y nosotros también tenemos que recordar, aquella despreocupación de los romanos, teniendo a los bárbaros a las puertas de sus casas, aquella «ciudad alegre y confiada» a la que también se refería nuestro dramaturgo Jacinto Benavente.

Pero sea como sea, y reconociendo y no olvidando que también hay un sector de españoles que están todavía en paro, y que tienen graves dificultades económicas para llegar a fin de mes (las cifras de Cáritas son preocupantes), esta fotografía de España y de su sociedad, es real, es así, no es un trampantojo.

Por eso, creo que hay que recurrir a la radiografía, y en algunos casos incluso, a la resonancia magnética si queremos profundizar más, para poder apreciar y diagnosticar, una serie de problemas graves, que creo que al menos a nosotros, como Club de análisis y de opinión, no nos pueden pasar desapercibidos ni nos pueden dejar insensibles. Son varios, y cada uno tiene su importancia, pero media hora no da para más, y he elegido los tres que me han parecido más preocupantes, aunque la verdad es que yo solo tenía previsto hablar esta noche solo de dos temas:

El de la unidad de España y su identidad, y el de la inmigración. Pero a la vista de todo lo que está ocurriendo en estos días, me ha parecido que no podía eludir referirme también a esa insostenible y suicida deriva de nuestro actual gobierno, que amenaza con llevarnos a una catástrofe, no solo económica, sino también política y social.

Todos ellos también aparecen en las fotografías, es decir en los titulares de los medios, en las charlas de las tertulias televisivas, y en las redes sociales, pero muy

matizados, cuando no sesgados en beneficio partidista. Y en muchos casos difuminados, cuando no eludidos, por los políticos y los comentaristas, que no quieren entrar con claridad en sus motivos o en sus raíces. Pero que los tres son problemas que pueden ser letales para el ser profundo de nuestra Patria o para nuestra pacífica convivencia.

El problema de la unidad de España, o el separatismo, al que ya he aludido varias veces en esta misma tertulia, ya sabéis que no es un problema de hoy, aunque ahora se hable mucho de ella por esas andanzas peripatéticas de Puigdemont y sus corifeos actuales en Cataluña.

Todo lo que ocurre ahora allí es grave y preocupante, no lo niego, pero sobre todo es irritante.

Pero que a mi juicio pasará, tal vez sea muy optimista, pero creo que pasará, como han pasado de la misma forma otras situaciones parecidas en Cataluña, o pasaron aquellas otras tragicómicas de los cantonalismos.

Es algo que venimos padeciendo como un sarampión recurrente, desde hace más de dos siglos, con diferentes formas o alternativas. Con monarquías y repúblicas y con gobiernos de todos los colores.

Como sabéis, Cataluña se ha declarado ya independiente tres veces con resultados negativos, y según el diario de sesiones del Congreso, fue el tema más debatido en las primeras décadas del siglo pasado y con las sesiones más largas y acaloradas. Ahora otra vez, lógicamente, el tema está más vivo, por los desplantes y chulerías de sus actuales gobernantes y la vergonzosa e interesada dejación de sus obligaciones del actual gobierno, en la defensa de los derechos de los catalanes que se sienten españoles, en su laxitud al imponer el Orden Público y en el reiterado incumplimiento de las Leyes y de lo que establece nuestra Constitución.

Pero no olvidemos, que los españoles siempre hemos hecho gala de un cierto afán independentista, de querer ser, o aparentar ser, más que el vecino de al lado, especialmente en aquellas regiones o pueblos que se suponen más ricos, más fuertes o más listos.

Pero no es mi intención entrar en detalles históricos de este tema, que todos conocéis y que, en esta misma tribuna, ya se han expuesto varias veces por voces más autorizadas que la mía.

Yo lo que quiero destacar aquí esta noche, porque es lo que más me preocupa, no son esos bandazos ocasionales de ahora, parecidos a los de antes. Lo que me preocupa, no es que esa unidad de España se pueda romper con carácter inmediato, por lacitos amarillos, manifestaciones o desplantes ocasionales, sino por otro motivo más silencioso y más a largo plazo:

Y me refiero, a la temeraria ligereza, falta de rigor intelectual y político o perversión sectaria, con que a veces se opina sobre el ser de España y su identidad. Una identidad, consolidada, con sus luces y sus sombras, a través de quinientos años de convivencia, y sobre su Historia en común, y que se olvida, se niega, se distorsiona o incluso se rechaza, asumiendo como cierto, lo peor de nuestra leyenda negra.

Porque no podemos estar permanentemente en ese debate, a capricho de un partido, ni de un gobierno, sea el que sea, ni tampoco sujetos al vaivén intelectual de pensadores, historiadores o eruditos, o lo que es peor, de aficionados pseudointelectuales o pseudoeruditos, que cada cierto tiempo llegan a proponer que cada generación pueda,

a través de un referendo ocasional, en un afán suicida, repreguntarnos lo que somos, e incluso que podamos replantearnos el hecho mismo del ser de España, olvidando el hecho irrefutable de lo que hemos sido a lo largo de los siglos.

Ahí es donde creo que está la médula del problema, y sobre lo que tendríamos que fijar y mantener más nuestra atención. Porque algunos de estos problemas o estos peligros, se parecen a esos cohetes de los fuegos artificiales que se disparan y suben sin apenas ruido, pero que de pronto su carga estalla en el cielo, con tremenda fuerza y estruendo.



Puigdemont y Guardiola, el independentista que quiere ser seleccionador nacional de fútbol

Y creo que hay motivo para alarmarse. Empiezan los síntomas a partir de nuestra Transición. Recordaréis, que desaparece en el lenguaje de los políticos españoles y de los medios de comunicación la palabra España, la palabra patria e incluso la de nación, y se sustituye por el eufemismo de «este país» o el de «este Estado». Y lo mismo pasó con la falta de presencia de la bandera, porque se consideraba que todo eso eran cosas del pasado franquista, cosas anacrónicas, que solo aparecían todavía, por inercia, en el vocabulario de algunos españoles y en las entradas de los cuarteles del Ejército y de la Guardia Civil. Y es curioso, porque también recordareis, que fue precisamente el comunista Carrillo, el que colocó la enseña en su despacho, lo que precipitó la orden urgente del gobierno de la UCD a todos los gobiernos civiles, de hacer lo mismo en los edificios y despachos oficiales.

Hoy, afortunadamente (no hay mal que por bien no venga), con los retos y desplantes separatistas en nuestras calles, plazas y balcones, ha vuelto a lucir nuestra bandera roja y gualda.

Sigue con aquello de que la nación era un concepto «discutido y discutible» de Rodríguez Zapatero, la matraca de lo de la nación de naciones, las confusas declaraciones del ministro Borrell, afirmando que Cataluña es una nación, luego torpemente matizada, y ahora, las recientes palabras de nuestro actual presidente, otra lumbrera,

refiriéndose a nuestro país, como «los pueblos de España». Que puede deberse a una prueba más de su incultura, pero que también puede que sea un globo sonda, con mucho más alcance y profundidad de intenciones de lo que parece, y que ha pasado, salvo alguna honrosa excepción, sin que políticos, historiadores o intelectuales se lo hayan refutado o criticado.

En nuestra Constitución, parece olvidarse, aparece inequívocamente como sujeto de nuestra identidad soberana, el pueblo español. Por lo que cualquier otro concepto o definición, es cuando menos sospechosa de ambigüedad y por supuesto, propicia a peligrosos juegos semánticos, favorables a delirios separatistas.

Habrà que volver sobre este tema.

Sobre la Inmigración

Es conveniente, cuando se tiene la intención de desarrollar un tema, hacer una breve declaración de principios.

En este caso, mi opinión, que no es de ahora, sino que ya la vengo manteniendo desde hace muchos años, es que salvo algunas personas inquietas, ávidas de conocer otros países u otras culturas, o incluso buscando un mejor clima o mejores servicios, nadie emigra por gusto. Ni nadie abandona la tierra donde ha nacido, sus lazos familiares, sus costumbres y tradiciones, para irse a vivir a otro país, que en la mayoría de los casos tiene otro idioma, otra religión y, en definitiva, otra cultura.

Y si lo hace, en el mejor de los casos es porque busca otras oportunidades mejores en lo profesional, o en lo económico, o en el peor, porque huye de la pobreza, la miseria, del hambre, o de la falta de sistema sanitario, o educacional. O lo que es más dramático, de los horrores de la guerra, la persecución política, étnica o religiosa. Y arriesga su vida, y muchas veces la de su familia, en su desesperado intento de encontrar en algún sitio, refugio y acogida.

Al referirnos a este tema creo que los españoles deberíamos recordar que nosotros también tenemos un pasado rico en emigraciones.

A finales del siglo diecinueve y principios del veinte, una parte de nuestra población, especialmente de la región gallega y asturiana, emigró a los países hispanoamericanos, fundamentalmente a Argentina, Venezuela o Cuba –de ahí que allí a los españoles todavía nos llamen gallegos en general–, y que de esos países muchos volvieron ricos, eso sí, tras muchos años de trabajo y de esfuerzo.

También lo hicieron así muchos canarios, utilizando toda clase de embarcaciones para llegar a Venezuela, con la misma intención y parecido resultado.

Durante nuestra guerra civil, personas y familias de derechas, con posibles, o amistades, huyeron de la persecución republicana y del Frente Popular, especialmente a Francia, aunque, según se iba estabilizando el frente nacional, se iban volviendo a la España liberada.

Por el contrario, los perdedores de la guerra, y tras el abandono de sus jefes y líderes, huyeron también a Francia, donde los franceses les trataron francamente mal, y la mayoría lo hicieron también a países hispanos, especialmente a Méjico, que les abrió generosamente los brazos. Allí vivieron, unos mejor que otros, y se integraron, aunque con mucha nostalgia. Y ya muy mayores, algunos fueron volviendo especialmente tras la Transición del 76.

Y por último, ya en el pasado régimen de Franco, durante la etapa más dura de la recesión, miles de españoles emigraron a Francia, Alemania, Suiza o Inglaterra, aunque, eso sí, en su inmensa mayoría con contrato de trabajo, en busca de mejores condiciones laborales. Prácticamente volvieron todos según se fue estabilizando la situación económica española, sin haberse integrado, ni aprendido el idioma, pero con ahorros, no obstante el dinero enviado a sus familiares en España. De esta época algunos recordaréis algunas películas más o menos afortunadas.

Y también tendríamos que acordarnos ahora, con estos nacionalismos exacerbados, de aquellas migraciones de andaluces, murcianos o extremeños, a las ricas y prometedoras tierras vascas y catalanas, donde fueron acogidos con reservas, por considerarlos charnegos o maquetos. Rechazo que como comprobamos a diario, todavía se produce en los dos sitios.

Por tanto, tenemos alguna experiencia en el trato, la acogida o el rechazo, que a lo largo de los años, y por diversas causas recibimos de los gobiernos y sociedades más ricas y más adelantadas y con mejores servicios sociales.

¿Qué nos pasa ahora? Pues que nuestro país, lo mismo que en el resto de los europeos, en parte creo que en buena manera, por culpa de los adelantos de los medios de comunicación, que transmiten al minuto al mundo entero nuestras respectivas formas de vida, ricas, seguras, y sobre todo tan derrochadoras, que lógicamente han despertado la envidia y la lógica ambición de millones de seres humanos que viven en precariedad en otros países, y que por uno u otros motivos, carecen de los bienes más elementales para una vida digna. Y que en muchos casos, ni digna ni nada, porque simplemente la pierden por hambre, por enfermedades, o violencias de todo género.

Y a esto se une en el caso de España, que por nuestra situación geográfica, sufrimos oleadas de emigrantes: Hispanos por el oeste, por el sur subsaharianos del África negra junto a magrebíes y argelinos, por el este, rumanos de centro Europa, y sobre todo iraquíes, afganos, sirios, etc., que huyen de la guerra que asola Oriente Medio, desde más de siete años, en la que se mezclan musulmanes y cristianos de diferentes pueblos y diferentes etnias, que sufren, no solo las salvajadas del DAES, sino también los horrores de los constantes ataques y bombardeos, de los ejércitos que teóricamente van a salvarles.

Y aquí se produce el dilema, que no solo divide a los gobernantes de los países europeos que no saben o no se atreven a afrontar este gravísimo problema, sino también a sus sociedades, en las que se mezclan intereses políticos, o problemas sociales, culturales, religiosos o de orden público. Entre ellos a España. Pero que también nos produce a nivel individual, especialmente a los que somos creyentes, un inevitable desasosiego humanitario, moral y religioso.

¿Qué hacer ante esta invasión de refugiados, de inmigrantes, de perseguidos, que vemos llegar a nuestras fronteras o playas, exhaustos, hambrientos, con hipotermias, y en muchos casos habiendo perdido en la travesía, ahogados, parte de sus familiares y amigos, a lo que se une, el haber venido explotados económicamente por mafias insaciables e insensibles?

Y que además nos emocionan, cuando llegan salvos, tras los esfuerzos de la Guardia Civil y de la Cruz Roja, y les vemos saltar de alegría, creyendo que se han terminado sus desgracias y llegan ya a la tierra prometida.

Por un lado consideramos que, por humanidad, es decir con el corazón, que nues-

tro deber es acogerles lo mejor posible. Pero por otro, con la cabeza, sabemos que no es factible seguir afrontando así este problema que nos desborda.

Cuando hablo o trato de explicar este complicado tema, planteo dos ejemplos para intentar argumentar, desde mi punto de vista, esta situación:

¿Quién no conoce entre sus vecinos, amistades, o conocidos, situaciones muy difíciles cuando no extremas o desesperadas. Familias con los dos cónyuges en paro y varias bocas que alimentar, o viudas que no llegan a fin de mes con su escasa pensión y no tienen ni para pagar el recibo de la luz, o lo que es peor a punto de desahucio?

Y como no se trata de una limosna coyuntural en la calle o en el metro, con la que con unas monedas queremos aliviar nuestra conciencia, se te ablanda el corazón, y les apoyas en lo que puedes, pero a sabiendas que eso solo lo puedes hacer una vez, o unas pocas veces, pero solo a una sola persona. Y si la cantidad o el compromiso es menor, tal vez a varias, pero que, tampoco lo puedes mantener indefinidamente.



Invasores africanos rescatados de las pateras

Y te desazona la impotencia de no poder hacer más. Y al final, recurras a hacer una donación a Cáritas para que ella lo distribuya como resulte más justo.

Y también les pongo otro de diferente signo. Si un empresario, y me estoy refiriendo a un empresario responsable y honrado, que mantiene contratadas a unas docenas de trabajadores, que significa mantener otras tantas familias, debido a problemas crediticios, competencia, o problemas de mercado, sostiene dignamente la empresa, pero con dificultades, y sus trabajadores le exigen aumentos de sueldo, o más contrataciones de personal, ¿no se verá en la necesidad de plantearse la necesidad de, o negarse a esas peticiones y exigencias, o cerrar el negocio con lo que al final los perjudicados no solo sería a él, sino también sus trabajadores y sus familias?

Pues ese es de alguna manera el dilema. Que por supuesto he simplificado mucho, porque tiene otras connotaciones importantes de carácter cultural, religiosas, asis-

tenciales o identitarias. Pero que de la misma manera que no es humano ni moral el rechazar esas inmigraciones desesperadas, sabemos que tampoco es posible acoger esta imparable avalancha que puede poner en peligro nuestra propia existencia como nación.

Y como yo muchas veces me quejo de que muchos comentaristas o politólogos o simplemente amigos y conocidos, al referirse a este u otros temas, lo hacen con duras y acaloradas críticas o solo diagnósticos sin soluciones, y si lo hacen son claramente demagógicas, que es algo así como si fuéramos al médico y nos describiera perfectamente el mal, pero no nos dijera el medio de curarnos o atajarle, yo os adelanto mi opinión al respecto. Y ya me daréis vosotros después las vuestras.

Solución que por supuesto no es original, porque es una de las muchas que ya se han venido planteando sin conseguir aprobarse.

La solución, si no definitiva sí paliativa, por ser la más viable, creo que debiera pasar por el acuerdo entre los países que sufrimos este problema, dedicando todo el dinero que nos gastamos en defender nuestras fronteras, salvamentos marítimos, centros de recuperación y alojamiento de inmigrantes, servicios sociales, sanitarios, vivienda y educación, etc., e invertirlo en los países de origen, y al mismo tiempo animando o exigiendo, que las grandes empresas y multinacionales, en lugar de esquilmar las riquezas naturales de esos países o aprovecharse de su obra barata, trasladen allí parte de sus negocios o factorías, pero dando un salario justo y dedicando parte de sus beneficios a inversiones en los mismos, para conseguir aumentar su nivel de vida y que no necesiten emigrar sus habitantes.

Ya sé de las dificultades políticas y económicas para este planteamiento y el problema añadido de la inestabilidad de esos países y la corrupción de sus gobernantes, pero aún así, me parece la solución más viable.

Junto a todo esto, también creo que hay que considerar, que en un país como el nuestro, que se va despoblando cada vez con mayor rapidez, la llegada de emigrantes, en un número suficiente y asumible, es algo bueno y conveniente. Pero regulado para poder ser integrado.

Porque como dice Manuel Parra en un reciente artículo, «una inmigración incontrolada, solo produce bolsas de pobreza y marginación».

Lo más deseable, naturalmente, es que fueran procedentes de países que comparten con nosotros el idioma, así como principios religiosos y culturales, porque así podríamos decir, como hace pocos días escribía el periodista Carrascal, que si en una época los españoles fuimos a esos países hispanos a «hacer las Américas», es justo que ahora sean ellos los que vengan a nosotros a hacer «las Españas».

En cualquier caso, hay que reconocer, que la emigración ordenada ha enriquecido en todos los sentidos a los países que la ha recibido. En unos casos a aquellos que nacían vírgenes, como en su día Estados Unidos, y en otros casos, proporcionando una mano de obra, que en los países más adelantados ya rechazan sus habitantes, y en definitiva aportando sangre joven a los ya muy avejentados europeos.

Pero eso sí. Siguiendo el ejemplo de Australia que me parece encomiable, cuando exige a los que quieren ir a su país, que junto con disfrutar de sus derechos y servicios, en igualdad de condiciones con sus ciudadanos y con respeto a su color, idioma, o religión, acento, tienen la obligación de cumplir sus leyes, y respetar la suya, sus las costumbres y su cultura.

Porque no se pueden permitir que barrios enteros de ciudades o regiones europeas, como ocurre en Francia o en los países nórdicos, se conviertan en guetos impenetrables incluso para la propia policía, y en donde miles de extranjeros que se niegan a integrarse o a respetar esas condiciones, pongan en peligro la estabilidad y convivencia del país que les acoge y mantiene.

Y el último tema. La peligrosa deriva del gobierno de Pedro Sánchez

Como nos queda poco tempo, no voy a entrar en críticas personales, ni en comentar anécdotas más o menos vergonzosas o cómicas del personaje, su esposa o sus ministros. Que, por otro lado, seguramente ya habréis estado comentando durante la cena...

Solo voy a hacer unas cuantas reflexiones sobre la peligrosidad de su corto mandato, que a mi juicio no es el resultado de su habilidad política coyuntural para, aprovechando una ocasión propicia, hacerse con la presidencia del gobierno.

Pienso que por el contrario, esto es solo una etapa de un plan perfectamente estudiado y preconcebido.

Y que empieza ya hace muchos años, con la famosa y premonitoria frase de Alfonso Guerra, de que a España no la iba a conocer ni la madre que la parió.

Un plan, en el que en estos momentos están comprometidos el sector radical del PSOE, los comunistas de Podemos y los sectores también más radicales del nacionalismo catalán y vasco, y que cuenta con fuertes contactos internacionales y apoyos mediáticos internos y externos.

Tiene como objetivo destruir la unidad de España, porque siempre es más fácil vencer a un enemigo fragmentado, que unido, y devaluar y desprestigiar sus valores morales, religiosos y patrióticos.

Y ya que no pudieron en su día acabar con el régimen de Franco, ni tampoco posteriormente con la concordia alcanzada en la Transición, incluso contando con la complicidad en su día de la ETA (y aquí tuvieron un tropiezo importante, por el rechazo de casi todos los españoles, la paciencia y la profesionalidad de los cuerpos y fuerzas de la Seguridad del Estado y la entereza y firmeza de las víctimas del terrorismo), implantar en España un régimen comunista tipo chavista.

Y para ello era necesario alcanzar tres objetivos fundamentales, que poco a poco van consiguiendo.

- Debilitar la médula de nuestra sociedad, atacando y ridiculizando la familia, el matrimonio entre hombre y mujer; fomentando y legalizando los matrimonios homosexuales, y las adopciones de los mismos, el aborto, ahora la eutanasia, la identidad de género o el feminismo exacerbado, etc.

Campaña también para deslegitimar la Corona, cosa que casi consiguen con el caso Urdangarin o con los devaneos y torpezas del rey emérito Juan Carlos, y que respetando todas las opiniones en contra, considero en estos momentos una de las pocas y más firmes defensas de la unidad de España.

- Desmoralizar al Ejército, con la colaboración de algunos sectores de la derecha, reduciendo sus medios y negándoles e incluso ridiculizando su capacidad preparación, entrega, patriotismo y eficacia, con aquello de que eran una ONG. Sin perjuicio

de criticar a algunos de sus altos mandos en años anteriores, por su politización, sus omisiones o debilidades para defender su anterior historia.

- Y por último propiciar la independencia de Cataluña. Pero que como sabían que para ello, a pesar de sus errores, omisiones o indecisiones, mientras estuviera de presidente Rajoy no lo iban a conseguir, echarle del poder a través de una maniobra legal pero torticera, para conseguirlo.

Y ahora nos encontramos en España con una situación surrealista, en la que resulta que:

Un personaje que representa al Estado en una región española se dedica a atacar a ese Estado y sigue en supuesto.

Un líder antisistema, con escasa representación popular, se reúne en la cárcel, con un separatista con mucha menos representación, para negociar en nombre del gobierno, nada menos, que los Presupuestos Generales de todos los españoles.

Una Ministra del gobierno que además lo es de Justicia y por tanto es Notario General del Reino de España, asiste impasible en una comida junto a unos cuantos indeseables, a que los comensales se jacten de haber cometido delitos, sin denunciar los hechos ante la Fiscalía.

Y un presidente del gobierno, con solo ochenta y cuatro años, que sin haber pasado por las urnas, y acusado de plagiar su tesis doctoral, negarlo, y huir de una comisión de investigación en el Parlamento, que es rehén de populistas y separatistas, siga otorgando beligerancia, favores y dineros a los que quieren trocear España y que se resiste a convocar elecciones ante el temor de perderlas y tener que dejar de dormir en la Moncloa.

Y así hasta un largo etc.

Como veis tenemos mucha tela que cortar, mucho que pensar y mucho que decir dentro de nuestras posibilidades.

Gracias. ●

EL OBJETOR DE CONCIENCIA Y LEVIATÁN

JOSÉ MARÍA MÉNDEZ

Presidente de la Asociación Estudios de Axiología.

1. El héroe moral y el ciudadano corriente

La palabra *Leviatán* significa en este artículo cualquier poder externo a la conciencia moral y que trate de imponerla un criterio ético equivocado. En los tres ejemplos que siguen se trata del Estado, dotado de coacción jurídica suficiente para imponer su voluntad sobre la del ciudadano de a pie. A estos efectos, da igual que se trate de un rey, un dictador, un parlamento democrático que dicte leyes contrarias a los valores éticos, o un *Referendum* aprobado por amplia mayoría y que sancione lo que es objetivamente antivalioso.

En general, *Leviatán* designa aquí al fuerte que pisotea al débil al margen de los valores. En efecto, si desaparecen los valores, lo único que queda es la Ley del más fuerte, el puño de Leviatán. El débil no tiene amparo alguno.

La conciencia moral percibe un valor ético como lo que *debe ser*, con independencia de que se cumpla o no. Existe una intuición axiológica, que capta el valor ético que incondicionalmente debe ser. Es una voz que viene de lo alto; no viene de este mundo. Por eso, la presión de Leviatán jamás será percibida por la conciencia moral como lo que *debe ser*, sino siempre como lo que *es*, lo que ocurre o se da de hecho. Sólo incurriendo en la falacia *es* → *debe ser* cabe percibir erróneamente alguna apariencia de dignidad en la fuerza bruta de Leviatán.

El valor ético es sentido como una obligación en lo más íntimo de la conciencia. La presión de Leviatán, en cambio, nunca llega al interior de la conciencia. Es simplemente una amenaza ajena a los valores y que viene de este mundo, mera coacción externa. La violencia de Leviatán, independientemente de su intensidad y de que se resista a ella o no, siempre *es*. Nunca está en la situación de *deber ser y no ser aún*, que es justamente lo que define un valor ético.

Los escolásticos afirmaban con toda razón que «*nunca se puede obrar contra la propia conciencia cierta*». Por *cierta* entendían lo opuesto a *dudosa*. Cuando la conciencia moral percibe con toda nitidez el deber ser de un valor ético, se ha llegado al final. No hay más que hablar. Aparece –o al menos sería deseable que apareciese– el objetor de conciencia, la persona decidida a morir antes que ceder a la presión de Leviatán. La voz de la conciencia cierta es escuchada como la suprema voz de Dios.

Digamos de paso que, después de la formalización de la lógica, ya no hay ateos, sino sólo ignorantes del moderno cálculo lógico, gracias al cual tenemos ordenadores. Los que se creen ateos debieran comprender que se contradicen a sí mismos, si los usan.

Volviendo a nuestro tema, recordemos tres ejemplos egregios de objetores de conciencia.

1. Thomas More. Era el mejor abogado de Inglaterra. Agotó todos los artilugios

legales para eludir el juramento pedido por Leviatán, en este caso Enrique VIII. Pero cuando ya no le dejaron escapatoria posible resultó ser un grandioso héroe moral. Se negó a jurar aunque eso le costara la vida, y ni siquiera su familia, deudos y amigos iban a entender su conducta. Decir simplemente *sí* le bastaba para continuar viviendo, y aun recuperar la confianza del rey. Pero dijo *no*. Fue públicamente decapitado por ser fiel a su conciencia moral cierta.

2. Giacomo Matteotti. Leviatán era ahora Mussolini. La máxima fascista rezaba: *todo dentro del Estado y nada fuera del Estado*. Matteotti era diputado del Partido socialista italiano. Tuvo la gallardía de oponerse en el Parlamento a Leviatán. Antes de ser asesinado por los pistoleros fascistas nos dejó una frase inmortal. «*Uccidetemi, ma la idea che é in me non l'ucciderete mai*». Matadme, pero la idea que hay en mí no la mataréis jamás. En efecto, Leviatán no ha conseguido todavía, ni conseguirá jamás, que la falacia *es* → *debe ser* deje de ser tal.

3. José Calvo Sotelo. Leviatán era ahora el Frente Popular dominado por el partido comunista español y que ganó las elecciones en febrero 1936. Fue amenazado de muerte en plena sesión del Congreso de los Diputados. Su respuesta fue tan inmortal como la de Matteotti. «*Más vale morir con honra que vivir con vilipendio*». Pocos días después fue asesinado, y no por pistoleros a sueldo, sino por policías oficiales, por funcionarios del Ministerio de Gobernación de entonces.

No se puede esperar que todo el mundo llegue a la altura de estos tres héroes morales. Pero al menos sí puede pedirse al ciudadano corriente que reconozca, teóricamente al menos, que nunca se puede actuar contra la propia conciencia moral cierta. Al margen de que seamos o no capaces de vivir con arreglo a este criterio.

Pasemos a un cuarto caso. Sea ahora Leviatán el Parlamento español, que durante el Gobierno de Rodríguez Zapatero aprobó, con impecables procedimientos democráticos, que el matrimonio entre homosexuales tiene pleno reconocimiento legal y está al mismo nivel jurídico que matrimonio tradicional entre hombre y mujer.

¿Puede un ciudadano corriente sentir tal ley como una obligación en conciencia? Nunca. Es una ley en contra del valor ético *Respeto a la naturaleza*. Obviamente no se trata más que de la ley del más fuerte, de la presión externa del Leviatán de turno. Si alguna obligación surge en la conciencia del ciudadano honrado será más bien la de oponerse a ella y constituirse en objetor de conciencia, aunque en ello le vaya la vida.

Supongamos un juez que se niega a reconocer el matrimonio civil de dos lesbianas, que además pretenden adoptar un niño como hijo de las dos. Puede ser multado o castigado Incluso ser expulsado de su carrera. Lo menos que se puede afirmar es que no tiene obligación alguna en conciencia de someterse a Leviatán. Que lo haga o no, lo dejamos al margen. Sólo nos interesa enfatizar la teoría. Debería constituirse en objetor de conciencia, aunque le costase su profesión, su hacienda o quizá su vida. Sería el héroe moral que necesitamos en estos momentos.

2. Conciencia cierta y conciencia verdadera

Los diputados que aprobaron una ley como la anterior obraron probablemente con conciencia cierta. O al menos supongamos que fue así. Pero el problema está en si esa conciencia, además de cierta, fue verdadera. Conciencia *cierta* se opone a conciencia *dudosa* como conciencia *verdadera* se opone a conciencia *errónea*. Los tres héroes

morales citados nos parecen tales porque sus conciencias fueron ciertas y verdaderas a la vez. Las conciencias de los diputados en cuestión fueron quizá ciertas, pero erróneas. ¿Hay algún modo claro y evidente de saber si una conciencia, por muy cierta que sea, es además verdadera, o por el contrario es errónea?

Sí lo hay. Se trata de la llamada *Regla de Oro*: *trata a los demás como quieres que los demás te traten a ti*. Que todos nos tratemos de la misma manera y además ventajosa para todos.

En la pedante jerga de Kant: *«actúa de tal manera que tu máxima pueda ser regla universal»*. Lo expresó mejor cuando fue más sencillo: *«aunque todo el mundo asesinase, no por eso el asesinato como tal se convertirá en algo digno en sí mismo»*.

En términos que puedan ser formalizados en Lógica moderna: *«si todos los humanos, todos sin excepción, se atuvieran a la conducta X, todos saldrían ganando y nadie perdiendo»*.

La aplicación de esta Regla de Oro al cuarto caso es evidente. Si todos los humanos, todos sin excepción, se comportasen como homosexuales, la humanidad desaparecería de este planeta. Obviamente no hablamos de la homosexualidad de nacimiento. Eso es una desgracia, como nacer ciego o sordomudo. La misma naturaleza se encarga de que el porcentaje de estos casos se sitúe alrededor del 0,5 %. Estamos hablando de la homosexualidad libremente escogida y provocada, algo que ahora se considera no sólo digno y respetable, sino además legal, reforzado con la coacción jurídica.

3. Reglas generales y casos concretos

No hay ciencia ética de los casos concretos. En ningún libro está escrito lo que yo debo hacer aquí y ahora, en estas precisas circunstancias. Soy yo quien debe decidirlo. Jamás ha existido esta situación en la historia universal, pues *«no hay otro yo en mundo»*, como dice D. Quijote. Quizá otro pueda verse en la misma situación que yo, con todos los detalles exactamente iguales. Pero hay una diferencia esencial: él es él y yo soy yo. No hay ciencia posible de lo que sólo ocurre una vez.

En cambio sí hay ciencia ética de las reglas generales. Es posible identificar materias valiosas que deben incondicionalmente ser, aparte de cuál sea la realidad de las conductas humanas. Pueden reconocerse de modo teórico por la Regla de Oro.



«El Coloso». Francisco de Goya. Museo del Prado

La distinción entre ética de reglas y ética de casos es en realidad lo mismo que la distinción entre conciencia verdadera y conciencia cierta. Esta última es para los casos concretos, para las inexcusables decisiones aquí y ahora que yo debo tomar y para las que no hay precedentes exactamente iguales. La conciencia verdadera, en cambio, concierne a la verdad ética, que es independiente del aquí o ahora. Se relaciona con las reglas generales.

No nos ocupamos en este trabajo de si alguien aquí y ahora tiene que jugarse la vida frente a Leviatán por ser objetor de conciencia. Eso será su decisión libre y arriesgada, y Dios dirá en el Juicio Final en qué medida acertó o erró. En cambio, lo que ahora nos ocupa es la regla general que afirma: «*si las exigencias de Leviatán son gravemente contrarias a los valores éticos objetivos, surge la obligación de declararse objetor de conciencia, aunque esté en juego la carrera, la hacienda o incluso la vida*». Y por la Regla de Oro puede saberse de antemano si la presión de Leviatán coincide o no con los valores éticos objetivos. Es una cuestión teórica. No nos interesan los casos concretos, sino las reglas generales. No nos interesa la conciencia cierta a secas, sino la cierta y verdadera a la vez

4. El Respeto al sexo humano forma parte del Respeto a la naturaleza

Aclarados estos conceptos, volvamos al tema tan candente del matrimonio homosexual. Sirve de pauta para las demás aberraciones sobre el sexo humano que ahora quiere imponer Leviatán, convertido en la mayoritaria opinión pública, sancionada además por parlamentos o incluso por *Referenda*, y reforzada por la unánime e incesante voz de los *mass media*. Nunca Leviatán fue tan monstruoso y repugnante. Nunca fue tan temible y poderoso. La voluntad de Leviatán es *lo políticamente correcto*, como ahora se dice.

En la Sierra de Madrid, no lejos del conocido Puerto de los Cotos, hay una extensa charca, rodeada de una empalizada y con varios carteles que piden respeto para una determinada especie de sapos, que está amenazada de extinción y sólo allí se conserva. Lo menos que puede decirse a propósito de la homosexualidad libremente querida y excitada es que el sexo de los humanos forma parte de la naturaleza lo mismo que el sexo de los sapos. Si calificamos de *antiecológica* una conducta que promueva la homosexualidad entre estos sapos y provocase la extinción de esta especie, no menos *antiecológica* debiera parecernos la equiparación teórica, y no digamos legal, entre homosexualidad y heterosexualidad.

Quizá la mejor arma con que el objetor de conciencia actual puede luchar contra la enorme presión del actual Leviatán consista en la ironía socrática. Poner de relieve la contradicción lógica de defender al mismo tiempo la ecología, o respeto al medio ambiente, y postular que cada cual puede hacer con su sexo lo que quiera. Se predica el Respeto a la naturaleza, pero se excluye el respeto al sexo humano, porque, según dice Leviatán, el sexo humano no forma parte de la naturaleza.

La única manera de abrir una fisura en la maciza y compacta idiocia de este Leviatán es imaginarnos a Sócrates vivo en nuestros días y gritando sin miedo: «*Nosotros pedimos Respeto para el genoma humano movidos por vuestro ejemplo de pedir Respeto para el genoma de los sapos*». ●

RÉQUIEM POR UN SUEÑO ADIÓS, PLATAFORMA, ADIÓS

*De toda la memoria sólo vale el don
preclaro de evocar los sueños.*

A. Machado

GONZALO CEREZO BARREDO

Periodista

Cuando un sueño se muere algo nuestro se muere con él.

Al enterrarlo, también enterramos algo de nosotros. Toda aquella parte de nuestra vida que empeñamos en ponerlo en pie. Esto es lo que inevitablemente sentimos a la hora de cerrar Plataforma 2003. En la XVIII Asamblea General Ordinaria de la Asociación, celebrada el día 7 de abril de 2018, se acordó su disolución.

La idea de crearla partió de un pequeño grupo, amistosa tertulia, que nos reuníamos en el *Maite Comodoro* para hablar de nuestras cosas. O sea, de política, que es lo nuestro.

Se aproximaba el año 2003 en el que se cumplirían los cien años del nacimiento de José Antonio Primo de Rivera. Temíamos fundadamente que, en la desmemoria histórica con que ocupan el vacío de ideas políticas nuestros gobernantes, la efemérides pasara al olvido cuando no provocaría el enconado recuerdo de algunos, asiduos cultivadores del rencor.

Dando vueltas a la posible conmemoración, al menos de nuestras gentes, surgió de la fecunda imaginación creadora de Jaime Suárez la propuesta de institucionalizarnos.

Era algo original y atractivo en el tiempo venidero: lograr la recuperación de su figura como un patrimonio de todos los españoles y evitar de algún modo ésta su segunda muerte.

Creíamos, y seguimos creyendo, que José Antonio es ya una figura histórica que forma parte del patrimonio moral de España por encima de cualquier diferencia ideológica o partidaria.

De aquel grupo iniciático quedamos tan solo Paco Carbajosa, Félix Izquierdo y yo. Se nos perdonará que en estos momentos sintamos un estremecimiento de nostalgia empañado por el dolorido recuerdo de quienes han partido ya a la casa del Padre.

El último Jaime Suarez. Con él, Jorge Jordana, Salvador Gay, Antonio Castro, Chus (Jesús) Gay, Luís Ortega; el otro Ortega, Pablo Ortega Rosales, sobrino nieto de don José, nuestro filósofo de cabecera; Carlos García-Mauriño, Javier de la Cueva y Antonio Amado.

Como esto viene a ser una partida de defunción, es obligado dejar constancia de sus nombres para la historia. No dudo que cuando ya acaben de resonar los tambores del odio y se apaguen las hogueras de las pasiones, alguien lo contará. No se trata,

pues, de ponerse medallas –¡por favor, a estas alturas!– sino de aportar datos a una recuperación que necesariamente habrá de llegar.

Inicio... y silencio

Plataforma se constituyó formalmente, y no por casualidad, el 29 de octubre de 1999. Nadie podrá arrebatarnos nuestra memoria, por más que se obstine en borrarla.

Además de los ya mencionados firmaron el acta constituyente (cito por el orden alfabético en que aparecen en ella) Enrique de Aguinaga, Emilio Álvarez Frías, José Gárate, Antonio Gibello, Adriano Gómez Molina, Eduardo Navarro, Rafael Luna Gijón, Luis Fernando de la Sota y Fernando Suárez. También de esta lista han partido muchos amigos y camaradas, Dios les dé la paz que parece negarnos la sinuosa historia española en estos últimos años.

Acertábamos al pensar que aquella fecha pasaría sin pena ni gloria por la agenda oficial de conmemoraciones. No éramos tan ilusos como para esperar el apoyo de cualquier estamento oficial. Sí lo bastante, en cambio, como para no temer el crítico recelo a nuestras iniciativas más bien modestas. Pero ocurrió.

La universidad. Sí, aunque parezca increíble. La institución tan amada por José Antonio. Y precisamente la de Salamanca, sin ir más lejos. La de aquel «unamuniano don Miguel de Unamuno» que empeñó vida y libertad por defender su independencia. Esa orgullosa universidad de las Españas, prohibió un seminario dedicado al análisis de la figura de José Antonio en su tiempo, promovido, para mayor escarnio, por los propios estudiantes.

Nada digamos de los medios de comunicación, que –salvo muy escasas excepciones– exhibieron una sordera impenetrable ante nuestras sugerencias. Inútil solicitarles algún espacio de atención.

Sin que cundiera el desánimo seguimos adelante con nuestro proyecto. Pronto nos acompañaron más asociados.

Amigos y camaradas lo acogieron calurosamente, no solo en Madrid, sino también en provincias, a través de un amplio tejido de relaciones personales. Incluidos bastantes que ni siquiera habían tenido contacto con nuestras organizaciones. No pocos, entre ellos, llegados al conocimiento y admiración de José Antonio a través de lecturas y propias indagaciones.

Plataforma 2003 echó a andar finalmente con un número importante de asociados que superaba con creces el pequeño grupo que firmó, como fundadores, el acta constitutiva. Invitados a sumarse a ella, pronto se agregaron otros más que, en España o fuera de ella, quisieron participar en nuestro objetivo. Un significativo número provenía de América y Filipinas. Gratificante prueba de la vigencia de José Antonio en el mundo hispánico.

Joseantonianos

Si hay que decirlo todo, he de confesar, en cambio, que la respuesta no fue todo lo amplia que cabía esperar del número de camaradas y amigos que, desde nuestra juventud, habíamos seguido la obra, pensamiento y figura del fundador de Falange Española.

He de añadir que entre algunos ya instalados en diversas agrupaciones que recogían la diáspora juvenil del posfranquismo, nuestra propuesta fue acogida con frialdad. Dejémoslo así... Debemos respetar el derecho de cada cual a interpretar a José Antonio según su ánimo y entendimiento. Sus obras e ideas no son las pétreas e inamovibles tablas de la ley mosaica. Murió joven. No existe, afortunadamente, un canon que fije cómo habría sido su evolución en este tiempo tan azaroso transcurrido desde su fusilamiento en Alicante.

Pese a ello, cumplimos nuestra tarea. Sin la resonancia pública que hubiéramos deseado, ciertamente.

Nos habíamos propuesto dejar a la posteridad un testimonio imperecedero. Creo que lo conseguimos.

Cuantos estén interesados en conocer la figura de José Antonio dispondrán en *Plataforma*, de la única recopilación verdaderamente completa de sus escritos. La edición *Plataforma* –como sin duda será conocida en el futuro– será la más valiosa herramienta en manos de historiadores y estudiosos de la figura del fundador de Falange Española. Todas las demás publicadas¹ con el común apelativo de *completas*, han incorporado, si, una visión cada vez más útil para el conocimiento del Fundador, sin llegar a ser completas. Cualquiera de nosotros las ha manejado.

La edición de unas auténticas obras completas de José Antonio era el principal objetivo de la Asociación. Así consta en su documento constituyente. Como puede suponerse, recorrer archivos públicos y privados, consultar la prensa y publicaciones del tiempo, solicitar la aportación de instituciones o personas que hubieran mantenido alguna relación con José Antonio, era «misión imposible» para la modesta organización de que disponíamos. Requería de un tiempo, una dedicación y un esfuerzo, en suma, de una profesionalidad que no podíamos acometer solos. Nunca lo hubiéramos conseguido sin la inestimable colaboración de Rafael Ibáñez, que, gracias a su experiencia profesional, culminó exitosamente esta tarea.

Ante la imposibilidad de realizar este compromiso en el plazo previsto, aceleramos la edición de un libro homenaje a su figura. Algo ya tradicional en estas conmemoraciones que también habíamos asumido como objetivo.

No podríamos estar más satisfechos de la respuesta a la solicitud de colaboraciones. La edición reunió destacadas firmas. Desde la Academia y la Universidad, la política y el periodismo, ilustres colaboradores aportaron sus conocimientos, reflexiones, experiencias y recuerdos personales a esta magnífica obra colectiva.

Tanto las obras completas como el volumen homenaje² fueron exitosamente presentadas en distintos ámbitos culturales o sociales de Madrid y otras ciudades, con espléndida acogida.

Segunda etapa

Acabado el año conmemorativo el propósito estatutario original preveía la disolución

¹ Movimiento –varias ediciones sucesivas– Sección Femenina –con adiciones ambas–, Instituto de Estudios Políticos, considerada esta última como la definitiva hasta ahora, además de valiosas antologías. Con la Transición, los nuevos responsables del Instituto, además de cambiarle el nombre, decidieron quemar las existentes en su fondo... Los inquisidores habían vuelto. Memoria Histórica *avant la lettre*.

² José Antonio Primo de Rivera. *Obras completas. Plataforma 2003. Madrid. ISBN 978-84-96198-19-7. Homenaje a José Antonio en su centenario. Plataforma 2003. Madrid. ISBN 978-84-96198-13-5*

de Plataforma. No hubo mayor problema en prorrogar el plazo hasta su cumplimiento. Así lo entendió y acordó la Asamblea General sin dificultad.

La excelente recepción del *Libro Homenaje* y, posteriormente, de las obras completas, sugirió a la junta directiva de la asociación someter a la Asamblea la adopción de este mandato. Se propuso también modificar los estatutos de modo que pudiéramos acometer tareas editoriales. Ello permitiría ofrecer otros volúmenes al circuito comercial librero. También grabaciones audiovisuales, cartelera y otra parafernalia.

Se trataba, en definitiva, de acometer un cambio sustancial en sus fines y continuidad para acometer tareas editoriales y poder ofrecer otros volúmenes al circuito comercial librero.

Nuestra presencia en esta línea de actuación se esperaba que iría, a su vez, a generarnos nuevos ingresos sin alterar su genuina personalidad de *asociación sin ánimo de lucro*.

Si bien prolongar la vida de la asociación no presentó dificultades, el segundo propósito no obtuvo el consenso deseado. De hecho, provocó un comprensible debate entre quienes consideraban que con la publicación de los ya citados volúmenes se habría cumplido incluso con creces las expectativas fundacionales y los que, por el contrario, deseaban continuar la idea primigenia con estas nuevas perspectivas. Aquéllos entendieron que su continuidad en la Asociación no se justificaba. Este «cisma» ocasionó la baja de un importante número de asociados, tanto por su cuantía como por su relevancia. Aunque se produjeron posteriormente nuevas afiliaciones (entre ellas algunos jóvenes que ni siquiera habían nacido en los primeros años de la posguerra e incluso de la transición) Plataforma nunca se repuso de esta crisis.

No creo que fuera a esto a lo que José Antonio se refería cuando hablaba de ser inasequibles al desaliento... La realidad pura y dura es que, de nuevo, los que seguimos volvimos a pecar de optimistas. Es verdad que los asociados aumentaron en un primer momento, pero la edad y otros accidentes cronológicos nos fue privando de algunos de los que habían permanecido.

La realidad es tozuda. El número de asociados nunca cumplió nuestras expectativas y los ingresos comenzaron a ser insuficientes, pese a las imaginativas fuentes que diseñaba Jaime. Su muerte nos enfrentó, *velis nolis*, al muro inexorable de la realidad.

Quizá fue excesivamente cómodo descansar en él ésta responsabilidad, pero su desaparición hacía ineludible su sustitución y decidir el futuro de la Asociación.

De momento, la junta ejecutiva designó, en uso de sus facultades, como Secretario General a Lolina Bermúdez Cañete y, a propuesta de su Presidente Luis Buceta, convocó la Asamblea General a la que antes me he referido. A la vista de la insostenible situación económica y las nulas perspectivas de mejorarla, la Asamblea acordó la disolución. Tal y como estaba previsto en los estatutos de Plataforma, quedó transformada en Junta Liquidadora.

No ha sido fácil su tarea. Desde el pasado mes de abril, hasta concluido ya el verano, ha llevado a cabo un ímprobo esfuerzo para clarificar su balance y situación patrimonial, liquidar acreedores y resolver sobre su fondo editorial. Todos los miembros de la junta aportaron su esfuerzo pero el mayor peso de esta ingrata tarea descansó sobre quienes desempeñaban los cargos ejecutivos encabezados por Luis Buceta y Lolina Bermúdez Cañete. Debe destacarse también la aportación económica que todos ellos,

así como otros asociados, amigos y simpatizantes, realizaron para contribuir a sanear nuestra precaria economía.

El legado de Plataforma

Pese a todas estas dificultades pudimos llevar a cabo unos *cursos de verano* que lograron atraer el interés de propios y ajenos³. Ciertamente publicamos más libros, de gran interés algunos por el perfil humano, histórico, intelectual y político de sus autores. Fundamentales también para completar el estudio de José Antonio⁴ enmarcándolo en la circunstancia del tiempo que le tocó vivir y en su perspectiva actual y futura.

Esta última consideración nos ha acompañado hasta el final.

Podemos sentirnos muy orgullosos de nuestro fondo editorial, cuyos títulos recogemos en un anexo a estas páginas.

Todos ellos son importante pero por mencionar algunos: *Mil veces José Antonio* (2003), de Enrique de Aguinaga y Emilio González Navarro; *Ensayos sindicales* (2003), de Antonio Chozas; *José Antonio y los poetas* (2003), de José María García de Tuñón; *Historia de los falangistas en el franquismo* (2003), de Miguel Argaya Roca; *Del franquismo a la democracia* (2007), de Angelo Husler; *José Antonio, Falange Española y el Nacional Sindicalismo* (2003), de Arnaud Imatz; *Los enamorados de la revolución* (2012), de Ceferino Maestú; *Cavilaciones en torno de José Antonio* (2003), de Eduardo Navarro; *José Antonio y Eugenio D'Ors* (2003), de Manuel Parra Celaya; *José Antonio: génesis de su pensamiento* (2003), de Moisés Simancas Tejedor; *El legado de José Antonio* (2013), de Jaime Suárez y por último *Discursos de José Antonio en Madrid* (2003), VV. AA.

Si hay algo que merezca permanecer con profunda huella para las generaciones venideras habrá que decidirse por las Obras Completas y el volumen Homenaje. Pero no debemos dejar caer en el olvido el «titánico esfuerzo» personal de Jaime Suárez.

No solo llevó –a su peculiar estilo, desde luego– sobre sus ya deterioradas espaldas y prácticamente hasta el último momento de la vida, el cargo/carga de secretario general de la asociación sin deponer ni un solo instante su fértil entusiasmo; en el determinado empeño de poner al día el acervo doctrinal de José Antonio, decidí acometer, contra viento y marea, la escuela de dirigentes. La preparó hasta el menor detalle, meticulosamente. Sin embargo, no se trataba sólo de volcar en ella su experiencia en la formación de cuadros sino, sobre todo, de cumplir su dilatada ambición de ordenar el pensamiento disperso de José Antonio con visión de futuro.

Para Jaime ésta fue su última y definitiva ilusión. Se trata de un proyecto pensado para Iberoamérica y nuestro entorno nacional, europeo y occidental del que solo ha dejado escrito un primer volumen y notas preparatorias de los dos más que proyectaba. Un esfuerzo realmente titánico que su muerte ha interrumpido y que la disolución de Plataforma ya no nos permitirá continuar.

He ahí un reto para quien quiera y pueda acometerlo. No es nada fácil. Solo la

³ Promovido por el vicepresidente de la asociación, Manuel Parra Celaya, se celebró en Cataluña uno que tuvo un resonante escándalo para los nacional- separatistas, que intentaron boicotearlo.

⁴ Véase en el Anexo la relación de todos los publicados y algunos a cuya distribución contribuimos por deseo de sus autores. Por gestión directa de nuestra secretaria general, Lolina Bermúdez Cañete, tanto el fondo editorial como el existente en nuestra biblioteca están disponibles para su adquisición en la librería *Castelar*, de Enrique Mujica, Calle Joaquín María López, 28, de Madrid. DP 28015.

ilusión, capacidad de trabajo, intuición y conocimiento de José Antonio y la historia contemporánea que poseía Jaime le llevaron a emprenderlo. Plataforma ya no podrá intentarlo. Ahí queda para quien quiera y pueda continuarlo.

Anexo

- *Álbum del flecha*: Ibarra, A. Antonio. 2003.
- *Aquí hubo una guerra. Otra memoria histórica, otra antología*: Aguinaga, Enrique de. 2010.
- *Cavilaciones en torno a José Antonio*. Navarro Álvarez, Eduardo. 2003.
- *La cuarta España del 36 (Memorias de un niño de la guerra)*. Fernández Fernández, Joaquín. 2007.
- *Del franquismo a la democracia. ¿caída o evolución de un régimen?*: Hüsler, Angelo. 2007.
- *Los enamorados de la revolución. La Falange y la CNT en la II República*: Maestú, Ceferino. 2012.
- *Ensayos sindicales*: Chozas Bermúdez, Antonio. 2006.
- *Ensayos sociales. libertad, justicia social, sindicalismo, familia y sociedad, reformas necesarias*: Adán García, José María. 2003.
- *España en la encrucijada. ¿hacia una segunda transición?*: López Medel, Jesús. 2009
- *Historia de los falangistas en el franquismo, 19 abril 1937-1 abril 1977*. Argaya, Miguel. 2003.
- *Homenaje a José Antonio en su centenario (1903-2003)*: Buceta, Luis. 2006.
- *Un informe (1972) y sus revisiones*: Aguinaga, Enrique de. 9/243395. 2003.
- *Introducción a José Antonio*: Suárez, Jaime. 2003.
- *José Antonio Primo de Rivera*: Payne, S. y Aguinaga, Enrique de. 2003 (Ediciones B).
- *José Antonio, Falange Española y el nacionalsindicalismo*: Imatz, Arnaud. 2003.
- *José Antonio. génesis de su pensamiento*: Simancas Tejedor, Moisés. 2003.
- *José Antonio Primo de Rivera: la teoría y la realidad*: Sánchez Marín, Ángel Luis. 2006.
- *José Antonio y Eugenio D'Ors. falangismo y catalanidad*: Parra Celaya, Manuel 1949-. 2003.
- *José Antonio y los poetas*: García de Tuñón Aza, José María. 2003.
- *Juventudes en pie de paz*: Sotomayor, Enrique. 2002.
- *El legado de José Antonio*: Suárez, Jaime. 2013.
- *Luys Santa Marina: Notas de vida y obra*: Gordillo, José Luis. 2002. (Ediciones Actualidad Militar S.L.).
- *¿Memoria histórica? Sí, pero para todos*: Ataz, José. 2009.
- *Memorias de un falangista. sombras y algunas luces*: Beas Herrero, José Luis de. 2010.
- *Obras completas. escritos y discursos*: Ed. del centenario. Primo de Rivera, José Antonio. 2007.
- *Poética del alzamiento, antología por Aquilino Duque*: Duque, Aquilino. 2003.
- *Recuerdos de José Antonio*: Primo de Rivera, Pilar. 2002.
- *La revolución pendiente. Memorias*: Adán García, Emilio. 2010.
- *El Valle de los Caídos, reconciliación de España*: Cué, Ramón. 2012.
- *Vía crucis en el Valle de los Caídos*: Avilés Uruñuela, Beatriz. 2011. ●

LOS COSTES ECONÓMICOS DEL GUERRACIVILISMO

JAVIER MORILLAS

Catedrático de Economía Aplicada. Universidad CEU San Pablo (*La Razón*)

El profesor de Teoría Económica de la Universidad de Sevilla, José M. Cansino, publicaba un artículo en *La Razón* el pasado 2 de julio en el que se hacía eco de lo que personalmente había definido como «economía del guerracivilismo». O sea

ese conjunto de inputs o insumos materiales e inmateriales que derivados de la guerra civil trata de obtener réditos diversos de la retrotracción del propio entorno y tensión social que provocó dicha confrontación fratricida. Una alternativa escapista, recurrente, a la de intentar solucionar los problemas reales de la economía española, actuando como cortina de humo divisiva en torno a la interpretación de un triste pasaje de nuestra historia.

El citado profesor lo relacionaba por un lado con la tesis de Alfonso Lazo, en su doble condición de experto en historia contemporánea y protagonista de la transición, quien explicaba la Ley de Memoria Histórica de Zapatero como la sublimación por parte de algunos de una frustración de

lucha postrera contra un dictador muerto alanceando el nomenclátor de las calles, las fachadas de los edificios o acomodando en el Código Penal una sanción de inspiración antinegacionista.

Y por otra la tesis del profesor José Antonio Parejo para quien el guerracivilismo de Sánchez le sirve a éste como un agente diferenciador con el PSOE de González

que fue capaz de sentar en la misma bancada a hijos de fusilados por el Frente Popular en Paracuellos del Jarama –como el propio Lazo– con hijos de fusilados por el bando nacional [...] y con el [...] desafortunado convencimiento de que la fractura social será inocua [...] y con [...] desprecio a los que se afanaron en cerrar las heridas de la guerra [...] [y] al valor de la cohesión nacional.

Y es que si en 2007 se estimó el coste de la aplicación de la Ley de Memoria en 200 millones de euros entre exhumaciones y compensaciones para quienes injustamente todavía tuvieran familiares afectados, mayores aun son los costes extraeconómicos. Los de energías e integración social y constitucional que el actual proceso está provocando con su falta de consenso. Como ya señalamos en un artículo al respecto, Federico List exponía en su Sistema Nacional de Economía Política publicado en 1841 la importancia de la relación entre crecimiento y cohesión social al señalar cómo los países con mayor «*calidad como nación*» son los que presentaban mayor homogeneidad e integración del pasado común, al redundar en mayores posibilidades de desarrollo.

Y efectivamente, uno de los grandes legados de la presidencia de Felipe González fue dejar enterradas y superadas las heridas pasadas, lo que fue clave de sus sucesivas mayorías absolutas. «Aquí estamos hijos y nietos de vencedores y perdedores», se decía en sus congresos y mítines de campaña. Ni enmendó la Constitución, pudiendo

hacerlo con sus 202 diputados, ni condescendió con las visiones del comunismo residual. Pero enfrentó la reconversión industrial, la reordenación de la seguridad social, la mejora de las pensiones o una costosa reforma laboral, homologando al PSOE con la socialdemocracia europea.

Bajo la presidencia de González se repusieron justamente antiguos nombres a calles que durante el franquismo las habían perdido. Incluso colocó las estatuas de Largo Caballero y Prieto junto a la de Franco en Madrid. ¡La de Largo Caballero, el gran golpista de la República!, quien gustaba de ser llamado el «Lenin



Largo Caballero



Indalecio Prieto



Francisco Franco

español»; artífice de la sangrienta insurrección y revolución anticonstitucional de 1934, con su «huelga general revolucionaria» contra la República, previa a la instauración de una «dictadura del proletariado»; con más de mil muertos y daños materiales, con tomas de cuarteles, Ayuntamientos y depósitos de armas, «comunidades», «columnas obreras»; y ya una miniguerra civil en Asturias donde se asalta la sede y fondos del Banco de Espa-

ña, incendian la Universidad, destruyen la Cámara Santa y se pierde una parte importante de patrimonio histórico y artístico. Largo diría «la revolución que queremos solo puede obtenerse por medio de la violencia». Y con su revolución pro-bolchevique de octubre fue el que inoculó esa vena guerracivilista en el marxismo español que al margen de Besteiro, Jaime Vera y otros muchos, tantas desgracias y costes económicos traería a España. Y que tras las elecciones de febrero de 1936, –demostradas ya claramente fraudulentas– acabaron en el levantamiento de julio, tras el asesinato del mismísimo líder de la oposición parlamentaria. Ya lo había denunciado Unamuno «El gobierno de Madrid ha caído en manos de unos pistoleros».

Soy testigo de cómo delegaciones extranjeras que visitaban Madrid interpretaban aquellas tres estatuas de los Nuevos Ministerios apenas separadas por unos metros, como un signo más de superación de la guerra civil; de reconciliación y estatura moral de la nueva España de la post-transición. ¿Se deberán retirar ahora también? ¿Y las calles dedicadas a Carrillo, a Companys, Negrín,...?

En plena guerra fría y con media Europa bajo el yugo de las «dictaduras del proletariado» el entonces ministro de Asuntos Exteriores, Martín Artajo e importantes miembros de la corriente más aperturista del régimen, que intentaban alejar a éste de las influencias totalitarias, invitó a visitar en 1953 las obras del Valle de los Caídos al Cardenal Roncalli, luego Juan XXIII. La idea era mostrarle el singular cenotafio que albergaría a muertos de los dos bandos, buscando superar la guerra civil. Luego, declarada Basílica por el Papa, se inició el llamado «Centro de Estudios Sociales» de la Abadía, con el catedrático de Derecho Político Luis Sánchez Agesta como director, también primer rector de la Universidad Autónoma de Madrid. Allí se reunieron entre 1958 y 1982 una pluralidad de intelectuales que con sus mesas redondas, jornadas y trabajos tuvo entre sus objetivos permanentes la reconciliación que hizo posible la transición española.

Como cada presidente el actual tiene sus retos. Sánchez debe consolidar la recuperación e intentar sacar a la economía española de la crisis de deuda que todavía nos atenaza. Y prevenirnos así de nuevas subidas de tipos y la llegada de una nueva crisis. Que ya es dudoso consiga con sus anunciadas subidas de impuestos, aumento de gastos e incumplimiento de los objetivos pactados con nuestros socios comunitarios de déficit del -2,2, -1,3, -0,5 y +0,1 por ciento del 2018 al 2021. De hecho al llevarlo al -2,7, -1,8, -1,1 y -0,4 respectivamente, aplaza el equilibrio presupuestario hasta 2022, como poco.

Esos son los nuevos costes económicos del presidente guerracivilista, señor Sánchez. Con su señuelo de Franco y el Valle de los Caídos, como mero instrumento de política económica y electoral, para paliar sus carencias y a falta de proyectos más sustantivos. ¡Eso con base en 84 diputados y sin ganar unas elecciones generales! En vez de –en todo caso– consensuar o reunir allí de forma voluntaria y familiarmente acordada a todos cuantos padecieron de una u otra forma la guerra. Así se empezó a hacer en EE.UU., a raíz de la guerra civil americana 1861-1865, con el centro de reconciliación y peregrinación que es hoy el cementerio de Arlington. En la mismísima finca del «rebelde» General Lee, con su «Arlington House» y The Robert Lee Memorial.

Personalmente vería más inclusivo, y me entretendría más, intentar traer a España a Antonio Machado, e incluso a Azaña: ¿Al Valle de los Caídos? Al final todos, vencedores y vencidos, padecieron y fueron víctimas de la guerra. ●

MUJERES INMIGRANTES: un desafío para la integración sociofamiliar y en el mercado de trabajo

GERARDO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Doctor en CC. PP. y Sociología y miembro de la AMS

Una de las cuestiones de más actualidad en estos momentos en la realidad social española es el de la inmigración. Cada día llegan a España numerosos inmigrantes procedentes de diferentes lugares, aunque, principalmente, los que resultan más notorios lo hacen desde África a las costas de Andalucía y de las Islas Canarias, si bien es cierto que también acceden a nuestro país otros a través de otras fronteras y por medio de diferentes procedimientos.

Según datos del Barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) del mes de septiembre, la inmigración es el problema que sitúan en primer lugar el 4,1 por 100 de los encuestados, en segundo lugar, el 6,6 por 100 y en tercer término el 5,0 por 100. En conjunto el quinto problema (15,7) después del paro (60,7), de la corrupción (25,2) de los problemas económicos (24,8) y de los políticos en general, los partidos y la política (19,2).

Pero, dentro de este colectivo, frecuentemente muy heterogéneo, vamos a centrarnos hoy en una parte del mismo, quizá la que, por sus particulares características y circunstancias, requiere de una atención especial desde diferentes ámbitos. Nos referimos a las mujeres, acudiendo para ello a los resultados de nuestras propias investigaciones y a las de otros estudiosos del tema, cuyas aportaciones nos han resultado fundamentales.

Para muchas mujeres inmigrantes, uno de los principales objetivos es el de la reagrupación familiar; si bien éste está generalmente condicionado a otro previo, el de conseguir trabajo.

El derecho a vivir en familia es un derecho fundamental de toda persona, expresado y reconocido como principio de derecho universal. En este sentido, el Convenio Europeo de los Derechos Humanos, firmado en Roma el 4 de noviembre de 1950, en su artículo 8º proclama el derecho de cada persona al respeto de su vida privada y familiar, pero autoriza la injerencia de las autoridades públicas en el ejercicio de este derecho, por motivos limitadamente enumerados y relativos a la seguridad nacional, al orden público, al bienestar económico, a la protección de la salud, de la moral y de los derechos y libertades de los demás.

Así, pues, el derecho a vivir en familia, según el Convenio Europeo, es un derecho relativo, sujeto a limitaciones por injerencia de las autoridades públicas, siempre que dichas limitaciones sean previstas por la ley y necesarias, en una sociedad democrática, para proteger un interés social o la libertad de los miembros de la comunidad nacional. Esta estipulación ha dado lugar a una abundante jurisprudencia de la Comisión y el Tribunal Europeo de los Derechos Humanos.

El derecho a vivir en familia implica que los miembros de la familia que viven en



Mujeres inmigrantes africanas en busca de trabajo

un tercer país, tienen derecho a reunirse con un pariente residente en Europa. Por lo tanto, la reagrupación familiar es un derecho básico del extranjero, siempre que cumpla ciertos requisitos: legalidad, estabilidad y durabilidad de la estancia del miembro de la familia instalado en Europa, condiciones decentes de vivienda, recursos económicos suficientes, etc.

Como señala Josep Canals¹, la reagrupación familiar de los inmigrantes va acompañada habitualmente de connotaciones favorables: indicador de un relativo éxito en la aventura migratoria, superación de la penosa etapa de convivencia obligatoria con otros iguales del mismo sexo, inicio de un futuro posible en el país receptor,...

Esta imagen positiva no oculta algunas dificultades importantes, tales como el aislamiento de las mujeres reforzado por la barrera lingüística, el riesgo de no poder mantener el estatuto de residencia legal para todos los miembros del grupo familiar; la anomia que amenaza a una segunda generación que no tiene claro a qué mundo pertenece, etc.

La experiencia ha venido a demostrar que el deseo del retorno está casi siempre presente, al menos en la primera generación de inmigrantes. Y, sobre todo, la fantasía del retorno triunfal que forma parte del imaginario de la emigración en el momento de la marcha. Pero también nos hace ver que el retorno definitivo se hace muy difícil y tiende a ser aplazado indefinidamente.

Dar el paso hacia la reagrupación familiar conlleva, de alguna manera, un aplazamiento del deseado regreso. Y es en el marco de la reagrupación familiar donde la mujer suele jugar un papel socializador que remite a la cultura de origen. Por otra

¹ CANALS, J.: (1994) *Entre el mito del retorno y la integración: Ambigüedades y ambivalencias de la reagrupación familiar*. Foro de Estudio sobre Familia e Inmigración. UPCO, Madrid.

parte, los hombres tienden a otorgar a las mujeres la posición que les correspondería en el marco sociocultural de procedencia.

La mujer de la familia inmigrante sabe perfectamente que muchas de sus actitudes y formas de vida no son bien aceptadas en el entorno autóctono. De ahí se derivan algunas de las acusaciones en relación con su supuesta falta de voluntad de integración. En el fondo, lo decisivo es saber por quién quiere ser juzgado cada uno, si por el colectivo de otros inmigrantes de la misma procedencia o por la sociedad del país receptor.

Por otra parte, y en este punto, es inevitable plantearse a qué mundo quieren pertenecer los miembros de la segunda y tercera generación. Ese momento será cuando los resultados del éxito o fracaso económico tendrán mayor importancia. El primero impulsa a reforzar lazos con la sociedad receptora, desechando herencias culturales consideradas en la nueva situación como poco útiles, mientras que la marginación obliga a estrechar defensivamente los vínculos con los del mismo origen, lo que implica el fortalecimiento de los símbolos diferenciales que dan identidad al grupo.

Las mujeres inmigrantes, como las demás, tienen sus propios proyectos de futuro. Conocer las expectativas en cada caso concreto es imprescindible para comprender sus demandas y actitudes. La autonomía de las personas y de los grupos, cuya potenciación se proclama desde los postulados de la inclusión social, ha de basarse en algún proyecto vital.

Aunque aparentemente el fenómeno de la inmigración masiva de mujeres en España pueda presentarse como algo relativamente reciente, no lo es en modo alguno, no es algo nuevo. Ya en 1994 se mostraba una evidente preocupación por este colectivo, como lo prueba, por ejemplo, la celebración del Foro organizado por la Universidad Pontificia Comillas, patrocinado por la Dirección General de Migraciones del Ministerio de Asuntos Sociales, en donde ya se abordaron cuestiones como las que a continuación se exponen y que actualmente siguen estando vigentes e, incluso, siendo prioritarias desde la intervención para la inclusión social.

En lo concerniente a las mujeres inmigrantes no se puede generalizar. Las mujeres inmigrantes provienen de distintas culturas y tienen diferentes proyectos; ello significa que algunas quieren quedarse mientras que otras desean enviar dinero a sus familias en el país de origen, ahorrar y algún día regresar. La estructura familiar de origen, tan diversa y con distintos modelos de familia, condiciona el proyecto migratorio y las posibilidades de reunificación familiar.

No siempre emigran las más pobres: en general son mujeres con coraje, que adquieren deudas, que se arriesgan. Las hay que vienen a unirse con su marido trabajador y, por otro lado, están las que vienen a trabajar, en principio solas.

El factor económico, el de ayudar a su familia y mejorar así sus condiciones de vida, es determinante, pero se mezcla con su intención de emigrar con el «imaginario»: el deslumbramiento que les produce el acceso social que identifican con la imagen que tienen del primer mundo.

Las redes sociales de contacto, familiares, colonias, etc. son determinantes a la hora de elegir el país de destino, incluso la ciudad y el barrio, pero la decisión de marchar, al final, es tomada tras una valoración de ventajas e inconvenientes. Su principal problema es acceder a la legalidad, ya que muchas llegan de forma clandestina o con visados de turismo y se quedan.



El Guardia Civil que rescató a una mujer embarazada asume la tutela de su hija

Las más de las veces trabajan en la agricultura, en el sector servicios, en la hostelería y en el servicio doméstico (internas) lo que limita en buena medida sus relaciones sociales. Muchas veces su destino es la economía sumergida. Y cuando quedan embarazadas son, en ocasiones, despedidas sin posibilidad de reclamación, máxime si son ilegales.

En numerosas ocasiones llegan engañadas a través de redes mafiosas cayendo en la prostitución. Muy frecuentemente, ante estas situaciones, se sienten desprotegidas e incluso ignoradas o despreciadas por sus propias delegaciones diplomáticas. También frecuentemente sus hijos suelen quedar en el país de origen a cargo de los abuelos, tíos u otros parientes y esta separación de los hijos provoca en la mujer inmigrante graves problemas de angustia, depresión y desarraigo emocional.

Ante cuanto se ha expuesto, y particularmente referido a las mujeres inmigrantes, en orden a su inclusión social, la investigación social ha de hacerse desagregada por sexos, aprovechando el factor género como variante de análisis, para romper así con la «invisibilidad» de determinadas mujeres inmigrantes.

Asimismo, ha de tenerse en cuenta el impacto del nuevo fenómeno «mujer inmigrante responsable de familia» sobre la propia mujer, las estructuras familiares y las comunidades de origen y de acogida.

En relación con las mujeres inmigrantes que llegan buscando la reunificación familiar, es importante facilitarles un estatuto de legalidad independiente al de su vínculo matrimonial. Su dependencia es utilizada en ocasiones por sus maridos como medio de chantaje, coacción o amenaza para, por ejemplo, evitar una separación, divorcio o denuncias por malos tratos.

Al considerar, para las mujeres inmigrantes, el objetivo de la reunificación familiar, es preciso tener presente su trayectoria familiar para elaborar y desarrollar una política de vivienda que responda a sus diferentes necesidades y modelos.

Por último, y desde la planificación y la práctica de la intervención para la inclusión social de las mujeres inmigrantes, es necesario profesionalizar al máximo el servicio doméstico, controlando especialmente las condiciones de trabajo impuestas por los empleadores. Igualmente es preciso controlar las agencias clandestinas de colocación, persiguiendo a las mafias tanto en los países de origen como en los de destino.

Es menester fomentar los programas educativos en sentido amplio, tanto para la formación profesional como para el crecimiento personal y autoestima, a través de las habilidades sociales y la cultura, así como reconocer y valorar en su justa medida la aportación que el trabajo de las mujeres inmigrantes ha supuesto en el proceso de incorporación a la vida activa y social, en general, de las mujeres del llamado «primer mundo».

Muchas de estas mujeres desempeñan unas tareas, frecuentemente eludidas por las nacionales, como son, por ejemplo, el cuidado de personas mayores y/o dependientes.

Como conclusión diremos que se han planteado aquí, sin agotarlas, parte de las características y condiciones que significan a las mujeres inmigrantes, así como la problemática con que se encuentran en su vida personal y social, en sus procesos de integración o de no exclusión, planteando, al mismo tiempo, algunos de los riesgos y dificultades para encontrar un puesto trabajo o permanecer en el mismo. En cualquier caso, la orientación de sus situaciones y la resolución de sus dificultades dependerá, en buena medida, de la preparación, la eficacia, la profesionalidad y la capacidad de los responsables, los técnicos y los profesionales que intervienen en el complejo proceso de incorporación, adaptación e inclusión social. Y para ello no basta con que, en un momento dado, se adquieran determinados conocimientos o un título o certificado que los avale, sino que se disponga de una adecuada cualificación y una voluntad con más aproximación a lo vocacional que a lo circunstancial.

Bibliografía

DÍEZ NICOLÁS, J.: *Actitudes hacia los inmigrantes*. M^º de Trabajo y Asuntos Sociales-IMSERSO. Madrid 1998.

DÍEZ NICOLÁS, J.: *Los españoles y la inmigración*. M^º de Trabajo y Asuntos Sociales-IMSERSO. Madrid 1999.

DÍEZ NICOLÁS, J.: *Las dos caras de la inmigración*. M^º de Trabajo y Asuntos Sociales – Secretaría de Estado de Inmigración y Emigración. Madrid 2005

IZQUIERDO ESCRIBANO, ANTONIO: *La inmigración en España 1980-1990*. Ed. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid 1.992.

IZQUIERDO ESCRIBANO, ANTONIO: *La inmigración inesperada*. Ed. Trotta, Madrid 1.996.

Ministerio de Trabajo y Seguridad Social: *Panorama de la emigración española en Europa*. Madrid 1986.

SOLÉ, CARLOTA: *La mujer inmigrante*. Instituto de la Mujer. Ministerio de Asuntos Sociales. Madrid 1994. ●

LOS AMOS DEL MUNDO ACTUAL: sobre las telecomunicaciones y la manipulación

JAVIER BARRACA MAIRAL

Doctor en Derecho y en Filosofía por la UCM y en Ética por la Sorbona. Profesor Titular de Filosofía de la URJC, Académico correspondiente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.

Poder y tecnología

Ortega se preguntó, en su tiempo, en su celeberrima obra *La rebelión de las masas*¹, quién mandaba en el mundo. Si lo hiciera hoy, su pregunta tendría forzosamente que incluir la dimensión digital o telemática de nuestra convivencia. Esto, no solo a causa del ingente alcance de esta tecnología, que crece cual esa insaciable nada de *La historia interminable*², amenazando con devorarlo absolutamente todo entre sus fauces voraces. También, debido a que la inicial coexistencia entre esos dos ámbitos paralelos –el de lo más cercano y el de lo telemático y virtual– se ha transformado ya en un mestizaje o entrelazamiento tan intenso que, a duras penas, acertamos a distinguirlos con claridad en nuestro deambular cotidiano.

Entonces: ¿quién manda, hoy, de verdad, en el mundo?

Cuando batallas recientes tan decisivas como el Brexit, el relato victimista del separatismo, las elecciones en EE.UU., las confrontaciones bélicas, socio-políticas o comerciales más delicadas se dirimen, en gran medida, en el terreno de la comunicación social, nadie debe dudar que quienes, en este contexto, poseen mayor poder constituyen asimismo los sujetos que pretenden convertirse en los amos de nuestro mundo, en sus ambiciosos dueños.

El poderío comercial y social de Facebook, combinado con el de Whatsapp constituye, sin duda, el surgimiento de una nueva potencia sencillamente estremecedora, como lo son los expertos ejércitos de hackers de las dictaduras sin escrúpulos, o los sistemas de control de telecomunicaciones contemporáneos a los que sencilla y llanamente no escapa nadie. Nuevas formas de influencia, como las asociadas a Youtube, Twitter, Instagram, Google o a los juegos on-line en grupo, engendran a su vez novedosos cauces de poder y, a veces, déspotas tiranos de un napoleónico carácter, contra el que advirtió Orwell.³

Así, uno de los criterios de poder que, en este tiempo, se nos imponen consiste en el mero número de seguidores que logra reclutar el sujeto, dentro de este orbe de las telecomunicaciones: quien más atención e interés alcanza a suscitar, quien recibe más «visitas» en cuanto a aquello que muestra o exhibe en inter-net, se convierte en figura de influencia y, consecuentemente, se reviste de poder. El Papa Francisco ha

¹ ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas*, Ed. Espasa, Barcelona, 1999.

² ENDE, M.: *La historia interminable*, Ed. Alfaguara, 2015.

³ ORWELL, G.: *Rebelión en la granja*, Ed. Debolsillo, 2017.

denunciado, con acierto, los riesgos que corremos al convertirnos en una sociedad hecha a golpes de «like» (me gusta) o «dislike» (me disgusta); una comunidad y un ciudadano internautas que se limitan a evaluar a los otros y a ser valorados en función de la caprichosa impresión que provocan las respectivas manifestaciones en las redes sociales y entornos tele-comunicativos, cual unos superficiales habitantes de un teatro virtual de vanidades y vacío.

Sin embargo, Ortega no se dejaría engañar por esta tramoya de variables apariencias. Él, sin duda, indagaría detrás de este opaco telón. Nuestro pensador investigaría quiénes, en concreto, deciden y mandan sobre internet y las telecomunicaciones. Y, a buen seguro, nuestro filósofo no se contentaría ingenuamente con responder que se trata de anónimas corrientes de gustos u opinión o de impersonales flujos de información. Detrás de ese inmenso poder tecnológico, se hallan personas, organizaciones y Estados determinados, no lo dudemos. Que nadie pretenda engañarnos simulando que se trata sólo de estructuras imparciales, entelequias abstractas, simples algoritmos o desnudos sistemas de procesamiento de datos. Menos aún son estas unas neutrales herramientas, al servicio de realidades imprecisas y vagas, como las designadas con los eufemismos de pueblo, clase, mercado o ideología, cual repiten las falsarias prédicas de entes tan siniestros y dañinos como Anonymous, Wikileaks u otros. Ya conocemos de sobra la sinrazón y el desmán, la capacidad de enfrentamiento y de violencia que se ocultan tras los antifaces de estas expresiones y estrategias, como enseña a propósito del nacionalismo la clarividente *Patria* de Aramburu.⁴

En definitiva, a las dimensiones tradicionales del poder, como son lo político, lo económico, lo militar y lo mediático, entre otros factores, hay que incorporar hoy lo tecnológico y, particularmente, esto en su proyección sobre las telecomunicaciones. Este último elemento, en el momento presente, constituye un terreno vital para y del poder. Ello, pues actúa como un cuello de botella, un puente o cauce necesario, que casi forzosamente tienen que atravesar en nuestros días las restantes formas de poder cuando se despliegan y desean ejercer su influencia. Si la vida se ha transformado en gran medida en telecomunicación, el poder indudablemente y sus protagonistas también lo han hecho. Eso comporta la creciente relevancia, en este peculiar campo de batalla, de los dueños o dirigentes de las empresas de tecnología tele-comunicativa, dada la evidente tecnificación de la sociedad contemporánea.

Con una sencilla imagen: cabe afirmar que el misil más poderoso –el de mayor capacidad destructiva, además del más elusivo o escurridizo ante su detección y eliminación–, de entre cuantos se fabrican, hoy, no es otro sino el de las telecomunicaciones. Y, por cierto, su carga más letal radica, desde luego, en su potencia de manipulación personal y social.

Manipulación y comunicación por medios tecnológicos

Los recientes escándalos sobre manipulaciones masivas de datos, como las de Facebook, están provocando, como sabemos, una colosal ola de desconfianza social en torno a internet y las telecomunicaciones. El miedo a la manipulación tecnológica parece haberse adueñado de nuestras conciencias. La suspicacia ha crecido en propor-

⁴ ARAMBURU, F.: *Patria*, Ed. Tusquets, Barcelona, 2016.

ción al imparable impacto de estas tecnologías. Así, un inquietante escalofrío sacude, en este preciso momento, nuestras espaldas, las de los ciudadanos de ese reino difuso y sin fronteras que suponen internet y las telecomunicaciones actuales.

Pero el miedo no nos hace más prudentes, por sí mismo, como tampoco la mera información más lúcidos: necesitamos de la reflexión. A continuación, enunciaremos algunas de las consideraciones que nos parecen, a este tenor, relevantes.

Empezamos, formulando una interrogación: ¿Cómo pueden manipularnos a distancia, con una pujanza tan extrema, sin siquiera vernos o tocarnos?

La respuesta nos conduce hasta el inmenso poder de influencia del lenguaje humano, claro está. Gracias al lenguaje, en efecto, nos comunicamos con los otros y compartimos información (lo que en el mundo informatizado implica «datos»); pero, además, es por medio del lenguaje como los seres humanos nos adentramos en la realidad y trenzamos nuestros más fértiles vínculos (de nuevo, López Quintás).

Ahora bien, las expresiones de nuestro lenguaje, a imagen de quienes cruzan sobre un puente, trasladan significativos datos. Estos datos precisan, inevitablemente, de una inteligente interpretación y de cierta orientación hacia un sentido. Pero lo que nos importa, ahora, recalcar se halla en que tales datos conforman la materia prima y preliminar, a partir de cual elaboramos la comprensión de la realidad y, así, nuestros planes o proyectos, nuestros cursos de acción futuros. De manera que quien sabe articular de forma adecuada determinados datos, de relevancia, sobre nosotros, nos tiene en su mano, por cuanto puede calibrar y prever nuestras más probables actuaciones.

Ahora bien, esto comporta el que ciertos sujetos pueden manipularnos, a su antojo y según su interés, debido a que acceden al conocimiento de nuestros sensibles datos, y a que los organizan en orden a dominarnos. Así, se adueñan junto a nuestros datos, en parte, de nosotros mismos. Incluso, urden arteros mecanismos mediante los cuales somos nosotros quienes aceptamos proporcionarles ingenuamente las informaciones más personales e íntimas. De este modo, nuestros datos, que para ellos somos nosotros mismos, en una intrigante reducción de nuestra persona entera, colaboran a su afán de dominación.

Reparemos, entonces, que el dato clave con el que se nos maneja no es otro que el de la información relativa a nosotros y a nuestras relaciones. La causa última reside en nuestra misma naturaleza, profundamente social y comunicativa, relacional. Los sujetos humanos no sólo vivimos inevitablemente en relación, sino que constituimos seres relacionales, tal como alertaron Buber⁵ y tantos filósofos del diálogo. El fecundo pedagogo alemán J. Kentenich llegó incluso a afirmar que «el tú es la cuna del yo». Todo esto muestra los hondos motivos por los que nuestras relaciones nos importan tanto y presentan un cardinal valor. Por esto, quien conoce o controla nuestras relaciones, nos controla, al cabo, a nosotros, de algún modo.

Esta situación se ha deteriorado hasta el extremo de que ya no sólo se capta y negocia con datos de tipo personal e íntimo y relacional, sino que prácticamente cualquier dato adecuadamente procesado se está convirtiendo en instrumento de manejo, uso y poder. Nuestros datos constituyen una anhelada moneda de cambio, un objeto de deseo y de transacción. Por ejemplo, nuestras búsquedas de información quedan ahora registradas, y estas nos desvelan a nosotros mismos, al tiempo que se las asocia

⁵ BUBER, M.: *Yo y tú*, Ed. Sinergia, Guatemala, 2014, traducc. C. Díaz



Servicio de control de las redes sociales por la Guardia Civil

hasta obtener noticia de nuestro carácter y preferencias, hasta verse utilizadas como certeros cebos con los que atraernos a todo tipo de trampas, redes y nudos de interés.

Ante esto, nuestro consejo resulta claro: formémonos con ahínco en este campo de la manipulación y de sus estrategias, a fin de combatirla con eficacia. López Quintás⁶, en España, constituye un referente que sin duda puede ayudarnos enormemente al proveernos de medios adecuados a la hora de enfrentarla. Este pensador ha señalado que la verdadera cultura, en su mejor sentido, es decir entendida esta como juicio crítico y madurez personal en valores, suponen el mejor antídoto frente a la manipulación.

La inteligencia y el poder actual de las tecnologías de la comunicación

La inteligencia, que tiene que ver mucho, según Julián Marías⁷, con la atención que somos capaces de prestar a la realidad o a las cosas –aquí, añadimos, y a las personas y sus relaciones–, sin duda, conviene nos acompañe siempre. Pero ello aún más en situaciones como las aquí descritas, en las que se hallan en juego cuestiones y valores fundamentales.

Pues bien, en esta convulsa época, quienes se atribuyen precisamente el dedicarse al arte de la inteligencia son aquellos que se ocupan de la labor de velar por nuestra seguridad nacional, en relación con la información. Estos conspicuos servicios de inteligencia e información también se encuentran, por supuesto, de algún modo, enredados en las redes, estructuras o mallas tejidas con las tecnologías comunicativas. Su misión, dentro de todo este enrevesado entramado, casi un pequeño universo, radica en salvaguardar la seguridad y el bien de sus respectivas comunidades o sociedades.

⁶ LÓPEZ QUINTÁS, A.: *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, Ed. Narcea, Madrid, 1988.

⁷ MARÍAS, J.: *Persona*, Ed. Alianza, Madrid, 1997.

Pero el problema estriba en que, justamente, estos últimos no siempre coinciden o son interpretados como semejantes con respecto a los de otros muchos grupos, gobiernos, Estados u organizaciones. Así, el conflicto de intereses está servido, en este reino de taifas y de la confusión, en el que las apariencias engañan tanto o más que en cualquier otro.

A lo anterior, se suma el que, en este movedizo ámbito, los actores nocivos y de aviesa intención, o sencillamente los irresponsables, proliferan sin cesar, además de campar por este vago lugar sin unas cortapisas eficaces. Guardémonos, por ello, de tantos amigos, contactos o compañeros supuestos, como los que encontramos –más bien: nos encuentran ellos a nosotros– en este mundo de inter-net y lo tele-comunicativo. Más de uno no resultará al cabo sino un lobo con piel de cordero, al servicio de opacos intereses, empezando por quienes hipotéticamente se deberían limitar a transportar o hacer posible la transferencia de nuestros mensajes y el entrelazamiento de nuestros vínculos recíprocos. Atención, entonces, a los mediadores o a los fingidamente neutrales mensajeros, pues no lo son en absoluto, y de sus mediaciones extraen un jugo que acaso no sospechamos.

Advertencia final: el arte de la prudencia y los valores

Dado todo lo precedente, una advertencia parece obligada. Esta consiste en recomendar el que aprendamos a ser prudentes con respecto a nuestro uso de la tecnología, en especial la asociada con la comunicación interpersonal y, a este propósito, muy singularmente con el asunto de nuestros vínculos interpersonales. No permitamos este oscuro e interesado manejo de los mismos por parte de los poderosos de ese universo digital y tele-comunicativo. Seguro que nuestro Gracián tendría materia sobrada para escribir todo un nuevo *Oráculo manual y arte de prudencia*⁸, aplicado a las movedizas arenas de esta inquietante esfera.

La tecnología de la telecomunicación y de las redes sociales no constituye en sí ni un irremediable abismo de destrucción ni un edénico e ilusorio paraíso. Se trata, hoy, de un delicado ámbito en el que encontrarnos con lo mejor y lo peor de nuestro propio ser y el de nuestros semejantes. De aquí, la necesidad de vivirla desde una sana advertencia. Esto conduce a cuantos habitan y se mueven en este microcosmos tecnológico a la necesidad de formarse integralmente en los más acendrados valores. Sólo si contamos con una personalidad que participe en el conjunto de los valores alcanzaremos a desenvolvernos con un mínimo de pericia y de responsabilidad en tan complejo escenario. A este propósito, aquí, nos permitimos recomendar las investigaciones y cauces formativos del perspicaz axiólogo –o experto en valores– don José María Méndez⁹.

Practiquemos en fin, en todo esto, la preciosa sabiduría, ahora indispensable, de la discreción. Ello, de una manera esmerada, con respecto a la información personal y, particularmente, a nuestros contactos, relaciones y lazos mutuos. De la inteligencia práctica con la que salvaguardemos estos aspectos, van a depender en definitiva nuestra seguridad y libertad futuras. ●

⁸ GRACIÁN, B.: *Oráculo manual y arte de prudencia*, Ed. Cátedra, ed. de E. Blanco, Madrid, 2005.

⁹ MÉNDEZ, J. M^a: *Introducción a la Axiología*, Ed. Última Línea, Madrid, 2015.

EL HUMANISMO PERSONALISTA,

Un paralelismo en José Antonio y Emmanuel Mounier

EDUARDO LÓPEZ PASCUAL

Profesor, escritor y poeta

Fueron casi de la misma quinta, como dirían los clásicos populares al hablar de los años de alguien, y así ocurre en Emmanuel Mounier, que nació en la Francia de 1905, y de José Antonio Primo de Rivera –no hace falta poner más apellidos–, que venía al mundo en Madrid, en 1903, un par de años antes que el pensador francés; ambos, dos de los personajes más importantes que heredamos del siglo pasado, con lo que ya entrevemos alguna coincidencia que aunque parezca accidental en su valoración, nos aproxima a su posterior desarrollo existencial. Al interesarme en este empeño, plasmar la proximidad intelectual y emotiva de nuestros personajes, y la posibilidad de reseñar aspectos fundamentales del humanismo como *leiv motiv* en la praxis del mismo, y todo, desde una doble visión intelectual correspondiente a dos de sus más singulares exponentes, creí útil una exposición que pusiera de manifiesto unas coincidencias que quizá no se hubieran atendido antes, cómo sería, tal como pienso, el camino paralelo que supone la acción reflexiva de estos protagonistas, Emmanuel y José Antonio, de indudable ámbito intelectual, social y político como muy bien certifica la historia.

Se podría decir aquí, y cuestionarse, por qué entra en estas reflexiones el hecho de presentar una imagen paralela de dos personajes tan especiales como fueron ellos, aparentemente próximos en el espacio y aún más, en su cosmovisión; sin embargo cualquier analista o estudioso de ellos tendría que partir de la creencia que los dos profesaban sobre unos valores comunes, y en algo tan concreto y trascendente como es y será siempre la consideración humanista de la persona, del hombre como sujeto esencial en la entidad y la realidad del género humano, su coincidencia en la interpretación del género humano ante la vida y la historia que, para nosotros, es razón suficiente para entender un paralelismo incontrovertible en José Antonio Primo de Rivera y Emmanuel Mounier.

En realidad, cuando hace ya muchos años, desde 1930, se tuvo conciencia de la presencia sociopolítica del pensador francés en su país, la Francia de entreguerras, en España surgía a la vida política –aunque se le consideraba un *outsider* entre los profesionales del momento–, un hombre predestinado directamente hacia la acción política y que se le conocería simplemente por José Antonio. Porque fue precisamente entonces cuando participa, ese mismo año, 1930, en un acto en Bilbao en defensa de su padre el dictador Primo de Rivera, y abre su estreno político en un mitin de la Unión Monárquica Nacional, junto a otros representantes de aquella ideología, compromiso que nacía paralelo a la decisión intelectual de Emmanuel Mounier, quien luego de venir a España para estudiar a nuestros Místicos, siguió el consejo de Maritain –tal como lo cuenta Jean Marie Domenech–, y estudia a Charles Peguy, circunstancia que le

induce ya de modo preferente a convertirse en un pensador que «no quiere permanecer con las manos limpias», en este caso inactivas. Es decir, que como el primer Marx anotaba, «Había que obrar más desde la acción y no quedar solo en pura filosofía». De manera que Mounier, lector del filósofo alemán, inicia su andadura social y política procurando volcar su vocación con su compromiso social, obrero y revolucionario de Peguy. En este sentido José Antonio, en forma paralela, ya había formulado la idea de unir acción y reflexión. «La acción sin reflexión es pura barbarie», declaraba en sus discursos.

Pero para Mounier, este vuelco de su personalidad, estudioso y analítico, que mantenía no obstante su preocupación ante los problemas humanos que presentaba el universo campesino y obrero, se trocó en determinación. Al fin y al cabo él mismo era originario directo de una familia de campesinos y suscribió un modo activo, a raíz de la muerte de su amigo Jorge Barthelemy, testigo inusual del camino que iba tomando Mounier en tanto conoció, a través de la ACIF, los estragos de un proletariado de miseria y hambre. Observamos entonces otra ventana sobre el paralelismo de José Antonio y Mounier, cuando se recuerda el asesinato de Matías Montero, aunque fuera un tiempo después, que supuso para el fundador falangista una catarsis humana y social que originó en gran medida la realidad de su responsabilidad política.

De otro lado, quizá como el pensador de Grenoble, José Antonio tuvo en sus primeros años de profesional como letrado, junto a las intervenciones de Francisco Bergamín, un claro reconocimiento, al considerarlo éste, a los 22 años de edad, como una de las glorias de la abogacía española. Tuvo también la ocasión de revisar sus principios políticos, algo que evidentemente lo prepararía, con toda seguridad, para otras exigencias más comprometidas. Sin duda, y con edades parejas, los dos personajes de este humanismo que tratamos, coincidían ahora en el tiempo y en un horizonte social que se les presentaba.

Como se vería más tarde José Antonio disponía de una formación religiosa, católica, al igual que supo tener nuestro referente en Francia, y que le iba a inspirar en adelante gran parte de su actitud política, en dónde se esfuerza por dar un contenido cristiano a toda su teoría social, algo que tendría mucho parecido con el convencimiento cristiano comprometido en la acción temporal de Emmanuel Mounier, según el ejemplo asumido de C. Peguy como nos indica Françoise Gouguel (uno de sus biógrafos) a la hora de establecer su pensamiento que podríamos decir que constituía un cuerpo de filosofía política, eso sí, procurando en todo momento separar religión y política. Una idea que era paralela al criterio del fundador falangista. En esto, Mounier a través de sus escritos en *La revista L'espriu*, de marzo de 1933, quiere ser contundente. «Ruptura entre el orden cristiano y el desorden establecido».

Principio que, cercano en el tiempo, señalaría José Antonio en los *Puntos de la Falange*, y de manera concreta en el 25, que textualmente rezaba: «La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas sin que se admita intromisión que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional», una redacción que, por ejemplo, supondría la salida de Falange Española de algunos miembros tan controvertidos como el Marqués de la Eliselda.

Los dos humanistas, José Antonio y Mounier compartían una interpretación paralela del hombre y de la mujer, como valores compactos y nunca desgajados de su realidad ni de su integridad personal. En José Antonio aparecía «El hombre como portador

de valores eternos». Defendía también, y de ahí otra coincidencia con el pensador francés, al hombre, «como eje del sistema» similar al principio Mounieriano de situar a la persona en el «centro de toda ética», y por ello su caminar paralelo desde un principio. Mounier escribía que el hombre era un ser irremplazable inserto en el mundo.



José Antonio Primo de Rivera

Así podemos sugerir que tanto Mounier como José Antonio tuvieron que arrostrar parecidas experiencias, incluso en la realización práctica de poner negro sobre blanco las propias iniciativas ideológicas: así las dificultades del político galo en la presentación de su revista *L'espriu*, se correspondían con los obstáculos de todo tipo, también violentos, que sufría el líder falangista en la publicación y distribución del periódico *Arriba*. Sin duda aquí era evidente un paralelismo, ahora accidental, pero que contribuía para justificar esta definición que damos para uno y otro políticos.

Claro que el paralelismo que apuntamos no se queda ni se podía quedar, en unas ilusiones más o menos próximas alrededor de una tertulia o cualquier revista, sino que todo se basaría en una cosmovisión mucho más trascendente, es ante todo, la aportación filosófica y política

a una sociedad en crisis que por los años 30 se instalaba en toda Europa; era por encima de otra moda, la interpretación original de un compromiso frente a las dos fuerzas predominantes en el momento: por un lado, una izquierda marxista, y por otro, el capitalismo liberal. En este sentido se comprende el intento de crear una tercera fuerza, la «Troisienne Force», que como sucedería con otras agrupaciones de la Derecha (Sotelo en España), se irían al traste por motivos casi siempre espurios, de incompatibilidades e independencia.

Nosotros anotaríamos aquí una nueva muestra de ese caminar juntos, aunque cada uno desde su propia realidad social y nacional, un camino que por otra vez, con la prueba existencia joseantoniana; en tanto que Mounier sufre la censura y hasta el cierre de su revista, entre 1940 y 41, por el Gobierno de Vichy, el español padeció años antes -34, 35 36-, la clausura de sus órganos de propaganda. Ocurriendo que no acaba ahí, sino que sufre la persecución del periódico hasta hacer imposible su distribución.

Y como ya reseñábamos anteriormente, son circunstancias netamente ocasionales, pero que no dejan de mostrarnos una realidad cuasi física, que observamos en las dos experiencias políticas y humanas.

Como el fundador falangista, Mounier vive también los excesos de los Gobiernos autoritarios de Pétain pasando por las cárceles francesas: Vals, Sainte Paul de Lion... experiencias que José Antonio, con otro ejecutivo igual de autoritario aunque de otro sentido, sufre en Madrid –cárcel Modelo–, y en Alicante, de la que no salió jamás. Mounier atendió a esos periodos intermitentes de prisión y libertad, para perfilar más todavía sus tesis doctrinales e impulsar la segunda época de su Revista; un proceso que el líder falangista hizo en un tiempo anterior, cuando a raíz de su presentación en el teatro de la Comedia, 1933, proclamaba sus ideas, para posteriormente desarrollar sus discursos de los años 34 y 35, y entre ellos la idea de separar Iglesia y Estado, religión de política, tal como el mismo pensador francés proclamó y dejó escrito. Sin duda ambos líderes apuntaban la opción personalista presente en los dos intelectuales. Si más tarde Mounier considera a la persona como «Una realidad integral no troceable» esto venía a ser en puridad, la versión francesa de la interpretación joseantoniana de definir al hombre, en su punto 7 de la declaración de principios: «La integridad del hombre y su libertad, son valores eternos e intagibles», afirmación que era por su propia naturaleza absolutamente inseparables.

Naturalmente todo ese cuerpo de pensamiento se adivinaba ya desde que en la década de los treinta, coincidiendo de nuevo los dos pensadores (Muñoz Alonso consideraba a José Antonio como un pensador), hacían un análisis muy severo de las corrientes políticas que entonces dominaban la sociedad europea: marxismo y capitalismo. El criterio de Emmanuel Mounier respecto a estas doctrinas era tan claro como contundente; en realidad se diría que su crítica a esos sistemas procedía, con toda seguridad, de una cosmovisión sobre el hombre y la historia. Ya decíamos que para Mounier la persona es un todo, y a partir de ahí, dibuja un desarrollo socio-político bajo un juicio de libertad y respeto, intentando contraponer unas formas de utilización de las personas desde criterios mixtificados en mitos colectivos, y por eso su condena expresa del comunismo y el capitalismo como de esas idealizaciones creadas para la utilización, precisamente, de las personas. Pero con igual objetividad, Mounier y el mismo José Antonio, aun desde espacios distintos, excluyen de sus comportamientos políticos los regímenes totalitarios derivados de las concepciones fascistas y Nazis que se debatían en Europa. Uno y otro rechazan sin ambages estas soluciones por más que los dos empezaran entendiendo su aparición en el universo social, como un intento liberador de la persona, pero que en seguida abandonaban el principio de libertad, por un capitalismo de Estado, dejando sobrevivir, si no amparar, las reglas de ese sistema liberal que decían combatir. Mounier declaraba en julio de 1933 una frase como premonición de las primeras palabras del discurso joseantoniano: «Ni derechas ni izquierdas», y tal vez por la proximidad temporal, ellos se hubieran visto y comunicado sus experiencias.

José Antonio que en su inicio político, lo mismo que anunció la justificación del socialismo, aduce unos valores en el intento fascista –hay que recordar que el fascismo lo invento un destacado socialista como Mussolini–, es casi al mismo tiempo que en consonancia con Mounier, declaraba una expeditiva denuncia de los fascismos, al considerarlos como un recurso vacío, una especie de bluf social y económico, porque cree

junto al francés, que dejan intactas las normas que atan a la persona, relegando todas las responsabilidades individuales y colectivas al Jefe, que es por esta razón, autoritario y dictador. Hay en el fascismo –reconocen–, y por ende en el marxismo, también sometido a un Jefe intocable, (al fin las dos ideologías eran y son hijas del capitalismo), un falso humanismo que se enraizaba en un pseudo espiritualismo tratando de sustituir el sentido integral de la persona por un ser al que se le ha extraído, o se quiere extirpar, cualquier sentido trascendente y remitirlo a una pura fórmula materialista, lo que produjo en Mounier y en el propio José Antonio su oposición más radical.

En esto hay que recordar que por razón de una presumible posición en defensa del hombre, el marxismo, en su versión socialista, era justificado por el fundador de Falange, y ya, en el mismo discurso de la fundación de FE, octubre de 1933, decía: «Por eso tuvo que nacer, y fue justo su nacimiento (nosotros no recatamos ninguna verdad) el socialismo». Reconocimiento que supondría para José Antonio algunas calumnias y opiniones malévolas sobre una imaginaria simpatía marxista. Muy parecido todo a las imputaciones que le asignaron a Mounier, al que acusaron, más de una vez, de supuesta cercanía comunista.

Habría que recordar, al hilo de estas reflexiones, cómo José Antonio y Mounier no tuvieron reservas en saludar su compromiso con el pueblo; por eso, tal vez, Emmanuel Mounier, por ejemplo, reconociera en el partido comunista francés unos valores de identificación con los hombres y mujeres que, en verdad, tenían que tenerse en cuenta: «Toda acción que no tenga en cuenta al pueblo –decía–, fracasará». Y seguía: «El partido comunista atrae las esperanzas del pueblo y si todas las flechas van contra ese partido, recordad que al traspasar su carne, perforará también la esperanza de los desesperados». Pero al final nada de esa confluencia era cierta, salvo la preocupación de ambos pensadores en hacer del hombre, sobre todo del explotado, del marginado, razón de toda su acción política por encima de cualquier estructura materialista o promesas *liberaloides*, aún cuando se tuviera presente la mística marxista respecto a ese mismo hombre.

A pesar de todo, ni José Antonio ni Mounier olvidaron nunca su condición de cristianos, algo que los hacía incompatibles, en términos estrictos, con cualquier solución comunista; así que reseñamos que ni el uno ni el otro veían en las ideas de esta izquierda las respuestas que se pudieran salvar de la comprensión materialista de donde procedían. Entre otras cosas, porque el personalismo que propugnaban iba mucho más lejos que el «humanitarismo comunista», y que, como el espíritu de la Falange primigenia, quiere aprovechar el motor revolucionario para abarcar toda la persona, tesis que estudiaran, por Mounier, el crítico Goguel, descrito por Cándido Moix en *Le pensée d'Emmanuel Mounier*, o *Enmanuel Mounier* de Lucien Guissard, y por el lado joseantoniano, el escritor y filósofo Adolfo Muñoz Alonso en su imprescindible libro *Un soñador para un pueblo*.

Ocurrió que, como denunciaron los dos pensadores y políticos que analizamos, esas izquierdas que vinieron como reacción natural y justa contra una dominación liberal, devino en una interpretación racionalista de la historia y de la vida, y, como consecuencia previsible, en un materialismo histórico y la lucha de clases. Es decir, todo se reducía a un proceso economicista, y entonces el espíritu humanista de José Antonio y Mounier, tanto monta monta tanto, impedía que aceptasen esos postulados de dialéctica social que eran en el fondo unos principios meramente productivos. Los

dos, separados por la distancia y el tiempo, comprendían al hombre en su superior humanidad, en un humanismo íntegro, desechando un reduccionismo absurdo y falso que rechinaba incluso a otros marxistas, como Lucas –ya en un estadio revisionista–, que criticaban con inteligencia una idea tan restringida de su filosofía.

Como siempre, hemos de regresar al concepto clásico e íntegro de la persona para, desde ahí, comprometerse en el mundo en que se vive desde una perspectiva de solidaridad con los marginados y explotados por un sistema injusto y opresivo. Y es por eso que ninguno de los dos representantes de un personalismo combatiente, José Antonio y Emmanuel, asumieron un sentido constructivo del Romanticismo una idea restrictiva del hecho reparador, como postulado de acción político-social, ni individual ni colectivamente considerado. Estaban bien apegados a la realidad del mundo en que vivían, del tiempo en que actuaban, de las circunstancias que le rodeaban. Naturalmente no había que confundirlos con una expresión somera positivista, sino éticamente realista.

Y aparece aquí un vínculo político que les hace –como intento exponer en este texto–, paralelos en su compromiso ante las sociedades respectivas. Rechazan por parciales, por incompletos, los sistemas marxista y capitalista, apuntando seguramente a la interpretación de lo que más tarde se llamó «Tercera vía». Ya se anunciaba en el entorno de Emmanuel Mounier esa Tercera vía casi al mismo tiempo que surgen las ideas de José Antonio Primo de Rivera que, si no las define así, se igualaban en el fondo; desde



Emmanuel Mounier

luego esa interpretación nada tenía que ver con lo que se conoció como fascismo, en cualquiera de sus vertientes, desde el Movimiento Rex, belga, hasta el nacionalismo del rumano Condreanu, ya que estos partían de aspectos completamente distintos opuesto a la concepción doctrinal del autor de *L'Espriu* en Francia y de la Falange en España, en la que ambos líderes, prácticamente, componen, evidentemente, un paralelismo de entendimiento..

Para Mounier el fascismo abandona la defensa del hombre frente al poder liberal –en su peor acepción–, para convertirse en un capitalismo estatalizado que, inevitablemente, tiende hacia un totalitarismo que anula la personalidad de los ciudadanos. El Fascismo –sentenciaba el ensayista francés–, «era el más peligroso materialismo, porque constituía su forma más engañosa». En José Antonio, el rechazo al sistema fascista quedaba bien claro y nítido cuando afirma en más de uno de sus discursos y escritos, su desasosiego a esta doctrina política, como se evidencia en sus manifesta-

ciones más directas: «El fascismo –señalaba–, es un buñuelo de viento», o «Jamás, ni en la más pequeña de nuestras hojas, se hace cita de él».

Todo esto nos parece claro porque tanto Mounier como Maritain –después de todo una especie de mentor–, los dos pensadores de tendencia cristiana, como el mismo José Antonio, afirmaban poner a la persona en el centro de los problemas éticos y obviamente, sociales y políticos, por extensión, plenamente humanos y que ambos ya habían dejados suscritos en *El manifiesto al Servicio del Personalismo*, el primero, y a *Personalismo integral* del segundo, allá por los primeros años treinta, quienes de modo paralelo a José Antonio en España, consideraban las categorías individual y de grupo, insuficientes como respuesta; teoría que inmediatamente estuvo acompañada por las coincidencias con M. Huber, F. Stein o F. Levinas entre otros estudios y aportaciones que hoy, independientemente de los análisis que hicieran Ortega y Spengler, basándose en el pensamiento débil que cita, por ejemplo, Urbino Ferrer, en sus colaboraciones con la revista de índole Personalista *Acontecimientos*, que avalan los fundamentos y orígenes del movimiento Personalista en los efectos dialécticos de la primera Gran Guerra.

El laminado de conciencias empujó sin duda a su nacimiento y que hoy, frente a la diversidad de otros valores, o tal vez por falta de ellos, el Personalismo vuelve a tener vigencia y actualidad; la propia realidad de agentes externos, como pueda ser el consumismo, la civilización mediática, hacen que se vea pertinente la reflexión ética sobre la persona, según nos recuerda U. Ferrer, mucho más cuando hay que recomponer la relación persona-comunidad, ahogada por situaciones perversamente egocéntricas.

Era por completo una característica del movimiento Personalista que en pura objetividad unía el pensamiento de Mounier y José Antonio, amén de lo expuesto por Maritain, según veíamos antes, por un trato amable y ético, ofrecer un lazo irrompible por el que las personas, todas, independientemente de su origen y cultura, no se vieran sometidas a la repulsa individual o colectiva, y para ello había que superar los vínculos aparentes, como podría ser la imagen de unos individuos agrupados en las filas de un supermercado que se rompe cuando el interés de uno prima sobre cualquier otra consideración o, en alguna revuelta moderna –como en el caso de las Primaveras árabes–, surgen colectivos muy diferentes unidos, solo, por un deseo común como sería la toma del Poder, pero que al conseguirlo desaparece esa cohesión ficticia. ¿Y qué decir de los ejemplos históricos de un interés cómplice en los individuos pero que al obtenerse, ese mismo interés los convierte en enemigos y se desvanece el espíritu unitario.?

Y a esto, se ofrece ese sentido personal de la vida y la sociedad que pregonaba los Personalismos Humanistas, expuesto fielmente en su declaración institucional: «Poner a la persona en el centro de toda ética». Una aspiración que se construye desde una nueva reflexión de la comunicación, una interrelación del hombre y la sociedad pensando que, naturalmente, toda comunicación necesita inexorablemente conectar a las personas, algo que no se podía dar de forma aislada, sino siendo conscientes de que la persona, para sentirse como tal, urge de la sociabilidad, se llame solidaridad o, imperiosa comunicabilidad. Unos principios de actitud englobada en lo que se define como Personalismo, un camino que recorrieron en paralelo dos hombres de singular y parecida trayectoria que entiendo, fueron Emmanuel Mounier y José Antonio Primo de Rivera. ●

AGUSTÍN DE FOXÁ: EL CONDE MALDITO

JOSÉ JAVIER ESPARZA

Escritor

En los tiempos que corren, lo mejor que le puede pasar a un autor es verse señalado como incorrecto, inconveniente, peligroso; eso es señal inequívoca de que tal autor tiene interés. Esto le ocurrió hace pocos años a Agustín de Foxá: los comunistas del ayuntamiento de Sevilla vetaron un homenaje a su figura literaria con el transparente argumento de que el autor, fallecido hace ya más de medio siglo, «es falangista». Hasta entonces se habían contentado con sepultarle en el silencio. Ahora querían, además, quemar su efigie. Pero muchos paisanos se habrán preguntado: ¿Foxá? ¿Quién es Foxá? ¿Por qué lo prohíben? De eso vamos a hablar aquí.

Hijo de la Edad de Plata

Se pondrán como quieran los mandarines de la dictadura ideológica que padecemos, pero el hecho objetivo es que Foxá es uno de los grandes. Puede discutirse que como novelista o como poeta, por ejemplo, su obra no alcanzó la dimensión que él hubiese deseado (en parte por circunstancias ajenas y en parte por pereza propia). Ahora bien, hoy tributamos admiración a otros muchos autores cuya obra verdaderamente estimable se circunscribe a un periodo muy corto de sus vidas: basta pensar en Alberti o Lorca. Sea como fuere, es indiscutible que en un género literario básico del siglo xx, como es el columnismo de periódico, Foxá ha sido uno de los grandes clásicos de nuestra literatura, como González Ruano. Y así lo proclamó, por ejemplo, otro maestro del género: Francisco Umbral. Pero vamos a ver quién era Foxá: qué hizo y por qué tiene que estar, de manera inexcusable, en cualquier biblioteca disidente.

Agustín de Foxá es un hijo directo de la edad de plata de la literatura española. No andaremos descaminados si en su árbol genealógico subrayamos los nombres de Valle-Inclán y Ramón Gómez de la Serna. Eso es lo que concierne a su genealogía literaria, porque la otra, la biológica, también merece mención: Agustín de Foxá y Torroba, tercer conde de Foxá y cuarto marqués de Armendáriz, hijo de la nobleza madrileña (en la capital nació en 1903), educado en el Colegio del Pilar, encaminado a la carrera diplomática... Foxá era lo que entonces se llamaba «un señorito». Un señorito, eso sí, dotado de una agudísima sensibilidad poética y una curiosidad estética sin límites. Y también, por cierto, de un hondo desdén hacia las necedades de la oligarquía.

Foxá debutó muy pronto: aparte de los versos escolares en la revista del colegio, antes de los treinta años ya tenía un nombre como articulista en *La Gaceta Literaria*, la fábrica cultural de Giménez Caballero, que era el laboratorio de las vanguardias españolas en los años 20, y en *Héroe y Mundial*, entre otras revistas. En 1930 se estrena como articulista en *ABC*, medio para el que seguiría publicando durante toda su vida. Amigo del gran Edgar Neville, el joven conde traba también relación con Ramón

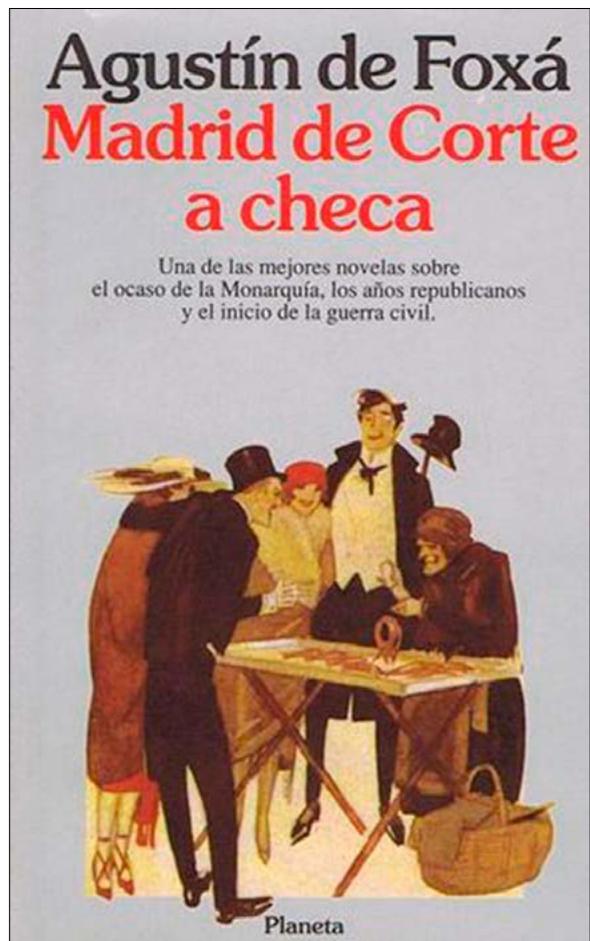
Gómez de la Serna y María Zambrano. En ese momento, ya diplomático, es destinado a Sofía y a Bucarest. En 1933 aparece su primer libro de poemas, *La niña del caracol*, editado y prologado por otro gran nombre literario del momento: Manuel Altolaguirre.

Nuestro autor, que ante todo es un literato, no carece de inquietudes políticas: nadie en la España de los años treinta carecía de ellas. De familia monárquica y convicciones conservadoras, su mundo afectivo está en los antípodas de la República proclamada en 1931. Sin embargo, no es un tradicionalista: por una parte, le atrae demasiado el mundo de las vanguardias y, por otra, ha aprendido a mirar con ojos muy críticos el mundo viejo, que estaba muriendo por sus propios méritos. Con esas hechuras, era inevitable que terminara acercándose a un movimiento que otro hijo de buena familia, José Antonio Primo de Rivera, está empezando a levantar con una combinación de conceptos políticos tradicionales y formas sociales renovadoras: Falange Española. Como Foxá, otros muchos escritores entran en la órbita joseantoniana: Rafael Sánchez Mazas, Dionisio Ridruejo, Eugenio Montes, José María Alfaro, Jacinto Miquelarena, Pedro Murlane Michelena... Con algunos de ellos escribió Foxá la letra del «Cara al sol».

De Corte a Checa

Agustín de Foxá apenas participó en las convulsiones políticas de la preguerra: sus ocupaciones diplomáticas le mantenían alejado de ellas. La guerra le sorprende precisamente en el momento en que acaba de ser destinado al consulado español en Bombay. Finalmente no marcha a Bombay, sino a Bucarest. Allí se encuentra en una situación difícil: funcionario al servicio de un Gobierno que no ignora sus inclinaciones políticas, y en un clima de guerra civil. Finalmente logra abandonar Bucarest, vuelve a España y entra en la zona sublevada, poniéndose al servicio del gobierno de Franco. Pocos meses antes había publicado su segundo libro de poemas: *El toro, la muerte y el agua*, con prólogo de Manuel Machado.

Es en ese ambiente de guerra civil cuando Foxá publica la novela que más fama le daría (y que la izquierda española no le ha perdonado aún): *Madrid, de Corte*



a *Checa*, uno de los grandes libros sobre la guerra de 1936. Escrito, evidentemente, desde el lado de los sublevados, Foxá retrata aquí la irresponsable frivolidad de los monárquicos de 1931, las turbulencias de los años republicanos y la persecución roja en el Madrid del Frente Popular. La obra abunda en retratos de personajes de la época, pero es, sobre todo, una mirada tan estetizante como desolada al desgarramiento general de un país. *Madrid, de Corte a Checa* tenía que haber sido la primera de una serie de novelas, al estilo de los *Episodios nacionales* de Galdós. Foxá escribió otras dos: *Misión en Bucarest* y *Salamanca, cuartel general*. Sólo apareció, sin embargo, la primera de ellas, y eso después de la muerte del autor. La tercera, la salmantina, nunca se encontró.

Es interesante, porque Foxá, siendo un hombre que tomó partido decididamente por uno de los bandos de la guerra civil, no tomó nunca una actitud de aniquilación frente al enemigo. Hay unos versos suyos que son una oda al dolor de un país desgarrado. Dicen así:

Una línea de tierra nos separa.
 Pero estamos tan lejos...
 Para llegar hasta vosotros, trenes,
 rutas extrañas, playas extranjeras
 y, sin embargo, hermanos enemigos,
 ¡qué cerca nuestra sangre!, que aclararon
 las mismas frutas, que encendieron, roja,
 primaveras y labios parecidos.

Foxá escribió otras muchas cosas: más poesía, como los libros *El almendro y la espada*, *Poemas a Italia* y *El gallo y la muerte*, y también teatro en prosa y en verso: *Cui-Ping-Sing*, *El beso a la bella durmiente*, *Baile en capitanía*, *Gente que pasa...* Colaboró de manera muy directa en las publicaciones culturales del régimen del 18 de julio, como *Vértice* y *Jerarquía*, y dirigió la publicación bilingüe hispano-italiana *Legiones y Falanges*. Sin embargo, se hace difícil calificarle como un escritor del franquismo. ¿Antifranquista, entonces? Desde luego que no. Como les ocurría a otros muchos escritores falangistas de su generación, Foxá se sentía atrapado entre sus deseos y la realidad: la mayoría de ellos veía el régimen de Franco como un enojoso aparato demasiado conservador para su gusto; pero, al mismo tiempo, todos sabían perfectamente que en aquella España de posguerra no había otra opción.

El último de Filipinas

Instalado en esa incomodidad, Foxá va a ir quemando su vida en distintos destinos diplomáticos durante la segunda guerra mundial. Es en ellos donde se labra esa fama de personaje agudo, sarcástico, brillante y algo cínico que iba a acompañarle para siempre; ese talento para crearse legiones de enemigos por una frase brillante que su verbo afilado no podía reprimir. Representó al régimen de Franco en Roma y en Helsinki. Aquí conoció al escritor italiano, fascista primero y antifascista después, Curzio Malaparte. Malaparte retrató a Foxá con trazos poco agradables en su novela *La piel* (una gran novela, por otro lado). Foxá, cuando le preguntaron por Malaparte, contestó que prefería a Bonaparte. Y cuando terminó la segunda guerra mundial, nuestro autor continuó en sus tareas diplomáticas, ya fuera en Buenos Aires, o en Cuba, o en Filipi-

nas. Enfermo de los pulmones, el clima filipino estuvo a punto de matarle. Cuentan que cuando se le retiraba de Manila en camilla, a bordo del avión que le devolvería a España, susurró: «Soy el último de Filipinas».

Nuestro autor no tenía la menor inquietud política. No hizo el menor esfuerzo por labrarse una carrera en el régimen. Su mundo seguía siendo otro: el de las palabras y los conceptos, una visión esencialmente estética de la vida y del mundo. De su paso por América dejó unas crónicas sencillamente sublimes, recogidas en el volumen *Por la otra orilla*. Se trata de una compilación de artículos de tema americano y en ellos –en todos ellos– brilla intensamente su ingenio agudo y melancólico. Es una obra maestra del articulismo como género literario.

Murió en 1959, con sólo 56 años. «Soy gordo, soy conde, soy diplomático... ¿Cómo no voy a ser reaccionario?». Esa frase se le atribuye, entre otras, para definir su perfil. Pero quizás es más precisa la que él se dedicó a sí mismo: «Gordo. Con mucha niñez aún palpitante en el recuerdo. Poético pero glotón. Con el corazón en el pasado y la cabeza en el futuro. Bastante simpático, abúlico, viajero, desaliñado en el vestir, partidario del amor, taurófilo, madrileño con sangre catalana. Mi virtud: la imaginación. Mi defecto: la pereza».

Enfrentado a la muerte, Foxá escribió unos versos que sobrecogen. Su «Melancolía del desaparecer» se ha citado mil veces, pero vale la pena repetirla, porque pocas veces el alma poética ha tocado con más profundidad el temor a la incertidumbre y el dolor por la vida que se va. Dicen así:

Y pensar que después que yo me muera,
aún surgirán mañanas luminosas,
que bajo un cielo azul, la primavera,
indiferente a mi mansión postrera,
se encarnará en la seda de las rosas.

Y pensar que, desnuda, azul, lasciva,
sobre mis huesos danzará la vida,
y que habrá nuevos cielos de escarlata,
bañados por la luz del sol poniente
y noches llenas de esa luz de plata,
que inundaban mi vieja serenata,
cuando aún cantaba Dios, bajo mi frente.

Y pensar que no puedo en mi egoísmo
llevarme al sol ni al cielo en mi mortaja;
que he de marchar yo solo hacia el abismo,
y que la luna brillará lo mismo
y ya no la veré desde mi caja.

Es a este prodigio al que unos oscuros concejales comunistas de Sevilla quisieron prohibir. Porque no les gustaba lo que Foxá fue; no les gustaba el conde maldito. Quizá lo que no les gustaba era saber que frente a ellos, y desde luego muy por encima de ellos, seguirá flotando la sombra de alguien tan grande. ●

¿MARXISMO CULTURAL O POPPERISMO EN CLAVE SOROS?

ROBERT STEUCKERS

El Manifiesto. Traducción de Jesús Sebastián Lorente

Respecto a lo que los norteamericanos llaman «marxismo cultural», el polemista y publicista flamenco Edwin Truyens (*Kort Manifest*, nº. 244, julio-agosto de 2018) piensa que hoy esta expresión es inadecuada, incluso si el gramscismo de izquierda ha estado marcado indudablemente con sus puntos de vista en el transcurso de las pasadas décadas. Para Truyens, el desarrollo del «popperismo» en las sociedades occidentales es, claramente, más patente y más peligroso.

Por popperismo hay que entender una estrategia cultural derivada de los escritos de Karl Popper, especialmente de su libro más importante, *La sociedad abierta* (*The Open Society*). El libro-manifiesto de Georges Soros lleva, además, el mismo título: *Open Society*. El impacto de este libro de culto en el liberalismo anglosajón, en el sentido más amplio del término, englobando el izquierdismo y el capitalismo neoliberales, es impresionante: demócrata-cristianos como Herman van Rompuy o liberal-thatcherianos como Guy Verhofstadt han sido contaminados, advierte Truyens, por esta ideología que rechaza todas las formas de pertenencia, de vínculos sociales, étnicos o de otro tipo. Y, en consecuencia, tiene como objetivo destruirlas mediante la manipulación de diversas estrategias. Soros fue lector de Popper y uno de sus discípulos más virulentos. Su fundación lleva el título de la obra principal de Popper: *The Open*



Grupo de «memen» exhibiéndose contra el orden establecido

Society Foundation. La obra de disolución de los vínculos orgánicos en las sociedades y en los pueblos pasa por la financiación de un considerable número de proyectos como el de las Femen, los grupos defensores de los «derechos» LGTB, el Istanbul Pride, los programas de aprendizaje del Globish (inglés global) por todo el mundo, etc. Truyens señala que una simple visita a la web de la *Open Society Foundation* nos permite descubrir, por ejemplo (con fecha 15 de julio de 2018), un artículo sobre la necesidad de acoger al máximo de refugiados posible y otro artículo sobre el grave peligro en que consiste la islamofobia. Todo esto no es un «marxismo cultural», más o menos extraído de los confusos escritos de la Escuela de Frankfurt o, más particularmente, de las tesis de Herbert Marcuse, que teleguían todas las iniciativas que hoy arruinan a los pueblos y las sociedades europeas occidentales; es un liberalismo que aboga por la apertura de todas las sociedades, apertura que, tiene por obvio resultado hacerlas implosionar, llevarlas a un estado de delicuescencia total.

Truyens considera que la elección de Emmanuel Macron es, sin duda, un efecto de la estrategia popperiana de Georges Soros. Macron no tenía un partido detrás, sino un movimiento de muy reciente constitución, puesto en marcha rápidamente según las tácticas aprobadas por la fundación que Soros había aplicado en otras partes del mundo. Tanto si Soros ha financiado como si no el movimiento «En marcha» de Macron, la política de éste, como la de Merkel y otros supuestos «líderes» europeos sigue una lógica Popper-sorosiana de disolución de los pueblos, sociedades y Estados en mayor medida que la lógica sesentayochista derivada de la Escuela de Frankfurt, instrumento que ahora consideran inadecuado porque podría tener los efectos contrarios a los esperados.

Truyens constata que esta lógica Popper-sorosiana ha contaminado a ciertas asociaciones etnistas y populistas, que juzgan que ya no se necesita una acción coordinada con el fin de cohesionar la ideología y la política, pues forman parte de un «pasadismo» que conviene rechazar, según los códigos preconizados por los Popper-sorosianos. El poder corrosivo del popperismo es más eficaz que el del «marxismo cultural» de los sesentayochistas de antaño, con la excepción, sin duda, de Cohn-Bendit, nuevo amigo de Verhofstadt, alineado con el popperismo que combatían los antiguos izquierdistas y los teóricos de la Escuela de Frankfurt.

El problema debe ser examinado en profundidad mediante un retorno a la teoría: recordemos que un debate tuvo lugar en los años 70 del siglo pasado entre los partidarios de la Escuela de Frankfurt y los discípulos de las tesis de Karl Popper. Izquierdismo y liberalismo popperianos se combatían entonces para acabar fusionándose dos décadas más tarde, dándose actualmente una progresiva preeminencia del popperismo fundado en los éxitos de Soros, bendecidos, por supuesto, por los Estados Unidos.

Las izquierdas y las derechas populistas deben forjar imperativamente, de forma común, un arsenal ideológico para combatir esta ideología dominante y opresiva. Las iniciativas de Chantal Mouffe, que se posiciona a la izquierda, pero que se refiere a Carl Schmitt, podrían servir de base a esta reconquista, lanzada a ambos lados del espectro político, los cuales ya no se opondrían ni en la lucha en las instituciones ni en el combate en las calles. A quien se opondrían sería al marasmo liberal, según una estrategia de convergencia elaborada en su tiempo por Roger Garaudy. ●

DESDE MÉXICO, EN DEFENSA DE JOSÉ ANTONIO

JOSÉ MAURO GONZÁLEZ-LUNA MENDOZA

Abogado y diputado mejicano. Conferencia en el *Club de los Macabeos*, en la Ciudad de México en julio de 2017

Dos hechos orillan a hablar sobre España en estos días de verano: el derribo en Vizcaya de una Cruz de piedra levantada en la postguerra civil, y la pretensión de algunos de horadar tumbas en el Valle de los Caídos. El desprecio de tradición e historia es característico de países decrépitos dice Ortega y Gasset, de tiempos de cobardía, de naufragio de la virilidad.

José Vasconcelos dijo alguna vez que en última instancia las Patrias se refugian en la conciencia del último hombre honrado capaz de mantener en pie su protesta. También se podría decir, en la memoria de quien heroicamente defiende y asume los valores específicos, eternos, intangibles de su pueblo –dignidad humana, libertad e integridad–, sin los cuales se desintegra y muere una nación.

José Antonio Primo de Rivera es en España ese último hombre. Espíritu selecto, un caballero, personalidad de atalaya medida por el grado de sufrimiento ante una España invertebrada y triste. Él ya contaba con que la ingratitud, la injusticia, la incompreensión y el olvido «serían su galardón, y los aceptó abnegadamente».

En realidad, los fanáticos de derechas y de izquierdas, de hoy y de ayer, no comprendieron su programa porque era profundamente cristiano, porque no lo quisieron conocer o porque sus mentes eran y son de corto alcance. Lo calumniaron, lo difamaron ubicándolo en casilleros falsos para desprestigiar su memoria, suerte común de grandes espíritus.

Hilaire Belloc dio en el blanco en diciendo que al hombre de bien lo detesta el mundo: Madero, muerto, González Flores –mártir cristero– muerto, Juana de Arco, muerta, María Estuardo, muerta, Tomás Moro, muerto, José Antonio, muerto cara al sol.

Cuando fragua la vida en el preciso momento de la muerte se conoce la altura humana. José Antonio en cuyo nombre está todo el hombre, dio testimonio de serenidad y nobleza ante el piquete que le canceló la vida, con palabras de bien, nunca jactanciosas, pues el morir joven es triste aún para los héroes.

En los 27 puntos doctrinarios de FE (Falange Española), número imperial elegido por relieves del Arco Benevento con la visión política de Trajano, emperador español, trazó en un noviembre del '34, junto con otros grandes, el programa político para la reconstrucción de la riqueza y gloria de España. Consideraba repulsiva, por elemental sentido histórico y cultural, toda conspiración contra la unidad por lo que los separatismos eran un crimen imperdonable.

Concebía una Patria, un Estado nacional, fuerte, con «sentido de catolicidad», de *todos*, es decir, totalizador en la acepción joseantoniana de que en el mismo todos cabían sin excepción, en el que individuos, clases y grupos participarían a través

del desempeño de las funciones de la familia, el municipio y el sindicato, y donde se rendiría tributo, el más alto, a la dignidad humana y a la libertad, en contraste con el concepto del totalitarismo excluyente de los colectivismos neopaganos de izquierda y derecha que no les rendían tributo, sino que al contrario, las aniquilaban con su lucha de clases fundada en el odio y la supuesta pureza racial.

Su idea de representación era por tanto de índole orgánica y cohesionadora, frente a la artificial, mecánica y desintegradora del parlamentarismo liberal. En la suya, eran las familias, los campesinos, los obreros, los profesionistas, los sindicatos, quienes encarnaban tal representación, en tanto en la de signo liberal era asumida por los partidos tras los cuales latían mezquinos intereses de facción.

Frente a la lucha de clases del materialismo marxista y al egoísmo de la derecha capitalista, se levanta la convocatoria de FE a una «cooperación animosa y fraterna». Quería José Antonio devolverle a la Patria su grandeza, apelando a las virtudes heroicas y a la justicia social para que España toda compartiera el pan con el pueblo entonces hambriento.

Los marxistas encasillaron a FE en el fascismo, sin distingos ni matices de tiempo y circunstancia. Tal sistema era un ensayo de curso corriente en la Europa posterior a la Gran Guerra. En los días de José Antonio, ese «ismo» no tenía el carácter infamante que después adquirió. Pero además en su momento, José Antonio dejó en claro el asunto al asentar: «mienten quienes anuncian a los obreros una tiranía fascista». No podía serlo al enarbolar la Falange los valores eternos e intangibles de la dignidad, concordia y libertad humanas, del sentido nacional en contraste con el de la internacional, y de catolicidad frente al del ateísmo.

El comunismo soviético, el nazismo alemán así como el fascismo italiano, eran totalitarios en el específico sentido filosófico y de praxis política: el de la subordinación absoluta de cada persona humana al Estado entendido como substancia, como el todo, en franca derrota de la dignidad humana. Tres sistemas políticos colectivistas tributarios del materialismo con sus atroces consecuencias para la libertad. ¡Qué contraste con los 27 puntos de Falange, henchidos de espíritu y fraternidad, rindiendo como afirmara José Antonio, el máximo tributo a dicha dignidad!

Y sin embargo, en esa época de principios de los años treinta del siglo pasado, no se anticipaba el desenlace siniestro de las políticas instrumentadas posteriormente en Alemania, la URSS e Italia, a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Incluso el cardenismo en México emulaba en gran parte el corporativismo del sistema del partido de la Italia de ese tiempo, y Stalin hacía pactos con el gobierno nacionalsocialista que surgía democráticamente en la Alemania del 33, antes de aliarse con el Occidente libre para ruina después de ese mismo Occidente.

Fue la suya, la de José Antonio, obra original de filosofía política con sus propias definiciones de los conceptos de su discurso con aire de milicia, fruto de la síntesis de su genio: traducida su doctrina a hechos concretos en defensa de España, primero a través de la crítica y del grito de «presente» con que se saludaba a los caídos, y luego por necesidad, mediante los puños y las pistolas y con la verdad eterna de su catolicismo social. Había que arrancar del cuello español, la garra asesina del marxismo, con Stalin a la cabeza cual Medusa, y con el Lenin español Largo Caballero al lado, como peón de estribo del genocida.

El marxismo soviético tanto como el materialismo racial alemán, fueron dos siste-

mas genocidas, con sus campos de concentración y sus gulags, donde se asesinaron a millones de seres humanos, inocentes e indefensos. Dos inmensos lodazales de sangre que anticiparon el infierno. Dos formas de odio a la cultura judeo-cristiana y a sus valores.

La izquierda asesinaba impunemente, a carcajadas y muchas veces por la espalda, a los jóvenes falangistas para luego ya caídos, ultrajar sus cuerpos inertes orinándose en ellos, en obediencia ciega a los amos soviéticos que se esforzaban por doblegar a



José Antonio

España para tragársela e incorporarla a su tiranía. Por ello, llegó el momento de la defensa legítima contra tales crímenes, contra tales odios, contra tales insultos.

Por otro lado, repudiaba la Falange el sistema capitalista que se desentiende de las necesidades del pueblo, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas propicias a la miseria. Censuraba a los partidos por fragmentar, por ir contra el sentido de unidad. Concebía a España en lo económico como un gigantesco sindicato de productores.

Cabe señalar que tampoco era monárquico, pues consideraba que la grandeza de la Monarquía, la imperial, había concluido con Felipe II, y la otra ya no respondía a los nuevos tiempos que exigían por la penuria moral y material de España, el heroísmo de Falange Española, una «revolución de lo eterno» que es lo contrario de la otra revolución, la de los neopaganos, liberales o marxistas.

Su sentido espiritual y nacional, hizo que también repudiara el marxismo que descarriaba a las

clases laboriosas. Fue amigo de los obreros, de los pobres, de los campesinos. Indalecio Prieto del Partido Socialista, encomiaba en su tiempo la personalidad de José Antonio.

Unamuno quien conoció y escuchó la palabra de José Antonio, dijo de él: «uno de los cerebros más privilegiados de Europa», a raíz de su asesinato por los comunistas españoles en Alicante, el 20 de noviembre de 1936, en los albores de la guerra civil.

Diego Abad de Santillana, anarquista: «patriotas como él no son un peligro, ni siquiera en las filas enemigas».

Contemplaba, sentía y le dolía una España injusta, pobre, escuálida. «Amamos a España porque no nos gusta» había dicho Unamuno. Su plan agrario era más radical que el del Partido Comunista Español. Defendía la tendencia a la nacionalización de los servicios del crédito para proteger de los abusos del gran capital financiero a la propiedad privada como medio lícito para cumplir fines individuales, familiares y sociales –propiedades comunales frente a latifundios desperdiciados y minifundios antieconómicos–.

Brillaba él como estrella en medio de una desoladora mediocridad política: no quería ver a partir del primer tercio del siglo xx, una prolongación del xix, como de hecho sucedió a la postre por su ausencia, por su muerte en la flor de la vida, a los 33 años. Atisbaba una España nueva, alegre, y que sólo los genios configuran en una síntesis de tradición y cambio. Estuvo siempre en búsqueda de la fórmula política idónea y original, apropiándose de lo valioso de cada sistema y descartando lo falso de cada uno.

Todos los grandes forjadores de la historia lo han hecho: han buscado el ideal sin despreciar nada de lo que pudiera arrojar alguna luz. Anacleto González Flores, líder intelectual y mártir cristero asesinado en México por el callismo en 1926 al comienzo de la Guerra Cristera, apelaba a lo mejor de Aristóteles con su ética de la práctica de las virtudes como ejes de la vida humana plena, no obstante su ceguera ante la esclavitud y el papel de la mujer, a lo noble de Nietzsche, en otros aspectos, el anticristo.

José Antonio fue el mayor tribuno de Europa, sin cuya muerte el terror no habría sobrevenido en aquella época convulsa, como lo menciona Ortega y Gasset en su Tríptico. Y hablando de Ortega, José Antonio tuvo fuerte influencia de él y su *España Invertebrada*. También de Miguel de Unamuno y su *Sentimiento Trágico de la Vida*, tan español. Sentido heroico de unidad nacional y de destino universal, como rocas sobre las que se hace perdurar un pueblo.

Enemigo de la funesta ideología sensualista desprendida de la realidad, del ginebrino Juan Jacobo, padre que despreció a sus propios hijos y padre de la tiranía de las mayorías a las que debían manipular unos pocos pícaros, lo de hoy y antaño; teórico de la democracia liberal, cuya filosofía es dudar de todo, incluso de la conveniencia de su existencia política misma, como alguien sabio dijo alguna vez no sin sarcasmo y que equivale en la práctica, salvo excepciones insulares, a un nauseabundo escamoteo de números.

Hoy el clamoreo de los mediocres y de los beatos de toda índole, de los tenderos de izquierda y derecha, cae en el vacío porque los grandes espíritus, los vivos y los muertos, son capaces de soportarlo todo, a veces en silencio, como Cristo ante el gran Inquisidor.

Son esos mediocres cortos de vista y filisteos, los que siempre han pretendido destruir la difícil unidad lograda a lo largo de los siglos por los que aman a España, desde Don Pelayo y el Cid pasando por Isabel de Castilla y Fernando y la reconquista de Granada, hasta el César Carlos V y Felipe II. Esa unidad es la que defendía José Antonio hasta el martirio en Alicante. La unidad de historia y destino compartidos en la diversidad genera grandezas; la desunión, decadencias.

España y mi patria mexicana, hija como tantas, del mestizaje de españoles y de indígenas, hecho cultural objetivo cuyo desconocimiento por los adversarios de la Fe

Católica y su tradición cultural, ha impedido la conciencia plena de identidad nacional, son irrevocables. España no es de nadie en particular, menos podía serlo de los soviéticos de entonces, de los envidiosos de la personalidad de José Antonio, única por su genio, nobleza, generosidad y valentía.

Pertenece José Antonio a la legión de héroes que han resistido y combatido a los enemigos del bien y la verdad; pertenece a las víctimas de la historia encabezadas por el Nazareno de 33 años, y de las que hablara encomiablemente el último Horkheimer, el anhelante de justicia.

A España la amamos porque nos enseñó el castellano que entraña una filosofía de la vida y nos trajo la Fe católica, y porque a diferencia del puritano de Inglaterra que arrojó a la mujer indígena en reservaciones, despreciándola, el español la abrazó para fundar una nación –Paz se equivoca en su Laberinto anticipado en varios de sus temas por el filósofo Samuel Ramos– al desnaturalizar por influencia protestante, el sentido de tal encuentro, encuentro creador de un pueblo nuevo que recuerda el rapto de las Sabinas, fundador de Roma.

Hoy en plena época decrepita, de enanismo político, ningún partido español parece representar siquiera mínimamente los valores intangibles de la España anhelada para el porvenir por José Antonio. Muestra ella síntomas del vértigo de los derrumbes, de las desbandadas, de las ingratitudes al pretender horadar la tumba de José Antonio en el Valle de los Caídos para descargar los restos en cualquier fosa, como lo hicieron los fanáticos de la Francia del odio y del terror con la profanación de la tumba de San Luis, el cruzado, hijo de Blanca de Castilla, el patrono de Francia con Juana de Arco.

Y al igual que el resto de Europa, practica España el vicio de darle la espalda al espíritu que le dio vida, a la cultura cristiana que se dilató victoriosa a partir del siglo XI medieval, y que formó el Occidente civilizado y su forma de vida, siempre en tensión, en trance de superación o aniquilamiento.

Tumbar Cruces y gritar la Internacional, trabajo y aullido de tribu. Ojalá que pronto resurja en España el espíritu joseantoniano adaptado a estos tiempos, que por ser materialistas, auguran paradójicamente renacimientos morales, según Max Scheler en su *Sociología del Saber*. El porvenir español exigiría una moral abierta a la concordia, como la de Bergson.

¿Dónde está la España milenaria, la del Cid, Cervantes y Juan de Austria, ante el derribo de la Cruz, escondida y acobardada frente a unos cuantos fanáticos, enfermos de odio? ¿Dónde los católicos españoles?

En tanto, pues no hay mal que dure cien años, parece sólo haber por ahora el testimonio viril, la resistencia de las víctimas de una época oscura, mezquina, cobarde, animalizada, que encara el eclipse de Dios como señalara Martin Buber.

«Esperar contra toda esperanza», y aun suponiendo sin conceder, que nos deparara la nada, pensar trágicamente como Unamuno: que ello sería una injusticia. La historia y la política no son por fortuna el núcleo de lo humano, son como dice Rilke, la periferia de una esencia íntima, alegre, sencilla, serena, interior de cada persona, donde habita el espíritu en búsqueda obstinada de eternidad. Solamente una obra de arte puede expresar ese interior luminoso. José Antonio y su conducta fueron, son y serán en el porvenir, obras de arte. José Antonio, presente junto a los compañeros. ●

ATRAPADOS EN 1934

JESÚS LAÍNZ

Prólogo a la nueva edición de Enrique de Angulo, *Diez horas de Estat Català*, Ed. Encuentro, Madrid 2016

En la vida de todas las naciones hay años que no son como los demás, y por eso son recordados de manera especial. Los motivos de su singularidad son muy variados: alegres o tristes, victoriosos o desastrosos, pero en cualquier caso marcadores de un antes y un después. Por ejemplo, desde muy niños todos los ingleses llevan grabados en sus corazones el 1066 de la batalla de Hastings y el 1805 de la de Trafalgar. Probablemente no haya francés que no señale 1789 como el año más destacado de la historia de su patria y 1870 como el más doloroso, del mismo modo que los alemanes rememoran dicho año con alegría y 1918 y 1945 con aplastante dolor.

Prácticamente olvidados el 711 de Guadalete, el 1212 de Las Navas y el 1808 de la francesada, en España sobresale el extraordinario 1492, aunque aumentan a diario los que, por un motivo u otro, lo rechazan. Junto a él destacan, más recientes, el luctuoso 1898 y el bélico 1936. Todas ellas son encrucijadas de nuestra historia, momentos en los que España, para bien o para mal, cambió.

Ese trascendental 1936 ha dejado en segundo plano otra fecha muy próxima sin cuya influencia, sin embargo, probablemente no hubiese adquirido la trágica importancia de ser el año en el que estalló la Guerra Civil. Se trata, naturalmente, de aquel 1934 en el que se sentaron las bases para el gran enfrentamiento que comenzaría dos años después.

El primer acto de la tragedia, en este caso con ropajes de comedia, fue el extraño parto de una república proclamada en abril de 1931 tras una clara victoria monárquica en las elecciones municipales. Pero, a pesar de dicha victoria, el régimen monárquico, empezando por el propio Alfonso XIII, tomó la decisión de suicidarse. Así comenzó su extraña andadura una Segunda República que muchos concibieron como patrimonio privado de los partidos izquierdistas.

Tan peculiar concepción del nuevo régimen fue lo que provocó que, al vencer las derechas en las elecciones de 1933 con el doble de votos que las izquierdas, buena parte de éstas lo consideraran inaceptable. El presidente Alcalá Zamora cedió a la antidemocrática presión de quienes protestaban por la presencia en el gobierno de miembros de la CEDA, el partido más votado, y acabó encargando su formación al radical Lerroux, sustentado en el Parlamento por el victorioso partido de Gil Robles.

Al llegar el cambio gubernamental de octubre de 1934, con la introducción en el gobierno de tres ministros de la CEDA, la izquierda hizo estallar la revolución para evitar la llegada de los «fascistas» al gobierno. Fue en ese momento cuando los republicanos le pegaron a la República el primer tiro en la sien: las izquierdas situaron sus objetivos revolucionarios y totalitarios por encima de la Constitución que ellas mismas habían redactado. El egregio republicano Salvador de Madariaga lo recordaría desde el exilio con palabras contundentes:

El alzamiento de 1934 es imperdonable. La decisión presidencial de llamar al poder a la CEDA era inatacable, inevitable y hasta debida desde hacía ya tiempo. El argumento

de que Gil Robles intentaba destruir la Constitución para instaurar el fascismo era a la vez hipócrita y falso. Hipócrita porque todo el mundo sabía que los socialistas de Largo Caballero estaban arrastrando a los demás a una rebelión contra la Constitución de 1931, sin consideración alguna a lo que se proponía o no Gil Robles; y, por otra parte, a la vista está que el presidente Companys y la Generalitat entera violaron también la Constitución. ¿Con qué fe vamos a aceptar como heroicos defensores de la República de 1931 contra sus enemigos más o menos ilusorios de la derecha a aquellos mismos que para defenderla la destruían? [...] Con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936.

Idéntica opinión mantuvo Julián Marías al afirmar sobre octubre de 1934 que «la República murió entonces. Fue la negación de la democracia, el no aceptar el resultado de unas elecciones limpiísimas».

Con la insuperable autoridad conferida por su calidad de presidente de la República en el exilio, Claudio Sánchez-Albornoz dejó claro que «la revolución de octubre, lo he dicho y lo he escrito muchas veces, acabó con la República».

Pero el dato definitivo es el arrepentimiento de uno de los principales protagonistas de la fracasada revolución, Indalecio Prieto. Esto afirmó el dirigente socialista el 1 de mayo de 1942 en el Círculo Cultural Pablo Iglesias de México:

Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera, de mi participación en aquel movimiento revolucionario. Lo declaro como culpa, como pecado, no como gloria. Estoy exento de responsabilidad en la génesis de aquel movimiento, pero la tengo plena en su preparación y desarrollo. Por mandato de la minoría socialista, hube yo de anunciarlo sin rebozo desde mi escaño del Parlamento.

Pero faltaba todavía el segundo tiro en la sien. Pues con la muy irregular victoria de las izquierdas en las elecciones de febrero de 1936 se amnistió a todos los condenados por los sucesos de 1934 y se restableció el suspendido Estatuto catalán. Por si quedaba alguna duda, aquél que muchos siguen obcecados en reivindicar como un régimen legítimo y una democracia equiparable a las demás europeas confirmó que en él la ley y la justicia dependían del interés de los partidos triunfantes en cada momento. La revolución y el caos estaban servidos. Y la respuesta violenta, también. Como explicó a menudo Sánchez-Albornoz, los republicanos, «por no haber sabido mantener el orden, cayera quien cayera», prepararon el terreno para que Franco se sublevara. E incluso llegó a señalar, con nombres y apellidos, al principal culpable de la Guerra Civil: su compañero de bando Francisco Largo Caballero.

A pesar de la evidencia manifestada por las personalidades republicanas mencionadas, y por tantas otras, los izquierdistas de los tiempos de la Transición comenzaron a olvidarse del examen de conciencia al que se vieron forzados por la derrota y el exilio y comenzaron a reivindicar de nuevo la legitimidad del golpe del 34. Con veinte años de retraso, el que fuera ministro de la Presidencia y Educación José Manuel Otero Novas relató una significativa anécdota:

La noche del 30 de abril al 1 de mayo de 1976 le pedimos a Felipe González y otros dirigentes socialistas que suprimieran de un libro en ciernes una reivindicación orgullosa de su golpe de Estado de 1934. Les argumentamos que no era un buen comienzo de la democracia defender un ataque violento a las instituciones democráticas. Y se negaron. Salió la reivindicación. Y en 1984, el PSOE ya en el poder celebró en muchos puntos de España el cincuentenario del golpe, después de haber erigido estatuas a Prieto y a Largo Caballero, junto a la de Franco, al pie de los Nuevos Ministerios.

Pero no recae en la izquierda toda la responsabilidad por la reinterpretación interesada de aquellos trágicos momentos de nuestra historia, reinterpretación que tan largos y profundos efectos está teniendo en la vida política presente. Pues gobernaba el Partido Popular de José María Aznar con mayoría absoluta cuando en la muy simbólica fecha del 20 de noviembre de 2002, mientras el Prestige se hundía frente a las costas gallegas, el Congreso de los Diputados aprobaba por unanimidad una resolución condenatoria del golpe del 18 de julio de 1936 y el régimen salido de él:

El Congreso de los Diputados, en este vigésimo quinto aniversario de las primeras elecciones libres de nuestra actual democracia, reitera que nadie puede sentirse legitimado, como ocurrió en el pasado, para utilizar la violencia con la finalidad de imponer sus convicciones políticas y establecer regímenes totalitarios contrarios a la libertad y a la dignidad de todos los ciudadanos, lo que merece la condena y repulsa de nuestra sociedad democrática.

Pero del golpe de octubre de 1934, de sus miles de víctimas mortales y de sus perniciosas consecuencias para un orden constitucional que quedaría gravemente herido, no se acordó nadie.

De este modo, debido a la sólida ignorancia y la permanente parálisis del Partido Popular, se pavimentó el camino hacia la sectaria Ley de la Memoria Histórica de 26 de diciembre de 2007 –perpetuamente presente en los medios de comunicación nueve años después de su promulgación–, así como al muy simbólico derribo de la estatua de Franco que acompañaba en los Nuevos Ministerios madrileños a las de Prieto y Largo Caballero. El juicio histórico quedaba claro: el golpe de estado de Franco en 1936 fue ilegítimo y digno de oprobio, mientras que el de los socialistas –y los separatistas catalanes– en 1934 fue legítimo y merecedor de homenaje.

Aunque la revolución se extendió por toda España, los dos principales focos fueron la Asturias minera, con dos mil muertos entre civiles y militares, y la Cataluña gobernada por la Esquerra Republicana de Lluís Companys.

Para comprender aquel octubre de 1934 en Cataluña, pocos documentos más valiosos que el libro de Enrique de Angulo *Diez horas de Estat Català*. Pues, corresponsal de *El Debate* en Barcelona, fue testigo de los acontecimientos que se desarrollaron durante la noche del 6 al 7 de octubre provocando la muerte de cuarenta y seis personas, el encarcelamiento de tres mil, la condena de Companys y demás miembros de su gobierno a treinta años de prisión por el delito de rebelión militar y la suspensión de la autonomía catalana.

De nada sirve repetir aquí los acontecimientos relatados por Angulo, pero sí merece la pena reflexionar sobre los notables paralelismos entre lo sucedido aquellos días y la situación política actual. Para bien y para mal, la naturaleza humana es la misma en cualquier época y lugar, y los movimientos políticos, aunque evidentemente sujetos al inevitable paso del tiempo, suelen atesorar un núcleo ideológico inamovible que tarde o temprano acaba aflorando. Por eso conocer la historia puede ayudar mucho a comprender el presente.

Pues el autor comenzó recordando a sus lectores de 1934 que aquel estallido de violencia de los separatistas de izquierdas no habría sido posible sin «el continuo fomentar de la rebeldía de Cataluña» por parte de la derechista Lliga de Prat y Cambó durante los cuarenta años transcurridos desde los días de las Bases de Manresa. Y



Lluís Companys, el mito del estado catalán

junto a la acción de los separatistas, la otra clave de su éxito había sido, según Angulo, la complicidad de «la mayor parte de los políticos españoles de las tres últimas décadas, que se prestaron a ser juguete de los catalanistas a pesar de la diáfana claridad con que Prat de la Riba proclamó en *La nacionalitat catalana* sus ansias y sus propósitos separatistas en forma que al más necio no le podía caber duda de sus intenciones».

Efectivamente, una de las ideas más repetidas por Enrique de Angulo fue la responsabilidad de los gobiernos republicanos, tanto los de derechas como los de izquierdas, por abandonar a los catalanes que defendían España y por su «interminable serie de claudicaciones» ante los separatistas, empezando por unas competencias estatutarias que iban a ser utilizadas para dinamitar el Estado desde dentro.

Aunque se trate del ya lejano año de 1934, la lista de atropellos parece haber sido escrita hoy: la radio como instrumento de propaganda a servicio del poder, la policía como inmejorable herramienta para preparar la insurrección, la depuración de oficiales notoriamente antiseparatistas, la «delictiva benevolencia del fiscal» ante las continuas vulneraciones de la ley, la malversación de fondos ante cuya denuncia Companys se sintió gravemente ofendido, el incumplimiento de las sentencias del Tribunal de Garantías Constitucionales, la organización de manifestaciones y sesiones solemnes en el Parlamento en apoyo del desacato, la consideración de las votaciones autonómicas como superiores al orden constitucional, las ofensas a la bandera española y su retirada de los edificios públicos e incluso la utilización de los partidos de fútbol amistosos –el Brasil-Cataluña de junio de 1934– como altavoces para la causa separatista.

Si es desolador el balance de hechos que antecede, más triste es todavía considerar que todo ello no hubiera podido verificarse sin la anuencia y el apoyo de los Gobiernos de Madrid. Sus claudicaciones son las verdaderas causas inmediatas del movimiento de rebeldía.

Cuando, refiriéndose a Napoleón Bonaparte y a su sobrino Napoleón le Petit, Karl

Marx acuñó su celeberrima frase sobre la historia repitiéndose dos veces, la primera como tragedia y la segunda como farsa, no pudo prever que lo que podría suceder en la España de los siglos xx y xxi quizá fuese lo contrario. Pues, si se dejan al margen los muertos, la incompetencia de los gobernantes españoles y la ruptura de un orden constitucional que acabaría desembocando dos años después en una sangrienta guerra civil, lo de la Cataluña en 1934 fue una gloriosa astracanada: proclamas inflamadas, desfiles, francachelas, fanfarronadas, frenesíes patrióticos, lágrimas y abrazos que se transformaron en unas pocas horas en desmayos, en lamentos, en acusaciones de traición, en cuatro cañonazos de fogeo para asustar, en miles de aguerridos escamots escondidos bajo sus camas, en carreras por las alcantarillas... todo ello aderezado con las peripecias eróticas de dos de los principales protagonistas, el presidente Companys y Miquel Badía, Capità Collons para los amigos, que compartían los favores de una bella camarada casada con un pobre infeliz, favores que acabarían provocando la probable participación de Companys en el asesinato de Badía a su regreso del exilio tras el indulto de febrero de 1936.

En 1934 no le faltó nada a la farsa. ¿Llegará en 2016 el turno de la tragedia? Porque los problemas que acabaron desatando la rebelión separatista de 1934 volvemos a encontrarlos hoy repetidos y aumentados. Companys y compañía, ni en el más loco de sus sueños, jamás habrían podido imaginar el predominio ideológico conseguido por sus sucesores tras cuatro décadas de utilización totalitaria de los instrumentos de autogobierno puestos en sus manos por el orden constitucional español. Por otro lado, la desaparición del Estado a causa de la delictiva vulneración del ordenamiento jurídico por parte de un gobierno tras otro no parece que tenga fácil remedio. Finalmente, unas izquierdas crecientemente inclinadas a no oponerse e incluso a apoyar los postulados separatistas complementan la grave amenaza que se cierne sobre el régimen de 1978 en ésta su fase terminal.

Dada la intensa aceleración de los acontecimientos políticos, no tardaremos en conocer el final de la historia. ●

DE MARX A MALTHUS

SERTORIO

El Manifiesto

En el último mitin de VOX en Murcia, tan bien manipulado por las televisiones del régimen, se congregaron las habituales hordas de izquierda extrema, entre cuyas rehalas de tarascas no faltaban las feministas. De entre los exabruptos y salvajadas que rebuznaron estos endriagos de carnaval de Solana, se hizo tristemente famosa la que exigía la vuelta al zulo de Ortega Lara, lo cual, por lo visto, no supone un delito de odio, ni de menosprecio a las víctimas del terrorismo, ni siquiera mueve a ese *fiscal del odio* –que tan activo es a la hora de decomisar libros que nadie lee– a actuar de oficio cuando alguien ofende de esta manera a una víctima de *verdad*, de las que sí han sufrido en sus propias carnes las atrocidades de la banda de Otegui y del *Carnicero de Mondragón*; esa hez cuyos presidiarios tenían de contactos en Madrid a los jefes de Podemos, como Pablo Iglesias, por ejemplo (léase *El Mundo* del 30 de junio de 2014). Por si no estaba bastante claro, ya sabemos ahora que hay víctimas y víctimas, según la ideología que cada una tenga. Pero lo que más me llamó la atención fue otro de los gritos que aullaban aquellas jáncanas: ¡Os ahogaremos con la sangre de nuestros abortos! Consigna gore que parece sacada de *Holocausto caníbal*, *Saw* o *Braindead*, pero no de una convocatoria de fuerzas feministas... ¿O soy yo el que está muy equivocado?

En principio, parece una invocación más propia de un aquelarre que de una protesta *pacífica*, pero hace ya bastante tiempo que no se puede distinguir muy bien una manifestación de la izquierda extrema de una pintura negra de Goya; si observamos a algunas y a algunos de los circunstantes, es justo admitir que entre ellos y ellas se reconocen asombrosos parecidos con los personajes de los *Caprichos*, los *Disparates* y los últimos álbumes del maestro de Fuendetodos. No sin motivo, el feminismo se reclama heredero de las brujas; no seremos nosotros quienes lo nieguen. Aun así, su afán de ahogar al enemigo ideológico con la sangre del propio aborto se revela un tanto estúpida y suicida. Las descerebradas *tricoteuses*¹ que proponen tal método no parecen darse cuenta de que se hacen más daño a sí mismas que al enemigo al que pretenden aniquilar; pues niegan a sus ideas y a su *Weltanschauung* cualquier futuro al impedir su propia reproducción. Es como gritar: ¡Te mataré suicidándome! En el pasado, cuando la izquierda pensaba con patrones racionales no deconstruidos por la *French Theory*, la consigna que La Pasionaria y su milicianada vociferaban era: ¡Hijos sí, maridos no! Algo con lo que incluso muchos hombres podríamos estar de acuerdo. Fue un lema que surgía preñado de futuro, nunca mejor dicho. En cambio, el rebuzno de las viragos de Murcia es una antinatural manifestación de esterilidad, un ¡Viva la muerte! mucho más siniestro que el de los legionarios, porque no hace referencia a la extinción libremente aceptada de un guerrero en combate, sino al exterminio masivo de nonatos inocentes por sus propias madres. A esto se ha reducido la izquierda: a un yermo de la razón.

O tempora! O mores! ¿Hasta esto teníamos que llegar en Occidente? ¿Tan intensa

¹ Mujeres que, durante el Terror de la Revolución francesa, iban a presenciar, encantadas, las ejecuciones. (N. d. R.)

es la pulsión de muerte entre nosotros? ¿Cómo hemos podido acabar así? ¿Cómo es posible que el establishment considere aceptable y progresista este roznido y persiga a un autobús que afirma que los niños tienen pene y las niñas, vulva? ¿Estamos todos locos? ¿Cómo se han podido poner patas arriba en sólo dos décadas valores milenarios, que vienen de Grecia y Roma y son la base de la vida civilizada desde hace dos milenios? ¿Por qué ese empeño colectivo en el suicidio de nuestra civilización?

Que la izquierda, desde su origen en 1789, ha sido una enemiga del acervo europeo no es ningún secreto. Desde el asalto de la Bastilla hasta el día de hoy, se ha dedicado sin cesar a destruir los elementos esenciales de nuestra cultura para sustituirlos por sucedáneos de escasa entidad que sólo soportan el paso de los años gracias a la acción coercitiva de las élites que monopolizan el poder. Es una fuerza que surge del resentimiento y de la negación; como Mefistófeles, destruye pero no crea. Tampoco pretende emancipar a nadie, aunque durante un siglo se haya aferrado al fanteoche del proletariado y de la lucha de clases. Por eso, ahora no le cuesta nada tirar al basurero de la Historia al trabajador (que, en el fondo, es patriota y tradicionalista, como demostró en 1914 para desilusión del progresismo apátrida) y sustituir la lucha de clases por la de sexos y la emancipación obrera por la de las mujeres, los gays, los emigrantes y cualquier otro colectivo al que ella considere oprimido. Para comprender el espíritu de la izquierda no hay que leer a Marx, sino a Rousseau o a Bakunin: allí se concentra esa instintiva aversión igualitaria ante lo civilizado y tradicional, todo el resentimiento del filisteo frente a las complejidades de la alta cultura, todo el odio del espíritu vulgar ante los misterios de la vida del espíritu y ante las jerarquías naturales del talento, el valor o la belleza: una rebeldía de niño adolescente, de beatnik prematuro, de principito consentido –que es lo que Bakunin era, léase su vil y rastrero memorándum a Nicolás I: *Eslavismo y anarquía*–.

¿Pero tiene la izquierda tanta fuerza como para aniquilar en veinte años un legado milenario, confirmado por el sentido común y la experiencia? Recordemos que en Rusia, víctima del peor experimento progresista de la historia, el propio Stalin tuvo que restaurar jerarquías y valores tradicionales y hasta dar un sentido nacional a un régimen que en breves años se había convertido en algo detestado por las masas, a las que presumía de redimir y a las que oprimió y empobreció como ningún zar jamás se hubiese atrevido a hacer. No, la nueva izquierda reniega del experimento soviético porque en él se daban elementos de tradición y valores jerárquicos que se avienen mal con la perpetua negación de lo heredado y el odio a todo lo que es superior. Fueron Le Bon y Evola quienes describieron que en la izquierda extrema hay una involución hacia la animalidad, hacia lo subconsciente y lo infrahumano. No es un sistema de ideas, es una enfermedad. Una patología cultural.

El que barbaridades como las que las hordas de Murcia coreaban sean ahora *mainstream* y consigna de los bien pensantes no se debe a la acción de las fuerzas de izquierda: se debe a que el Sistema Mundial ha tomado un rumbo y los radicales han encontrado en esa nueva dirección a un aliado objetivo. Desde los años noventa, en especial tras la conferencia de la ONU en El Cairo (1994), los progresistas se han convertido al credo del dios Mammón y de su profeta Malthus, aquel clérigo al que Marx, con su sarcasmo habitual, denostaba en las páginas del tomo primero de *El Capital*, ese libro que ya no frecuenta ningún rojo y que, sin embargo, tiene todavía interés.

¿Qué es lo que defienden los grandes poderes? La reducción del número de

habitantes del planeta. Al igual que Robert Malthus, piensan que existen demasiados pobres en este mundo y que es una piadosa solución evitar que se reproduzcan. Hasta aquí podríamos estar todos más o menos de acuerdo. Es cierto que la relación entre recursos y población está en riesgo, dado el auge demográfico del último siglo. Para eso se idearon hace ya mucho políticas de promoción de los anticonceptivos y de planificación familiar. En todo esto la ONU habla con sentido común. El problema surge cuando, para conseguir estos fines, se apuesta por una política draconiana de extinción cultural, cuyo último fin no es reducir la galopante marabunta demográfica, sino convertir a la totalidad del género humano en una masa indiferenciada, sin cultura, tradiciones ni familia. Porque el ataque de la ONU no se dirige ya contra una amenaza poblacional, sino contra las bases culturales de todas las naciones de la Tierra, desde España hasta Corea, desde Paraguay hasta Tanzania. Es un vasto programa de ingeniería social sin límites morales, que, entre otros fines, supone la relativización de lo humano e, incluso, su equiparación con el animal, que es la única forma de implementar sin demasiada oposición los grandes dispositivos globales de aborto y eutanasia. No es casualidad el auge del animalismo ni el que mucha gente considere que la vida de un gorila vale más que la de un niño.

Es un proyecto oficial de la ONU: se pretende acabar o, por lo menos, reducir al máximo la familia natural y promover otros tipos de sexualidad y «*familia*» que impidan la reproducción de nuestra especie. La ideología de género, la prédica de la homosexualidad, las leyes discriminatorias contra los hombres y la delirante propaganda feminista, que trata de convencer a las mujeres de que si se atreven a vivir con un hombre acabarán asesinadas, obedecen a las mil maravillas a ese fin malthusiano: disuadir a la gente de formar una familia, lo que se logra tanto por la brutal pérdida de derechos civiles que supone para el varón contraer matrimonio como por la falta de prestigio social que estigmatiza a la mujer que no quiere ser ni moderna ni *empoderada*. Por supuesto, la denigración de la maternidad, a la que se considera una especie de hándicap social y casi una plaga, forma parte de este nuevo paradigma al que se han apuntado todas las burguesas occidentales. Las europeas *bon chic-bon genre* ya no paren niños, prefieren adoptar gatos. Así tienen más dinero para viajar a Nepal.

Con este panorama, el aborto no es un lamentable recurso ni un remedio quirúrgico, ni siquiera un inapropiado anticonceptivo: se transforma en un *derecho*. Y no sólo eso, sino que es, además, algo de lo que estar orgulloso, bendecido por las instituciones y fomentado por las leyes. Igual pasa con el divorcio, un trámite tan sencillo como pasar la revisión del coche. Hasta hace menos de treinta años, se consideraba que la nación era una familia de familias y que el Estado se justificaba en la defensa de la integridad y seguridad de ese patrimonio común. En aquellos tiempos no tan lejanos, la maternidad se premiaba y se trataba de que creciera el número de las familias. No porque estas estructuras básicas fueran un sostén de la opresión, sino justo por todo lo contrario, porque eran autónomas y autosuficientes (más que el individuo aislado), proporcionaban un elemento de reproducción del cuerpo social, aseguraban la permanencia de la comunidad y garantizaban al Estado el potencial humano necesario para prosperar y defenderse.

El Estado-nación es hoy, para los poderes mundiales, un estorbo considerable en su proyecto de *gobernanza global*. Su existencia supone la de una soberanía popular que tiene sus designios propios y puede negarse a seguir las políticas promulgadas por

los caciques de la plutocracia planetaria. La excusa de la superpoblación es sólo una coartada para extinguir a las naciones mediante un método pacífico y casi indoloro: la esterilización de los pueblos y la degradación de sus costumbres. Y a ello se están presutando los gobiernos de la parte más próspera del globo, precisamente aquella donde la tradición ha sido erosionada por la élite académica y la izquierda radical burguesa. En los Estados donde se respetan las tradiciones, se ama a la patria y se valora la pervivencia del cuerpo social, estas políticas son rechazadas unánimemente, ya sea tanto en Polonia, como en Rusia o en el conjunto de las naciones islámicas. Sólo donde la casta gobernante está en manos de poderes e instituciones transnacionales (la Unión «Europea» o Argentina y Canadá, por ejemplo), la ideología de la nueva izquierda no sólo detenta la hegemonía cultural, sino que ejerce una coerción totalitaria sobre los disidentes con duras penas legales. Y da igual que gobiernen izquierdas o «derechas».

Esto último significa que lo que los europeos creemos que es una tendencia universal no se respeta ni se tolera en buena parte del planeta: la que tiene futuro. Si a esto añadimos que entre los planes de la oligarquía mundial está el no desarrollar lo que llamamos Tercer Mundo para mantener a salvo los ecosistemas de las zonas poco industrializadas, precisamente aquellas que sufren la explosión demográfica, ya entendemos qué sentido tienen los incesantes flujos migratorios que padecemos. Fabricar un europeo nativo es algo muy caro: hay que educarlo, alimentarlo y cuidarlo con todos los mimos y privilegios imaginables. ¿No es más barato importar a millones de hombres hechos y derechos a los que no ha habido que parir ni que criar? Ya se reproducirán ellos y nos proveerán de una mano de obra baratísima, que pueda competir con los salarios de miseria de Extremo Oriente. Es un negocio perfecto, ¿verdad?

Por otro lado, cuantos más inmigrantes, más Estado asistencial, más gente insatisfecha e inadaptada y más votantes de izquierdas. Además, carecen de arraigo, de amor al país y de vínculos con la población nativa. Se unirán jubilosos a cualquier intento de subversión de los valores nacionales. Todo son ventajas para los enemigos de la identidad. No es de extrañar que se fomente en los medios la demagogia de esta tropilla, la que desea ahogarnos con la sangre de sus abortos. En el pecado llevarán la penitencia. No olvidemos esto: van contra la naturaleza misma de toda sociedad humana, igual que los bolcheviques en 1917, y están produciendo una reacción semejante a la que conoció la Europa de 1920, que no estaba dispuesta a que la exterminaran. ¿Aceptaremos ahora pasivamente una dulce extinción, una eutanasia cultural? De nosotros depende. Esta chusma no puede ser nuestra enterradora. ●

EL ORO DE MOSCÚ Y MÉXICO QUE LOS SOCIALISTAS NO QUIEREN RECORDAR

ÁNGEL A. VICO

Tomado de *El Español*

Parece haber llegado la hora de que las momias se levanten de sus tumbas. Lo exige la izquierda y aun así, Franco no puede ser el único en resucitar del valle de los muertos. El socialismo de Zapatero que se encargó de imponer la Ley de la Memoria Histórica a los 68 años de acaba de la Guerra Civil española no tuvo en cuenta que recuperar implica también recordar algunas de las más significativas hazañas que el socialismo cometió durante y después de la Guerra Civil española. Hechos que por su inconveniencia política han permanecido ocultos durante los últimos cuarenta años de democracia.

El 13 de Septiembre de 1936 Madrid se despertaba con las noticias del intenso bombardeo republicano al Alcázar de Toledo en donde resistía el general Moscardó. Oviedo estaba siendo bombardeada y la artillería cañoneaba Teruel. España llevaba escasos dos meses de «levantamiento militar» mientras el gobierno de la República infravaloraba públicamente el avance de los «nacionales» exigiendo a los ciudadanos resistir hasta la muerte el empuje de los facciosos. Presidía el gobierno, el socialista Largo Caballero quien nombró como ministro de Hacienda al socialista Juan Negrín y como ministro de Marina y Aire al socialista Indalecio Prieto, aquel cuyos guardaespaldas asesinaron el 13 de Julio de 1936 al diputado de la derecha Calvo Sotelo precipitando la Guerra Civil.

Azaña que presidía la República firmó aquella mañana un decreto reservado del que nunca tuvo conocimiento las Cortes por el cual se autorizaba al ministro de Hacienda Juan Negrín a extraer de las bóvedas del Banco de España todo el oro, la plata y los billetes allí acumulados y transportarlo al «lugar que estime de más seguridad». ¿Cuál fue el verdadero motivo de aquel saqueo? ¿Salvaguardar las reservas de oro, pago a la generosa y desinteresada contribución rusa en la incipiente guerra española cuando aún no había entregado cargamento alguno de armas? ¿O quizás previsión ante la más que probable sospecha de que la República perdería la guerra y había que garantizarse el futuro? Aquel Decreto reservado que jamás conocieron las Cortes garantizaba el expolio.

En la madrugada del 14 de septiembre un grupo de carabineros socialistas y anarquistas acompañados de 50 metalúrgicos y cerrajeros accedió al Banco por la puerta de la calle de Alcalá. Durante días se cargaron en secreto siete mil ochocientas cajas de oro de 75 kg de peso cada una conteniendo monedas de alto valor numismático y lingotes que fueron trasladadas por tren a Cartagena y custodiadas por la Brigada Motorizada del PSOE.

Del recuento inicial de 7.900 cajas de oro, el 25 de Octubre se embarcan en los

buques Kine, Neve y Volgoles con destino al puerto ruso de Odessa 7.800 cajas que certifica Méndez Aspe, director General del Tesoro. Un error, o deliberadamente desaparecen 100 cajas con 7.000 kg aproximados de oro de 24 Quilates. Nunca se sabrá porque el cargamento no se inventarió. Había prisa por sacarlo de España. Por aquel entonces las reservas de oro españolas eran las cuartas más grandes del mundo.

De aquel tesoro regalado a Stalin nunca hubo ni tan siquiera un recibo que justificase la entrega y Negrín durante su dorado exilio se negó a rendir cuentas.

Acompañaron al cargamento de 585.000 kilos cuatro funcionarios (claveros del Banco de España). Arturo Candela, Abelardo Padín, José González y José María Velasco que fueron retenidos por Stalin hasta octubre de 1938 y sólo entonces se les permitió salir para lugares dispersos del extranjero: Estocolmo, Buenos Aires, Washington y México. El embajador español en Moscú, Marcelino Pascua, fue trasladado a París y los funcionarios rusos que participaron en el saqueo del oro de España tuvieron aún peor suerte; la mayoría fueron fusilados. Es evidente que había interés por ambas partes a la hora de silenciar un expolio injustificable; considerado aún hoy como el mayor atraco perpetrado al Estado.

Más allá de aquellas 7.800 cajas de oro enviadas a Rusia, los saqueos e incautaciones de oro, plata, divisas de particulares, Montepíos e instituciones religiosas se institucionalizaron a partir del decreto firmado el 6 de Octubre de 1936 por el presidente Azaña. En él se decretaba que el oro de particulares y corporaciones debía ser entregado al Estado.

A partir de entonces comenzaría el mayor de los expolios culturales que ha sufrido España en guerra alguna. Palacios, Instituciones, Catedrales como la de Toledo vieron desaparecer para siempre algunos de sus tesoros más preciados. Custodias, mantos como el de las ochenta mil perlas de la Virgen del Sagrario de la catedral de Toledo, piezas de gran valor del Museo Arqueológico, cuadros de gran valor de colecciones particulares, fueron incautados con el fin de proteger los bienes culturales ante el avance de los «nacionales» quedando al amparo de la Caja General de Reparaciones.

La realidad terminó siendo bien distinta. Los republicanos convencidos de la derrota que intuyeron a los dos meses de iniciar la guerra amasaron una descomunal fortuna fuera de España con la que garantizarían el futuro. Y todo mientras la población sufría una cruenta e innecesaria Guerra Civil prolongada artificialmente por el bando republicano que provocó el mayor éxodo de nuestra historia.

En febrero de 1939 –faltaban dos meses para el fin de la guerra– el que había sido el yate *Giralda* del rey Alfonso XIII, adquirido secretamente por Negrín en Reino Unido partía del puerto de El Havre (Francia) con destino al puerto de Veracruz (México). Rebautizado como *Vita* fue cargado con un inmenso tesoro en oro, piedras preciosas, piezas religiosas; entre ellas uno de los clavos de Cristo, y cuadros de grandes pintores españoles e italianos que a su llegada a México fue hábilmente incautado por Indalecio Prieto –por entonces ya enemistado con el presidente Negrín–. Un tesoro robado a particulares e instituciones que jamás fue devuelto a España.

Prieto, en una audaz maniobra política, digna de un Golpe de Estado, se erige en el único representante oficial del gobierno republicano en el exilio y gracias a su amistad con el presidente mexicano Lázaro Cárdenas, logra hacerse con el cargamento del *Vita*. En la vivienda anexa que Prieto tiene en la Ciudad de México en la calle de Nuevo León, en el número 64 de la Avenida Michoacán, hoy un restaurante de moda en la Colonia

Condesa, ocultaron el preciado cargamento e instalaron un taller en donde desmontaron las piezas con el ánimo de fundirlas. Un primer lote da cuenta de 1.488 kilos de oro de 24K vendido al Banco de México. Parte de la plata se vendió a los EE.UU. y los objetos artísticos, joyas y cuadros a particulares. La leyenda dice que parte de los cuadros robados formaron la colección de algún que otro expresidente mexicano. Prieto jamás dio cuenta alguna sobre el destino final de aquel expolio hasta que en 1941 comenzaron a aparecer piezas de aquel tesoro en el fondo de la laguna del volcán del Nevado de Toluca (Estado de México). Se trataba de relicarios, cajas de seguridad en la que aún hoy puede leerse, Montepío de Madrid, restos de cajas de relojes pertenecientes al tesoro del *Vita* cuyo valor no pareció interesar en su momento a quienes decidieron hundirlo en las frías aguas de la laguna.

Hoy, algunas de estas piezas, testigos del expolio socialista republicano, pueden verse en el Museo Subacuático de Playa del Carmen (México). Son el recuerdo del asalto en nombre de la República que protagonizaron unos valientes a quienes la Ley de la Memoria Histórica no quiere recordar.

Tesoro cargado en el *Vita*. Bultos:

- 1 a 10 Objetos entregados por la Caja de Reparaciones.
- 11 Depósitos Banco de España de gran valor.
- 12 Monte de Piedad de Madrid. Gran valor.
- 13 Monte de Piedad y Depósito Banco de España.
- 14 Monte de Piedad y Depósito Banco de España, de gran valor.
- 15 Depósitos Banco de España.
- 16 Depósitos y una custodia de gran valor.
- 17 Depósitos Banco de España.
- 18 Depósitos Banco de España y una custodia Caja de Reparaciones.
- 19 Depósitos Banco de España y especial de Caja de Reparaciones.
- 20 Depósitos Banco de España y una custodia de Caja de Reparaciones.
- 21 Depósitos Banco de España y dos custodias Caja de Reparaciones.
- 22 Depósitos Banco de España y una custodia Caja de Reparaciones.
- 23 Depósitos Banco de España.
- 24 Depósitos Banco de España y una custodia de la Caja de Reparaciones.
- 25 Objetos religiosos Caja de Reparaciones de excepcional interés.
- 26 Depósitos Alicante.
- 27 Depósitos Banco de España.
- 28 Depósitos Banco de España y objetos religiosos Caja de Reparaciones.
- 29 Depósitos Banco de España y dos custodias Caja de Reparaciones.
- 30 Depósitos Banco de España y Castellón.
- 31 Depósitos Banco de España.
- 32 Depósitos Banco de España y entregas al Ministerio de Hacienda, de gran valor.
- 33 Depósitos Banco de España y entregas al Ministerio de Hacienda.
- 34 Depósitos Banco de España.
- 35 Depósitos Banco de España y entregas Ministerio de Hacienda.
- 36 Depósito.
- 37 Objetos varios.
- 38 Cajón entrega Generalitat de Cataluña oro amonedado.

Indalecio Prieto y el destino del oro del Banco de España

Nota de presentación de Luis Alonso la edición digital de la Fundación Andreu Nin, enero 2007:

Ahora que se habla y escribe bastante sobre la guerra civil y al fin se publican muchas cosas sobre la intervención rusa y estalinista en nuestro país nos parece interesante reproducir un documento importante de Indalecio Prieto, ministro de Marina y del Aire en el gobierno de Negrín, que fue publicado hace años en México por el PSOE. Como se verá, Prieto resume en pocas páginas cómo operaron los dirigentes del Partido Comunista francés y qué pasó con el oro del Banco de España. El relato revela una verdad que los dirigentes estalinistas han tratado de ocultar durante muchos años.

Afirmo –he dicho refiriéndome a apoyos que recibimos en el curso de la guerra– que pueden anular o amortiguar nuestra gratitud los aspectos lucrativos del auxilio de la URSS y de los partidos comunistas que la secundaban». Véanse estos ocho puntos que dejé sentados en 1939 y que nadie ha desmentido:

1. El Partido Comunista francés había administrado, para compras de material de guerra, dos mil quinientos millones de francos entregados por Negrín, sin que la administración de tan enorme suma la hubiese controlado, poco ni mucho, ningún funcionario del Estado español.

2. El Partido Comunista francés había retirado para sí, quizá como beneficios de intermediario, cantidades considerables del dinero entregado por Negrín.

3. La propaganda, pública primero y clandestina después, del Partido Comunista francés se costeaba con dinero así extraído del Estado español, pues los auxilios de la III Internacional eran nulos y el producto de las cotizaciones distaba muchísimo del gasto enorme de esa propaganda.

4. Ávido de dinero, el Partido Comunista francés, rectificando constantemente sus liquidaciones por nadie examinadas, reclamaba con frecuencia mayores sumas a los señores Negrín y Méndez Aspe (este último, ministro de Hacienda).

5. El espléndido diario comunistoide *Ce Soir*, remedo del triunfante *París Soir*, se sostenía con fondos de los suministrados por Negrín

6. La flota, compuesta de doce buques, perteneciente a la France Navigation, era propiedad de España, pues con dinero español se compraron todos los barcos, no obstante lo cual los comunistas franceses, administradores de dicha Compañía, se negaron a devolverlos, considerándolos suyos.

7. Uno de los barcos de la France Navigation, el «Winnipeg», se fletó por el S.E.R.E. (entidad de auxilio a los expatriados establecida por Negrín) para transportar exiliados a Chile, aumentando de esa manera sus ingresos los comunistas franceses, mediante el novísimo sistema de arrendar a alto precio a los españoles un buque que pertenecía a los españoles.

8. Parte del tesoro español sacado de nuestro territorio al evacuarse Cataluña estaba custodiado por comunistas franceses. En cuanto al lucro de Rusia, el relato que ahora reitero aquí es ciertamente asombroso.

El 25 de Octubre de 1936 se embarcaron en Cartagena con destino a Rusia siete mil ochocientas cajas llenas de oro, amonedado y en barras, oro que constituía la mayor parte de las reservas del Banco de España.

Previamente, el señor Negrín, como ministro de Hacienda (todavía no era presidente del Consejo), obtuvo el acuerdo del Gobierno y la firma del Presidente de

la República para un decreto autorizándole las medidas de seguridad que estimara indispensables en cuanto al oro del Banco de España. Como miembro de aquel Gobierno, acepto la responsabilidad que me corresponde por el acuerdo, aunque ni los demás ministros ni yo conocimos el propósito perseguido. Ignoro si llegó a conocerlo el entonces Presidente del Consejo, Francisco Largo Caballero.

El embarque se verificó con gran misterio. Si yo me enteré fue por pura casualidad, a causa de haber llegado a Cartagena para asuntos del servicio –era yo ministro de Marina y Aire– cuando el embarque se efectuaba bajo la dirección personal de los señores Negrín y Méndez Aspe.

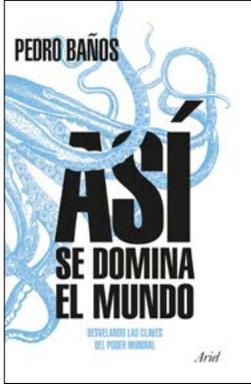
Cuatro empleados del Banco embarcaron en el buque que conducía el precioso cargamento. No se les dijo a dónde iban. Creyeron que desembarcarían en Port Vendres, Sete o Marsella y aparecieron... en Odesa. El 6 de noviembre llegaron con nuestro oro a Moscú. Y allí, ocurrió algo que también merece ser narrado. Los funcionarios del Grosbank miraban y remiraban minutos enteros cada pieza y la pesaban y repesaban. Los empleados del Banco de España, acostumbrados a gran celeridad en operaciones semejantes, no se explicaban tamaña lentitud, por la cual se invirtieron varios meses en el recuento. Pero esta lentitud obedecía al deseo de justificar la permanencia en Rusia de quienes habían ido custodiando la mercancía. A toda costa se quería impedir su regreso a España para que no se divulgara el enorme envío de oro. Las familias de los viajeros se inquietaban por desconocer el paradero de éstos, y para calmar su intranquilidad se las embarcó también, sin decirles a dónde iban, y se las llevó a Rusia.

La entrega del oro, tan meticulosamente pesado y medido, había de concluir algún día, y concluyó. Los bancarios creyeron entonces que, terminada ya su misión, tornarían a España. Mas sus reclamaciones en ese sentido ante nuestro Embajador, don Marcelino Pascua, eran inútiles. No se les consentía salir; estaban confinados con sus familias en Rusia. Al cabo de dos años, cuando la guerra se extinguía, el Encargado de Negocios, don Manuel Martínez Pedroso, logró romper aquel confinamiento. Pero a los cuatro bancarios no se les repatrió. En España podían hablar más de la cuenta. Y con objeto de evitarlo se les desparramó por el mundo: uno fue a dar con sus huesos a Buenos Aires, otro a Estocolmo, otro a Washington y otro a México. Al mismo tiempo desaparecían de la escena los altos funcionarios soviéticos que intervinieron en el asunto: el ministro de Hacienda, Grinko; el director del Grosbank, Marguliz; el subdirector, Cagan; el representante del ministerio de Hacienda en dicho establecimiento de crédito, Ivanoski; el nuevo director del Grosbank, Martinson... Todos cesaron en sus puestos, varios pasaron a prisión y Grinko fue fusilado.

Entre tanto, una revista gráfica, *La URSS en Construcción*, dedicaba un número especial al aumento de las existencias de oro en Rusia, atribuyéndolo al desarrollo de la explotación de los yacimientos auríferos de Rusia. Era el oro de España. Rusia no ha devuelto ni una sola onza.

México, D. F., Marzo de 1953 ●

RESEÑA DE LIBROS



ASÍ SE DOMINA EL MUNDO

Pedro Baños

Editorial Ariel, 2018. 472 págs.

El fin de la II Guerra Mundial generó un arquetipo en la geopolítica internacional de los estados que ha ido variando con el tiempo al abrigo de los profundos cambios en los equilibrios políticos mundiales.

Este libro del Coronel Pedro Baños nos ofrece la posibilidad de entender los conflictos armados y los no armados actuales desde una perspectiva más ecuánime, facilitando al lector las herramientas necesaria para disgregar y profundizar en las noticias de los mass-media buscando la objetividad de los sucesos acontecidos internacionalmente.

Los textos de sus páginas nos permiten entender el gran enfrentamiento geoeconómico entre EE. UU. y China, el origen de las sanciones económicas, las presiones diplomáticas, el auguro de los futuros conflictos bélicos ante la necesidad expansiva de China y los cambios de paradigma en el mundo, donde Europa será la gran perjudicada.

Nos posibilita acercarnos al conflicto Sirio no como un conflicto local sino como el germen o puesta en escena de un enfrentamiento a nivel mundial por intereses geoestratégicos en el que países con comportamientos diplomáticos ambiguos, como es el caso de Turquía, juegan un papel importante debido a su coqueteos con la Rusia de Putin. Analizar la incidencia en la contienda de países como Irán o Israel, la evolución del asentado bastión rebelde yihadista –igual que en el caso de Irak–, el papel de Arabia Saudí, el choque de trenes entre los kurdos y sus aliados de EE.UU. con el futuro gobierno de Al-Assad, o el agravio a Rusia restándole aliados cercanos a favor de a la UE y la OTAN son aspectos importantes que nos ayuda este libro a entender.

El autor, partiendo de lo que él llama los «principios geopolíticos inmutables» nos hace un recorrido por las distintas geoestrategias, muchas de ellas recurrentes, en política internacional con el objetivo de saber cómo los diferentes países influyen, dominan y controlan territorios, poblaciones y mercados.

Así se domina el mundo nos permite tener una visión del fin de la modernidad muy certera en lo que a política internacional se refiere, nos ayuda a comprender cómo los ciudadanos somos objeto de un adiestramiento informativo en base a los intereses económicos de unos pocos, de cómo la hipocresía se disfraza de razones humanitarias y de cómo la mentira de pretender instaurar el sistema de democracia occidental en todos los países ha creado un desorden intencionado de dimensiones descomunales.

Posmodernia



«Epifanía de Navasa». Iglesia de Ntra. Sra. de la Asunción. Hoy en el Museo Diocesano de Jaca

¡Feliz Navidad a todos nuestros
lectores amigos!
Y que en 2019 se cumplan todos los
buenos deseos que tengan.

